

CUBA

INDÍGENA HOY

SUS ROSTROS Y ADN

BEATRIZ MARCHECO, ALEJANDRO HARTMANN, ENRIQUE J. GÓMEZ,
JULIO A. LARRAMENDI Y HÉCTOR GARRIDO

CUBA
INDÍGENA HOY
SUS ROSTROS Y ADN



CUBA

INDÍGENA HOY

SUS ROSTROS Y ADN

BEATRIZ MARCHECO, ALEJANDRO HARTMANN, ENRIQUE GÓMEZ,
JULIO A. LARRAMENDI Y HÉCTOR GARRIDO

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
Ediciones Polymita S. A.
Ciudad de Guatemala, Guatemala
2022

DIRECCIÓN EDITORIAL:

JULIO A. LARRAMENDI

EDICIÓN:

SILVANA GARRIGA

FOTOGRAFÍA:

HÉCTOR GARRIDO

JULIO A. LARRAMENDI

IMÁGENES DE CUBIERTA Y CONTRACUBIERTA : Héctor Garrido

DISEÑO:

JORGE MÉNDEZ

INFOGRAFÍAS:

GEORDANYS GONZÁLEZ O'CONNOR

© SOBRE SUS RESPECTIVOS TEXTOS: BEATRIZ MARCHECO, ALEJANDRO HARTMANN,
ENRIQUE J. GÓMEZ, HÉCTOR GARRIDO Y JOSÉ BARREIRO
SOBRE SUS RESPECTIVAS FOTOS: HÉCTOR GARRIDO Y JULIO A. LARRAMENDI

© SOBRE LA PRESENTE COEDICIÓN: AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL
PARA EL DESARROLLO Y EDICIONES POLYMITA

NIPO: 109-22-015-6

CATÁLOGO GENERAL DE PUBLICACIONES OFICIALES: <https://cpage.mpr.gob.es>

ISBN: 978-9929-667-26-6

EDICIONES POLYMITA S. A. Ciudad de Guatemala, Guatemala, 2022

edicionespolymita@gmail.com

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, La Habana, Cuba, 2022

Esta publicación ha sido posible gracias a la Agencia Española de Cooperación
para el Desarrollo (Aecid). Su contenido no refleja necesariamente la postura de la Aecid

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su transmisión
por cualquier medio o soporte, sin la autorización escrita de la editorial



Desde la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), la Embajada de España en Cuba y su Consejería Cultural, hemos trabajado a lo largo de los años con el objetivo de auspiciar el avance de múltiples proyectos artísticos, colaborando con diversas instituciones cubanas y con creadores independientes. Los históricos vínculos culturales entre los dos países se han estrechado gracias a este intercambio permanente, fruto del cual han recibido apoyo centenares de iniciativas en ámbitos como el teatro, la danza, el cine, la literatura o las artes visuales. En el caso de la edición del presente libro, se les ha querido otorgar pareja importancia a la fotografía, la antropología, los estudios culturales y el trabajo científico. La promoción de iniciativas interdisciplinarias supone un ejercicio de innovación en el que creemos y queremos participar, de ahí que el compromiso de nuestra Consejería con la innovación en el ámbito de la cultura se haya visto reflejado en el apoyo a numerosas iniciativas, a creadores de todos los ramos y al público del país.

El libro que el lector tiene en sus manos es el resultado de la unión de varias disciplinas; una idea que

comenzó desde la fotografía, desde los rostros de los grupos humanos retratados para estas páginas, y desembocó en un empeño de búsqueda de conocimientos y en un servicio a la comunidad. *Cuba indígena hoy. Sus rostros y ADN* es uno de los primeros saldos del proyecto Cuba Indígena, que aúna la fotografía, la genética y la antropología, e incluye la arqueología y la sociología. Cuba Indígena es una contribución significativa al reconocimiento y reivindicación de la identidad e idiosincrasia de una de las comunidades indígenas del archipiélago. Las personas que pertenecen a dichas comunidades son las primeras beneficiarias de una propuesta de la cual son partícipes.

Queremos agradecer a los autores y autoras de esta obra su ardua labor, y a los miembros de la comunidad su incommensurable colaboración.

LAURA LÓPEZ GARCÍA

CONSEJERA CULTURAL,
AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN
INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO (AECID),
EMBAJADA DE ESPAÑA EN CUBA

ÍNDICE

CUBA INDÍGENA: GÉNESIS DE UN PROYECTO NECESARIO / 9

Héctor Garrido

A MANERA DE PRESENTACIÓN: PERSISTENCIA EN LA RAÍZ / 13

José Barreiro

AQUÍ ESTAMOS / 21

Alejandro Hartmann

HERENCIA ABORIGEN EN EL SIGLO XXI CUBANO / 59

Enrique J. Gómez

CUBA INDÍGENA: HUELLAS EN EL ADN / 75

Beatriz Marcheco

LOS ROSTROS DEL ADN / 99

Beatriz Marcheco y Héctor Garrido

ACCIONES DEL PROYECTO CUBA INDÍGENA / 201

AGRADECIMIENTOS / 211

LOS AUTORES / 214







CUBA INDÍGENA: GÉNESIS DE UN PROYECTO NECESARIO

Héctor Garrido

El proyecto Cuba Indígena nació en respuesta a un requerimiento de Alejandro Hartmann, Historiador de la Ciudad de Baracoa y estudioso de las culturas de todo el oriente cubano, quien incansable y permanentemente llevaba años haciendo un llamado abierto a sus amigos fotógrafos para documentar el mundo casi desconocido de los descendientes de los habitantes originales de Cuba. Tras décadas de investigación, Hartmann quería revelar aquellos rostros y sus formas de vida como evidencia indiscutible de una descendencia aún viva y, a través de nuestros retratos, demostrar al mundo que la extinción de estos pueblos era poco más que un mito. Soy fotógrafo y, como es lógico, la propuesta era muy tentadora. Pero tardé un tiempo en verme implicado en esta aventura, entre otros motivos, por saber que unas fotos no constituían la evidencia indiscutible que Hartmann, y la historia de Cuba, necesitaban.

Fue en uno de los viajes a Baracoa a principios de 2018, cuando realmente se fraguó el proyecto definitivo que con este libro concluye. Inaugurábamos entonces una exposición de mis fotografías en la ciudad primada y acudí con mi familia, invitado —sin duda, con doble intención— por el propio Hartmann. Al amanecer del

día siguiente a la apertura, subíamos ya hacia la cabecera del caudaloso río Toa, buscando algunas de las comunidades que albergaban descendientes indígenas, mientras un Hartmann apasionado nos hablaba de la historia aún no contada, del proceso de las encomiendas, de los apellidos heredados y de las rutas de ocultación seguidas en los últimos 500 años a través de las montañas del oriente de Cuba. En ese momento no éramos conscientes de que estábamos realizando la primera expedición, la que marcaría las claves de un proyecto en el que debíamos involucrarnos por completo. Al atardecer regresábamos aturridos e impactados por la evidencia abrumadora de una descendencia a todas luces real y al mismo tiempo ignorada injustamente por la historia.

Durante el trayecto de vuelta a Baracoa, mientras descendíamos de la montaña por la serpenteante pista, comencé a escribir en mi libreta prácticamente todo lo que después se convirtió en el proyecto que nació. El eje principal sería, como Hartmann proponía, un conjunto de retratos fotográficos, pero una idea acabada de surgir redondeaba y le daba otro sentido al plan: junto a cada retrato se mostraría el análisis genético de cada persona fotografiada, y de esa manera obtendríamos el fenotipo mediante las fotografías y el genotipo por el ADN. Habría que recorrer todas las comunidades que Hartmann señalaba como núcleos de descendientes, muchas en lo más remoto de las montañas del oriente insular. Y sería necesario montar un equipo profesional multidisciplinario capaz de obtener en cada comunidad el máximo de información sobre quiénes son y cómo viven: dejar una constancia detallada y completa del hoy, como referencia para el futuro. Y, lo más tedioso, buscar las fuentes de financiación que hicieran realidad el proyecto. Arropado por el runrún del motor del jeep, entrando en la ciudad de Baracoa escribía las últimas notas que completaban la idea. Cerraba con solo dos palabras que lo resumían todo: Cuba Indígena. Comenzaba una gran aventura que tardaríamos cuatro años en completar.

Una década antes, cuando yo aún vivía en España, Hartmann me había pedido ayuda para hacer unas búsquedas en el Archivo de Indias de Sevilla, y logré alojarlo en la residencia de investigadores del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, muy próxima al archivo. En aquel momento yo trabajaba para el CSIC gestionando el banco de imágenes de Doñana y coordinando la Casa de la Ciencia de Sevilla, y ya había llevado a cabo algunos proyectos junto a Hartmann —y, por supuesto, Julio Larramendi— y hasta me había dejado arrastrar por él hasta Baracoa. Y en aquella ocasión, bajo el cielo de Andalucía, compartimos muchas tardes

deliciosas durante su viaje, en las que él me contaba entusiasmado los descubrimientos que día a día iba realizando en el Archivo de Indias en torno al proceso de las encomiendas en Cuba. Al despedirnos antes de su regreso, me dejó saber que llevaba casi quince mil documentos escaneados.

En la primera mitad de 2018 fuimos conformando el elenco de especialistas capaz de llevar a cabo el proyecto Cuba Indígena. La tarea más delicada era, claramente, la designación del genetista —o equipo de genetistas— que obtendría y analizaría, con garantías científicas, el ADN, para compararlo con las muestras obtenidas de restos arqueológicos. Aunque se hicieron contactos con instituciones internacionales, estaba claro que la investigación debía realizarse desde Cuba, liderada por científicos cubanos, y entre los investigadores del ADN en la Isla la referencia ineludible es la doctora Beatriz Marcheco; sin embargo, la idea de implicarla podía parecer inalcanzable. Sus responsabilidades hicieron difícil contactar con ella para proponerle el proyecto en construcción, pero cuando tuvimos nuestro primer encuentro, su respuesta entusiasta fue inmediata y su compromiso, como ha demostrado cada día a lo largo de este tiempo compartido, absoluto.

Beatriz ya llevaba trabajando un tiempo en un gran proyecto que pretendía conocer la ascendencia general de los cubanos a través de la genética. Y, sorprendentemente, los resultados obtenidos habían evidenciado que la ascendencia amerindia era más importante de lo que se había presupuesto históricamente, así que la incitación a dar un paso más allá y explorar este hecho en personas que fenotípicamente y documentalmente parecían proceder directamente de ascendencia indígena, la entusiasmó. Aceptó, así mismo, ejercer la dirección y supervisión científica del proyecto.

Aún faltaban algunos miembros para completar la tripulación y aspirábamos a documentar, de forma simultánea a la realización de las tareas principales, los modos de vida de las personas con las que íbamos a trabajar; hacer una aproximación etnográfica y una documentación fotográfica de detalle, más allá de los retratos en los que yo me centraría. Así fue cómo, a propuesta de la doctora Marcheco, se sumó Enrique J. Gómez, sociólogo y subdirector científico del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas de Cuba (CIPS), quien se encargaría de hacer un análisis pormenorizado de cada una de las comunidades visitadas: sus modos de vida, afectaciones, carencias, fortalezas y debilidades.

Finalmente, y no podía ser de otro modo, se incorporó al grupo Julio A. Larramendi, excelente fotógrafo y



uno de los editores más reputados de Cuba. Julio fue la primera persona que conocí en mi primer viaje a La Habana, invitado para hacer una exposición de mis fotografías, y ese primer día él me esperaba a la entrada de la galería para darme la bienvenida. Fue la primera mano que apretó la mía en el país que se convertiría, años después, en mi hogar. Desde entonces han pasado muchos años y hemos vivido muchas aventuras juntos, tanto en la orilla cubana como en la española. Hemos desarrollado proyectos de fotografía etnográfica, de naturaleza y de documentación y, sobre todo, hemos construido una amistad a prueba de huracanes. Ya cuando nos conocimos Julio llevaba años documentando muchas de estas comunidades indígenas y campesinas y, en consecuencia, su archivo fotográfico y sus conocimientos hacían que fuera la persona ideal para completar el equipo de investigación. En una velada habanera y deliciosa, ante un plato de pasta italiana, en la compañía de Gladys Collazo y Laura de la Uz, Julio aceptaba entusiasmado este nuevo reto, de forma que yo me concentraría en el retrato de las personas y él en la documentación de cada comunidad, sus formas de vida y tradiciones. Asumió, además, la coordinación editorial, ya que desde el principio el proyecto contemplaba la publicación de los resultados en forma de libro y era, por tanto, necesario que alguien velara para que la obtención de la información y las fotografías se realizara de forma coherente para esta finalidad.

Al colectivo principal se unió otro de producción que facilitó que cada jornada culminara con éxito. Laura de la Uz y Paola Larramendi produjeron y gestionaron

la ejecución de diferentes expediciones; Reider Ricardo, Alexei Fernández y otros colaboradores puntuales movieron al equipo en jeeps a través de los caminos de montaña, y de forma voluntaria Salvador Campos y Amaranta Valenzuela prestaron su ayuda en varias etapas. También el equipo del Centro Nacional de Genética Médica de Cuba, en especial Giselle Monzón y Yaíma Zúñiga, apoyó muchas de las tareas de nuestra Cuba Indígena.

Felizmente, cuando el proyecto estaba casi completado y empezábamos a preparar su conclusión, el cineasta cubano y amigo Ernesto Daranas aceptó mi propuesta de realizar un documental que dejara testimonio de quiénes son y cómo viven los descendientes de aquellos indígenas cubanos. Este nuevo paso tuvo una excelente acogida por parte del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (Icaic) y especialmente de su presidente, Ramón Samada. Fruto de aquel impulso, nos vimos de nuevo en las montañas orientales en dos ocasiones más. En la última, junto a Daranas y Reider se nos unieron durante dos meses de viaje Randol Menéndez y Sandy León para realizar las filmaciones que compondrían el documental. En la producción de estas nuevas expediciones estuvieron Esther Masero, Ariagna Abreu y Yonni Camacho.

De hecho, escribo el presente texto pocos días después de haber regresado de esta última expedición, la más larga de todas, y diría que la más profunda y que más nos ha marcado en lo personal por el grado de convivencia con los habitantes de las comunidades en las que hemos trabajado, verdaderos protagonistas del proyecto.



A MANERA DE PRESENTACIÓN

PERSISTENCIA EN LA RAÍZ

José Barreiro

En 1910 el intelectual colombiano Román Vélez contó que en una conversación de 1891, un apesadumbrado José Martí decía acerca de su patria: “Cuba es una tumba muy grande que guarda un cadáver más grande que ella: la raza india muerta. // Esa raza me alienta, y la máxima de Bolívar me conforta: ‘¡Venceremos!’”.¹ Estas lapidarias palabras de Martí, resonantes con otras similares en su propia obra, demuestran cuán arraigado permanecía el *ethos* de la extinción indocubana a finales del siglo XIX. Lejos estaba de imaginar el Apóstol que cuatro años después y casi un mes antes de su muerte, su raza india, nada cadavérica, le iba a estar bien presente, ya fuera como una hospitalaria mujer indígena llamada Domitila, o como un fulminante grupo de guerrilleros indios al servicio del español;

¹ Cf. Román Vélez: “José Martí” (tomado de *Notas de Arte*, Colombia, 15 de agosto de 1910), en José Martí: *Amistad funesta*, volumen X de las obras completas de José Martí, editadas por Gonzalo de Quesada, Berlín, 1911. Disponible en http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/amistad-funesta-novela--0/html/fef79342-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html (último acceso 10 de diciembre de 2021).

poco después de su muerte, aquellas mismas tropas indígenas se reagruparían contra el opresor colonial. El encuentro cercano de Martí con la añorada “raza india” ocurrió en las montañas orientales de Cuba, donde existe una perseverante fuente de identidad *indocubana*² que subsiste en la geografía y en la memoria oral.

La negación de la continuidad de un legado propio con punto de origen en la herencia indígena no ha sido total, pero la noción de que “el indio se extinguió” ha dominado como percepción histórica. Persiste la duda de si verdaderamente podría existir una cultura o sustrato cultural con identidad propia indocubana en la actualidad, y algunas voces la refuerzan.

Por siglo y medio el dictamen de la extinción masiva que aniquiló a la “raza” indígena originaria de las Antillas Mayores —supuestamente para fines del siglo xvi— ha sido una noción fundacional en la historiografía del Caribe. Nuestros ancestros “indios” fueron definidos como una “raza débil”, víctima de la “fulminación”. En consecuencia, lo que perduraba como reconocible de una cultura india en la identidad general de la nación resultó profundamente disminuido por la academia en el siglo xx. Predominó ese argumento, lejano y demasiado tenaz, liderado en parte por el erudito cubano Fernando Ortiz, de que en el encuentro de dos culturas, “Una de ellas pereció, casi totalmente, como fulminada”.³

La aceptada teoría de Ortiz sobre la transculturación en la formación de la nacionalidad cubana prescribía un resultado binario fundacionalmente ibero-africano; incluso el más temprano mestizaje, afirmó, fue una transculturación “...fracasada para los indígenas [...]. La india sedimentación humana de la sociedad fue destrui-

da en Cuba [...]”.⁴ Para toda la región, la noción estricta de esa temprana desaparición no solo negaba la presencia del indio —comunidades de parentesco identificado in situ—, dominada por la hispanidad, sino que disminuía la raíz india (indígena), despectivamente, obviando su posible influencia formativa en la trama común de la identidad nacional. Incluso en Cuba, donde, comparada con las naciones insulares vecinas, el registro documental de la población india contemporánea es más tangible, la asumida extinción ha probado ser casi imposible de desafiar, mucho menos de derribar y reconstruir.

Jason M. Yaremko cita versiones más recientes de este dictamen de la extinción,⁵ como la de Louis Pérez, quien en su libro *Cuba: Entre reforma y revolución* describe la “explotación y extinción definitiva” del indocubano.⁶ Massimo Livi-Bacci, analizando la “catástrofe demográfica” indígena, asevera que “...los taínos de La Hispaniola unas pocas décadas después de la llegada de Colón completaron su camino a la extinción”.⁷ Por su parte, L. Antonio Curet expande esta noción a todas las Antillas Mayores, al afirmar que los taínos fueron esencialmente erradicados en menos de 60 años tras el contacto inicial.⁸

Este argumento histórico tiene su legitimidad en lo que se refiere a la disolución de la estructura civilizatoria indígena taína, sus autogobiernos, sus economías regionales y la coherencia de sus protocolos sociales y espirituales, tales como eran al comenzar la invasión y como fueron parcial y brevemente atestiguados por varios cronistas de la conquista y temprana colonia. La congruencia civil taína en el Caribe resultó casi totalmente destruida por la invasión militar, las enfermedades y la dominación del régimen colonizador. Hubo gran impacto biológico y cultural. Es innegable que ocurrió una “Gran Muerte”, con desaparición física cer-

² Coincidimos con los historiadores cubanos Felipe Pérez Cruz y Avelino Couceiro, quienes afirman que los primeros habitantes del archipiélago no eran indios ni eran cubanos, dado que “Cuba como país y el concepto de ‘lo cubano’ en tanto nacionalidad, no se formaría sino hasta vísperas e inicios del siglo xix” (Felipe de Jesús Pérez Cruz: “¿Los indoamericanos en Cuba? Actualicemos el tema”, en Felipe de Jesús Pérez Cruz (Comp.): *Los indoamericanos en Cuba. Estudios abiertos al presente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014, p. 17, y Avelino Couceiro Rodríguez: “Vigencia precolombina para la cultura cubana actual”, *Ibidem*, p. 371). No obstante, a diferencia de estos autores, consideramos adecuado y válido el uso del término indocubano con el propósito de describir a la población indoamericana que habitaba la gran isla y archipiélago conocidos en su idioma nativo como Cuba, así como a sus descendientes actuales.

³ Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 88.

⁴ *Ídem*.

⁵ Cfr. Jason M. Yaremko: “‘Obvious Indian’—Missionaries, Anthropologists and the ‘Wild Indians’ of Cuba: Representations of the Amerindian Presence in Cuba”, en *Ethnohistory*, 56 (3), 2009, pp. 449-477.

⁶ Louis A. Pérez: *Cuba between Reform and Revolution*, 2nd edition, Oxford University Press, New York, 1995.

⁷ Massimo Livi-Bacci: “Return to Hispaniola: Reassessing a Demographic Catastrophe”, en *Hispanic-American Historical Review*, February 2003, p. 4.

⁸ L. Antonio Curet: “The Chief Is Dead, Long Live... Who? Descent and Succession in the Protohistoric Chiefdoms of the Greater Antilles”, en *American Society for Ethnohistory*, 49 (2), spring 2002, p. 259.

cana al genocidio; un enorme y definitivo cambio. Así, en la lejana neblina de una historiografía cubana obnubilada por el espejismo, se señala una desaparición total o casi total.

Además, se establece la idea de extinción debido a la invisibilidad de los núcleos de caseríos familiares, relativamente pequeños, que se consolidaron en lugares remotos y, por otra parte, a causa de definiciones de la indigenidad plagadas de conceptos racistas y eurocéntricos establecidos desde la colonia española y reforzados por la academia europea y norteamericana, junto a la labor de algunos investigadores del período neocolonial y de la actualidad cubana. Estas concepciones se enraízan con persistente vigor, desde la antropología temprana, en la noción de que el entrelazo familiar con otras nacionalidades o supuestas razas (mestizaje) necesariamente disminuye el sentido de la indigenidad de un grupo. Son asuntos de un debate apasionante, aunque como debate sea más fascinante para la academia que para la población de descendientes.

El investigador canadiense Maximilian C. Forte argumenta que el tema de la extinción indígena forma parte de la narrativa familiar e ideológica del progreso occidental, pues con "...la Teoría de la Modernización, las tradiciones culturales no occidentales volvieron a ser consideradas como atrasadas y sujetas a la desaparición con la expansión del progreso capitalista".⁹ Se estima que como pueblos más "débiles" ceden paso a otros más "fuertes", bajo el generalizado prejuicio de la "indolencia indígena abriendo paso a la industria". Esa supuesta incapacidad de civilización es achacada al carácter del indio desde los primeros debates en las cortes españolas sobre su disputada humanidad.

La grandes migraciones europeas y africanas supuestamente implicaron la erosión de lo "genuino" o "auténtico" indio/indígena por parte de la modernidad mercantilista, según nociones colonizadoras de superioridad racial, cultural y espiritual, y ello siempre nutre el afán de borrar el derecho aborígen a la tierra. Eliminar la base autóctona facilita a la élite adueñarse del territorio y de los principales métodos de producción para la explotación de recursos naturales y laborales. El "indio" —el pueblo o la gente indígena— pasa de la nación humana soberana en su tierra a ser prácticamente esclavo

de la tierra (encomienda). Después, convenientemente, desaparece.

"Extinción" como dictamen histórico se adueña de la noción sobre "indígenas", e impone la incapacidad para la civilización por falta de rigor mental, y para la supervivencia, por debilidad física, al supuestamente no poder soportar la labor forzada de la encomienda y su variante de esclavitud. Sin embargo, observando más de cerca, la corriente y el detalle revelan algo más: es obvia y bastante lógica la sobrevivencia de grandes familias con tronco indocubano. El concepto de extinción dicta una destrucción total, pero eso no es comprobable. El germen epistemológico en la idea de una extinción fatal del indígena americano arrastra un continuo reflejo histórico. No es, y nunca ha sido, lo que se ve en el monte y, por sangre originaria, en muchos cubanos.

En el hocico del caimán insular, especialmente en las montañas y lomas costeras del triángulo geográfico Maisí-Holguín-Santiago de Cuba, hay lugares y poblaciones de obvia originalidad indígena cubana, núcleos familiares en los cuales se practica y se celebra una agroecología tradicional. Se mantienen fuentes de costumbres y oralidad campesina de diario conocimiento natural. Es en sí una Gran Familia de grupos emparentados que, desde la cultura indio-guajiro-montuna, conservan un profundo sentimiento por lo autóctono (y lo fabuloso y espiritual) cubano. Muchas de las familias con este legado continúan viviendo en pequeñas comunidades y vecindades de parentesco. No es raro ver modos domésticos de producción de alimentos y plantas medicinales; terapias de masaje, curación por sueños, prácticas infundidas por conocimiento de alta tradición oral y de pensamiento indígena.

Dentro de un panorama de parentesco muy amplio, la Gran Familia de los Rojas-Ramírez, enraizada en Caridad de los Indios y en Yateras, en valle de San Andrés y Guantánamo, y extendida a otras localidades del oriente cubano, es un grupo comunitario orientado por muchas ancianas y ancianos, y guiado espiritualmente por un cacique tradicional, quien ha dirigido el esfuerzo para que la descendencia lineal y cultural india o taína-guajira sea reconocida en Cuba. En su cuenta familiar (documentación en proceso facilitada por la Oficina del Historiador de Baracoa y la Oficina del Conservador), los Rojas-Ramírez registran un parentesco de más de 14 000 individuos.

Más allá de las montañas orientales, en la cubana isla-archipiélago, en la memoria popular, en su sobrevivencia como pueblo, en valores y saberes de la agroecología, de comunidad y de vida, persiste la indigenidad. En el bosque humano cubano hay tres raíces trenzadas;

⁹ Maximilian C. Forte: "Introduction: The Dual Absences of Extinction and Marginality What Difference Does an Indigenous Presence Make?", en Maximilian C. Forte (Ed.): *Indigenous Resurgence in the Contemporary Caribbean: Amerindian Survival*, Peter Lang Publishing, Inc., New York, 2006, p. 9.

dos exceden los quinientos años, y una, muy larga, la de nuestros ancestros originarios, Cuba Indígena, cuenta varios milenios.

La indigenidad siempre nutrió a Cuba, en sangre y leyenda, y en producto natural. En el primer siglo de la colonia, agricultores indios proveían a las villas principales de viandas, vegetales y carnes. Campesinos indios de Guanabacoa abastecían a La Habana, y los comuneros de Los Caneyes a Santiago. En las artesanías caseras, por la evidencia arqueológica y etnográfica, desde Guanabacoa, El Caney y San Juan Evangelista de Bayamo, contribuían con la producción de cerámica utilitaria, tejidos de fibras, sogas, hamacas y otras piezas.¹⁰ Valcárcel y Ulloa analizan al mestizaje como "...canal para la permanencia de los componentes genéticos y culturales de los indígenas. De él parten formas de identidades vinculadas a estas comunidades, legitimadas por sus vínculos con la tradición, la pertenencia al espacio y los nexos familiares".¹¹ Crece el círculo de historiadores, arqueólogos, genetistas y literatos cubanos que investiga el legado y la presencia indocubana con incrementada profundidad. Las ciencias sociales en Cuba se mueven hacia una visión del mestizaje, no como un desgaste, sino como una "...alternativa en la transmisión del legado indígena".¹²

El español Miguel Rodríguez Ferrer fue probablemente el primer científico naturalista en documentar, a mediados del siglo XIX, una comunidad histórica indocubana. Ferrer se encontró con una relativamente cuantiosa comunidad india (9 familias, 122 miembros), y aunque siempre introduciendo comentarios despectivos, nos lega detalles de la vida cotidiana que observa; la ausencia de religión católica, la abundancia de aguas cristalinas y la frondosa naturaleza. Describe las condi-

ciones de un pequeño pueblo o *yucayeque* indio, y nota la fuerza de presencia indígena, aunque percibida más como un atraso histórico que como una apreciable identidad con modo de vida cultural.

El líder de la comunidad, señala Rodríguez Ferrer, es un "Rojas", Esteban Rojas y Aranda, teniente de partido (juez pedáneo) y orgulloso indio, que tenía "...en mucho su procedencia de raza pura y de los de la conquista".¹³ Anota el naturalista que Rojas Aranda es hijo del patriarca Esteban Rojas, quien compró las tierras del hato de los Tiguabos en marzo de 1798, y contaban que habían sido despojados de su colonia, "...desgajada [...] del Caney y de los Tiguabos".¹⁴ Esteban murió de 108 años, con la usual longevidad entre muchos ancianos indocubanos. Recoge también Rodríguez Ferrer el uso de enseres domésticos como morteros con puré de ajíes, platillo de sal, coladores de café, güiras, platos de jagüey, asientos de cabezas o pencas de palma, y horquetas de palitos y yaguas para asientos y camas. Reporta, asimismo, sus actividades de subsistencia como la siembra de yuca y malanga, la recolección de miel y la pesca y la caza, en especial la captura de cerdos cimarrones, cuyos colmillos acostumbraban colgar "como trofeo" en las puertas de sus chozas. Entre otras costumbres observa en "...las solteras la exageración con que alisaban con grasa de coco sus cabellos de ébano".¹⁵

En 1890 y 1892, respectivamente, los científicos cubanos Carlos de la Torre y Luis Montané investigaron en la región; midieron características fenotípicas, entrevistaron familias y documentaron herramientas y utillaje cotidiano. Se acercaron al anciano José Almenares, a quien Montané bautizó como "el último cacique taíno", y en 1905 decidieron invitarlo y trasladarlo a sus laboratorios en La Habana. El venerado anciano, de 105 años, sacado de su comunidad, falleció en la capital.¹⁶

A la vuelta del siglo XX, estudiosos norteamericanos como los arqueólogos Stewart Culin y Mark Harring-

¹⁰ Pablo J. Hernández, citando a Roger Arrazcaeta y a María Teresa Rojas, refiere el hallazgo de tiestos en cerámica de clara factura indo-hispana, posiblemente del siglo XVI, en sitios históricos antiguos de La Habana y Guanabacoa, así como reportes en los protocolos habaneros sobre la actividad económica del indio (Pablo J. Hernández González: "De los Pueblos de Indios en Cuba. Segunda mitad del siglo XVI", nota 11, en *Estudios Culturales. La wwb de Ramón Alonso*, 2006. Disponible en http://www.estudiosculturales2003.es/historia/pablohdez_pueblosdeindios.html (último acceso 11 de mayo de 2021)).

¹¹ Roberto Valcárcel y Jorge Ulloa: "Introducción: La desaparición del indígena y la permanencia del indio", en Roberto Valcárcel y Jorge Ulloa Hung (Eds.): *De la desaparición a la permanencia: Indígenas e indios en la reinención del Caribe*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 2018, p. 8.

¹² *Ibidem*, p. 22

¹³ Miguel Rodríguez Ferrer: *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba*, Imprenta de J. Noguera, Madrid, 1876, p. 456.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Ibidem*, p. 457.

¹⁶ Es notable por su descuido la decisión de llevar al anciano cacique Almenares, con más de una centuria de edad, a La Habana, para ser estudiado. Nos recuerda al caso de Ishi, el "último" indio californiano —albergado y estudiado desde 1911 por el eminente antropólogo Alfred Kroeber—, muerto muy joven de tuberculosis, posiblemente por estar sobrepuesto a los muchos visitantes a la institución donde estaba alojado, en la cual, además de asistente de investigación, fue una especie de atracción.

ton hicieron referencia específica a núcleos indios en la región oriental. En 1900 el doctor Culin, eminente arqueólogo de la Universidad de Pensilvania, fue contratado por la compañía minera Pennsylvania Steel para investigar un reporte en que sus geólogos decían haber encontrado una tribu de “indios salvajes”. Culin, que reconoció la labor de los cubanos Carlos de la Torre (1890) y Luis Montané, quien además le mostró su colección de objetos arqueológicos cubanos así como su trabajo de próxima publicación,¹⁷ no topa con los “indios salvajes” reportados por los geólogos y pierde algo de su interés, aunque sí da cuenta de la persistente autoidentificación con lo “indio” en la población.

En El Caney localizó al mencionado José Almenares Argüello, de cuya persona y bohío hizo fotografías. Almenares le contó que en su juventud había muchos indios libres en El Caney, que vestían igual que los vecinos y hablaban español. Fabricaban jabón con cenizas y grasa de buey, confeccionaban y fumaban pipas de arcilla quemada y junco de bambú, cazaban cerdos cimarrones y jutías, bebían en güiras y comían con cucharas hechas de cedro. Culin anota el interesante hecho de que, cuando El Caney era uno de los principales pueblos indios,¹⁸ solían tener la efigie de una princesa india en sus armas, las cuales, antes de la última guerra mambisa, se veían pintadas sobre un pedazo de hojalata en lo alto del ayuntamiento.¹⁹

Avisado de que los “indios salvajes” de su interés tal vez estaban en Yateras, Culin continuó su viaje, y en Yara de Baracoa encontró unas 300 familias con más de 800 miembros, en tres grandes troncos familiares: Rojas, Gainza y Azahares. Halló además elementos materiales continuos de la tainidad cotidiana: bohío, casabe, hamaca y canoa. Significativamente detectó, asimismo, que “...la descendencia familiar se marca por la línea femenina, aunque la mujer pasa a la casa del marido”.²⁰

En 1915 otro norteamericano, Mark Harrington, arqueólogo y coleccionista del Museo del Indio Americano, en Nueva York, también observó numerosas familias indocubanas en la región de Baracoa: “La clase de gente [...] que nos interesan lo más, son los descendientes de los

indios [...] en el distrito de Baracoa, diariamente, yendo en cualquier dirección, uno se encuentra con personas de fuertes rasgos de indios”, y escribió y fotodocumentó el mestizaje indio-español (no así el indio-africano), como continuada evidencia de ese proceso —varias fotos de Harrington son del área de Yara y Baracoa. En el pueblo y región de Patana, cerca de la punta de Maisí, donde el investigador-coleccionista exploró cuevas y extrajo muchos objetos arqueológicos, estuvo en contacto con el todavía presente y sustancial tronco familiar de los Mosquera. En su libro *Cuba antes de Colón* escribió que los indocubanos que conoció “...son independientes y de alto espíritu, hospitalarios, hasta compartir su último pancito con un huésped; honrados, de confianza, valientes, muy dignos, y arriba de todo, extremadamente inteligentes y de mente ágil, a pesar de una casi total ausencia de educación [formal]”.²¹

Saltando tres décadas, el veinteañero Antonio Núñez Jiménez publicó en 1945 un reporte revelador: “Expedición geográfica a Oriente”. El incipiente explorador, más tarde intelectual cubano de alta escala, cuenta el fascinante episodio de un capitán de guerrillas, Celestino Rojas, “indio mestizo”, defendiendo sus tierras montunas para que no se las midieran y así evitar perderlas ante los latifundistas. Vale repetir: en 1945, a 400 años de la supuesta extinción, a Núñez Jiménez se le presentó con su guerrilla un Rojas, capitán indio, de los “de Yateras”, en defensa de sus terrenos.²²

Para esos años Núñez estimó una población de 3 000 miembros de las familias Rojas-Ramírez. En otra relación describió las costas en el área del Turquino, “...casi entera-

²¹ Mark Harrington: *Cuba Before Columbus, Indian Notes and Monographs*, Museum of the American Indian, New York, 1921, p. 132.

²² Antonio Núñez Jiménez: *El pico Turquino, exploración y estudio*, Sociedad Espeleológica de Cuba, La Habana, 1945, p. 37. Núñez relata que el cacique Celestino Rojas recientemente había hecho “juir” de la sierra a un ingeniero que quiso deslindar tierras de indios (Ibidem, p. 197). Años después recuenta el suceso: “Al llegar a Bernardo, a muchos kilómetros de Piedra la Vela, tuvimos un serio problema con los naturales de este caserío, en su mayoría descendientes de los famosos indios de Yateras. Este tropiezo nuestro fue debido a que nos creyeron agrimensores y allí, en aquellos montes, a estos señores les está vedado el paso. Nos recordaron el caso del Ing. Varela, quien tuvo que huir, pues si no los hubieran matado las guerrillas de mestizos indios, capitaneados por Celestino Rojas, a quien conocimos personalmente” (Antonio Núñez Jiménez: *Medio siglo explorando a Cuba: Historia documentada de la Sociedad Espeleológica de Cuba*, Imprenta Central de las FAR, La Habana, 1990, Vol. I, p. 48).

¹⁷ Stewart Culin: “The Indians of Cuba”, en *Bulletin of the Free Museum of Science and Art of the University of Pennsylvania*, Philadelphia, III (4), mayo de 1902, p. 221.

¹⁸ En 2012 registramos entrevistas con varias familias indocubanas del Caney. Cf. José Barreiro: “Taino Journal: Indigeneity of the Oriente”, CILP Website.

¹⁹ Stewart Culin: Ob. cit., p. 192.

²⁰ Idem.

mente habitadas por descendientes de los indios cubanos, de los cuales conservan parte de su primitivismo". Otros, antes y después, desde dentro y fuera de Cuba, han marcado un rastro intermitente a las comunidades y caseríos de montañas y costas donde muchas familias indias vinculadas viven hasta el presente,²³ y donde mucho de nuestro trabajo de solidaridad y documentación se ha concentrado durante los últimos 25 años.

Interesado en popularizar el tema, Núñez Jiménez publicó en la prensa nacional la noticia de sus encuentros con el grupo de los Rojas-Ramírez, con lo cual abrió su grieta en la muralla dogmática de la extinción. Lamentablemente, pero de esperar, su artículo en la revista *Bohemia* fue titulado, bajo el cerco de la extinción, "Con los últimos indios de Cuba". En la misma época y con temática paralela a la del joven Núñez Jiménez, es muy significativo el estudio "Los indios de Cuba en sus tiempos históricos", discursado ante la Academia cubana en 1945 por el respetado historiador Felipe Pichardo Moya, una clásica contribución que enriquece la historiografía de la indigenidad insular.

Afortunadamente, Núñez insistió en cerciorarse del perfil indocubano. Sus escritos tempranos y otros argumentos alrededor del tema guiaron a científicos extranjeros, como el genetista Reginald Ruggles Gates, en 1952, a estudios preliminares con la población de Yateras y Caridad de los Indios. En 1964 Antonio Núñez Jiménez, ahora capitán del Ejército Rebelde y presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, promovió un estudio mayor de las poblaciones indocubanas de las montañas, a raíz de la expedición a Caridad de los Indios reportada por el antropólogo cubano Ernesto Tabío.

De este núcleo intelectual revolucionario surgió la idea de comisionar un estudio de antropología física, liderado por el respetado profesor Dr. Manuel Rivero de la Calle, quien condujo una rigurosa investigación en dos etapas, con minucioso trabajo en las comunidades de Yateras, Caridad de los Indios y La Escondida, previa revisión de otras localidades en la más extensa región desde Guantánamo hasta el área de Bayamo.

El trabajo del Dr. Rivero es valiosísimo, aunque circunscrito hasta cierto punto por las herramientas de su disciplina y los limitados recursos. Hablamos de "las herramientas de su disciplina" debido al énfasis mayor en la antropometría y la reducida atención al estudio de la oralidad. Faltaba todavía en la academia cubana de los

años 60 la identificación de marcadores de la indigenidad contemporánea. El mismo Rivero anotó que "...no nos fue posible realizar el estudio de las estirpes familiares debido al poco tiempo con que se contó para estos aspectos históricos, ya que todo el esfuerzo se concentró en el estudio antropométrico de la población, de la cual se midieron 230 individuos".²⁴

Involucrando análisis de sangre, dentadura, estatura y otras medidas, Rivero y sus colaboradores indicaron algo apreciable: en la población indocubana se exhiben todos los rasgos físicos normalmente asociados con los pueblos indígenas de la América amazónica: estatura baja, pilosidad escasa, pelo lacio y conservado muy negro hasta edad avanzada, oblicuidad moderada de los ojos con epicanto interno y externo; piel de color carmelita claro, con tendencia a ser rojiza, narices anchas, etcétera.²⁵

Rivero de la Calle anota sobre la familia Rojas-Ramírez que "...están extendidos en una gran área geográfica, llevando casi todos los apellidos Rojas y Ramírez, demostrando que estos apellidos son muy antiguos en la zona".²⁶ Los Rojas-Ramírez, indica el respetado antropólogo, son "...una de las familias más grandes de Cuba, yo creo que la más grande, sin tener que profundizar mucho".²⁷ Las ediciones de estos importantísimos trabajos de Rivero de la Calle, Ramón Dacal Moure y otros se difundieron principalmente, y sin gran extensión, en el marco académico. En limitada cobertura aparecieron notas de prensa, pero, como era de esperar, el *ethos* popular de la extinción se impuso conceptualmente, y el trabajo revitalizador de Rivero se proyectó como "un epitafio para los amerindios de Cuba".²⁸

En un país donde las raíces exógenas de la población son reconocidas en asociaciones, corrientes artísticas, novelas y películas, obras teatrales y otros foros

²⁴ Manuel Rivero de la Calle, Archivos CILP-Kaweiro, página titulada Consaguinidad 0086.jpg

²⁵ Ramón Dacal Mouré y Manuel Rivero de la Calle: *Arqueología aborigen de Cuba*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1978, p. 157.

²⁶ Rivero cita a Gates sobre el origen de los apellidos Rojas y Ramírez en bautismos masivos a indios, cuando las Leyes Nuevas de mediados del siglo XVI (Manuel Rivero de la Calle: "Los indios cubanos de Yateras", en revista *Santiago*, Santiago de Cuba, No. 10, marzo de 1973, pp. 151-173).

²⁷ Manuel Rivero de la Calle: Carta a Pedro Soto, 12 de noviembre de 1973. Expediente Rivero de la Calle (copia entregada por él al Dr. Antonio J. Martínez Fuentes), Universidad de La Habana.

²⁸ Manuel Rivero de la Calle: "Supervivencia de descendientes de indoamericanos en la zona de Yateras, Oriente", en *Cuba Arqueológica*, Editorial Oriente, 1978, pp. 149-176.

²³ Las referencias y testimonios más notables incluyen a Luis Montané Dardé, Stewart Culin, Ruggles Gates, Ramón Dacal Moure y Manuel Rivero de la Calle.

públicos, las descendencias indocubanas documentables, ubicadas particularmente en la región oriental, han tenido escasa visibilidad. Relegados a una neblina histórica y cultural, raramente iluminados a través de los siglos, vigorosos núcleos de transfamilia de descendencia indocubana persisten, sin embargo, en una consistente y luminosa humanidad, en su contexto y a su manera. Nunca olvidemos que nuestra herencia indígena se informa, pero solo se define en estudios científicos. Citando a la profesora Ángela González, de la nación hopi, "Ser indio no es ser 'parte algo', sino ser 'parte de algo'".

En 2014 Barreiro y Hartmann llegábamos a 25 años de amistad, estudio y compenetración en la tarea sugerida para nosotros por el cacique Panchito (Francisco Ramírez Rojas), de ayudarlo a conocer y dar a conocer la historia, los valores y saberes montunos encontrados

en la Gran Familia de los Rojas Ramírez, descendientes indocubanos de la zona montañosa más oriental del país. Esa trayectoria, que desde 1989 implicó un trabajo histórico y etnográfico de enraizado compromiso humano, fue dedicada a contribuir a la documentación y preservación de algo de la sabiduría tradicional en los troncos familiares con la más fuerte (y comprobable) fundamentación en la raíz indocubana. Son muchos ya los caminos de esta labor, con sus baches y curvas resbaladizas, y también con sus extendidas corrientes de profundo entendimiento y aceptación. Por suerte, ambos comprendimos que abordar en su profundidad nuestra gran familia india cubana no era cosa de una o dos visitas; sería un compromiso de por vida. Era obvio: para hacerle justicia, para saber y sentir, había que llegar a las montañas, había que caminar, y había que regresar. Habría que regresar muchas veces.



© J. LARRAMENDI





AQUÍ ESTAMOS

Alejandro Hartmann

En la década del 70 del siglo xx yo tenía un interés marcado por conocer a Baracoa, profundizar, porque no se había escrito otro libro a partir de los años 30, cuando el historiador Ernesto de las Cuevas tocó diferentes aspectos de su historia, pero sin ocuparse de la descendencia de los indocubanos.

Lo primero que hice fue visitar cada uno de los lugares con presencia de descendientes de indocubanos y contactar con esas familias, comprobar su autorreconocimiento; se trató de un período preparatorio. Cuando fui a investigar en algunos libros de Historia, todos repetían la coletilla de Félix de Arrate: “no hay indios en Cuba”, y todavía hoy algunos historiadores que no han visitado los lugares, que no han trabajado la documentación, mantienen esa tesis. Claro, estaban los textos de Miguel Rodríguez Ferrer en el siglo xix; luego los de Reginald R. Gates, de Irving Rouse; los de Stewart Culin, que buscaba a “indios salvajes”; los de Mark Harrington; estas fueron las primeras labores investigativas, in situ, visitando Yara, Mandinga, Maisí, Patana —Harrington se llevó el ídolo de Patana para el Museo del Indio Americano, en 1915, y en 2010 la familia Musqueda envió una carta a ese museo nacional del Smithsonian, en que

pide su devolución, muestra de sentido de pertenencia a su comunidad. En el período revolucionario la mayoría de los estudios se concentraron en los sitios arqueológicos, pero no en el ser humano que vivió y aún vive en estos.

Como yo había planteado algunas hipótesis en varios eventos, en 1989 José Barreiro se entera de que hay un *baracueso* que está hablando del tema, y va a buscarlo. Barreiro, quien reclama su indigenidad cubana, llega con una percepción muy personal sobre las identidades y corrientes contemporáneas de los movimientos indígenas, más allá de la academia; como gusta decir, “desde adentro”. Coincidimos en rechazar la noción de la extinción y la práctica de la extracción investigatoria, y nos compenetramos con los ancianos y las comunidades. Hicimos juntos el primero de muchos recorridos: en Maisí vimos a los Mengana; en Imías, a los Rodríguez, los Rojas, los Pineda... Luego hubo un *impasse*, pero mantuvimos un intercambio epistolar, con las mismas dudas: ¿qué más se puede saber sobre los temas?, ¿cómo probamos esto? Hasta en lo obvio debíamos hacer trabajo de campo, realizar encuestas, conversar mucho y con muchos... Así empezamos, con respeto y confianza. Hubo un período de documentación en los archivos, y contactamos con investigadores de diferentes territorios que coincidían con nuestras valoraciones, en Jiguaní, Niquero, Bayamo...

Cuando ya contábamos con expediciones de años, informaciones de historiadores, documentación, persistía una gran duda, porque a partir de 1774 el censo español elimina para Puerto Rico, Filipinas, Santo Domingo y Cuba el término indio. Afortunadamente, al consultar los archivos de los arzobispados de Guantánamo, Santiago u Holguín, las parroquiales del Caney, de Baracoa, verificamos que los curas mantuvieron el término en las partidas de bautismo, matrimonio y defunción. En Camagüey Amparo Fernández, historiadora del arzobispado, nos mostró los documentos: “El indio fulano se casó”, “Este es hijo del nieto del indio fulanito de tal”.

Desde 1989 Barreiro y yo visitamos numerosas comunidades, nos compenetramos con ellas y consultamos a las familias para aclarar dudas y precisar hipótesis. Comprobamos que no todas las comunidades tenían clara una cifra de la familia, y también que el número mayoritario está en Guantánamo. Hicimos una cuenta familiar en estas localidades, y hasta el momento nos ha arrojado unos 14 000 Rojas Ramírez; la presencia en menor cantidad de los Romero o los Rodríguez en Jauco, Baracoa; los Montoya, los Rojas, del Caney en Santiago

de Cuba, los Mendoza por Jiguaní, Cabrerías de Jiguaní emigrados a Camagüey...

Sabíamos que la doctora Beatriz Marcheco había hecho un iluminante estudio de población en Cuba, y coincidimos en su importancia y en colaborar con el equipo de la genetista Marcheco, el sociólogo Enrique J. Gómez Cabezas y los fotógrafos Julio Larramendi —que venía trabajando con nosotros hacía años en Yara, en el Toa, en La Ranchería...— y Héctor Garrido. Se comprobó que en ese delicioso mestizaje que es el ajiaco de la cubanidad, la herencia indígena forma parte de la nación, junto a españoles, africanos, chinos, árabes... Teníamos el resultado, teníamos 22 comunidades examinadas, y a partir de los estudios de Marcheco ya contamos con una confirmación en la genética, en el estudio del ADN, que nos permite ofrecer una información valiosísima a quienes investigan los procesos de nuestra historia y nuestra cultura.

Sin embargo, todavía nos falta mucho por recorrer. Hay que extenderse a otras provincias, pues existen familias, descendientes, en La Habana, en Matanzas, en Najasa-Camagüey, hasta en Pinar del Río, que no se han estudiado con la fuerza con que se ha hecho en la región oriental, donde se concentra la mayoría de esta población. Por ejemplo, en el pueblo indio de Guanabacoa, me decía el historiador Marcos Rodríguez Villamil: “¡Toda la vida aquí se hizo casabe... y estamos en la capital!”. En Mayabeque se soba, ¿quiénes llevaron el sobado a esta zona? Tenemos que ver quién lo hace, de dónde vino esa herencia. Son muchas las indagaciones pendientes.

¿Qué queda de la vida material, espiritual, de nuestra gente y descendencia indocubana? Ahí están el caney como casa social y el bohío: Cuba tiene 186 000 bohíos, que han ido variando, pero todavía los ves en todas partes, con sus técnicas, y todavía es un tipo vernáculo de vivienda muy significativo, y cuando está bien construido, eficiente y cómodo para el clima. El bohío forma parte de las herencias constructivas de nuestros antecesores. El casabe aún pervive. Vimos en Vilató (sierra de Cubitas, Camagüey) una interesantísima cooperativa que hace 2 000 tortas de casabe; en Bayamo hay varios casaberos; en Holguín, de los Rojas; en Baracoa, en Maisí, en Imías...

En recorridos por las comunidades de las provincias orientales, hemos constatado el uso de la coa —cuya historia se remonta a los pueblos originarios— para las siembras, y no solo por los descendientes de indígenas, pues ha pasado a ser práctica cotidiana del campesino cubano. Por otra parte, en el recuerdo oral

de la cultura del conuco se atiende a la importancia de la conservación de semillas y los saberes del sembrar; entre otras semillas de plantas endémicas, ancianos en La Ranchería preservan el tabaco cimarrón, el algodón, la bija, el maíz y el frijol.

Todavía observamos en los ríos de Baracoa canoas de un solo tronco: las cayucas —en una foto que Harrington tiró en el Toa, se ve una—, que son planas, sin quillas, porque el río es muy bajo. En cuanto a las balsas, antes eran de yagrumas —el bambú no es autóctono—, y aún existen algunas por ahí, para uso cotidiano y traslado de mercancías; los muchachos las emplean para cruzar la orilla e ir a la escuela; son igualmente parte del patrimonio. Perviven, asimismo, tradiciones artesanales para objetos utilitarios elaborados a base de fibras naturales.

Otra práctica peculiar, muy identificativa, según varios expertos, entre ellos Barreiro, que profundiza en corrientes originarias, es la siembra por la luna, que no tiene nada que ver con la hispanidad, ni con la africanidad. Tenemos, además, la “cura del rastro”, de indiscutible ascendencia indígena —y no solo de los arahuacos—, igual que el consumo del maíz.

¿Y qué decir del sobar? Es expresión del gran conocimiento sobre las plantas medicinales, pues cada mática tiene efectos sobre alguna enfermedad. Eso se da en todas las culturas, pero es muy interesante cómo ellos lo han aplicado y lo aplican. Existe consultorio médico en Caridad de los Indios, en el Toa, en Mandinga, pero todo el mundo recurre a sobar. Son expresiones latentes en nuestras identidades, que nos marcan, forman parte de una presencia cultural.

Entre las tradiciones más secretas del curanderismo espiritual cubano está la llamada “cura del rastro” o “cura por o al rastro”, a veces referida como “curar por la palabra”, extendida desde Camagüey a Guantánamo, y en otros enclaves campesinos tradicionales más al occidente. Es larga esa costumbre en la Gran Familia Rojas-Ramírez. Según el cacique Panchito: “En ese método se cura gusanos y muelas y asma a un ser humano o a un animal. Es un rezo en el cual se utiliza la huella del animal, hacen crucecitas y van rezando, mandan que el animal camine y al ser humano también”.

La amplia tradición de sobar, de masaje extenso e intensivo del torso y las extremidades, guiado y acompañado por oración y vibración espiritual, se anexa a las calladas ceremonias de los “rastreros”. Las personas que saben “curar al rastro” manejan una usanza medicinal guajira cubana de practicantes herméticos, con transmisión de boca a boca, aunque hay casos de iniciación autónoma y espontánea.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes se rebeló contra el poder español en 1868, había 20 000 esclavos en el oriente cubano, mientras en Matanzas, solo el ingenio Triunvirato contaba con 3 000, y el Alejandría, de Güines, con 2 000. La esclavitud tuvo fuerte presencia en el centro de la Isla, donde se desarrolló la sacrocracia y el nivel de presencia africana fue muy significativo; allí los elementos de la Regla de Ocha, el Palo Monte y la sociedad secreta Abakuá se conservan hasta la actualidad. En el oriente del país no fue así, aquí primó el altar de cruz, de origen hispano; el espiritismo, introducido con los franceses en Santiago y Baracoa, después en Guantánamo, va a ser también importantísimo; ese espiritismo europeo confluye con ceremonialidades espirituales indígenas.

Marcan mucho más que el catolicismo en todas estas comunidades y constituyen una tradición, los altares de cruz, que no se dan en otra parte. Se preparan porque alguna persona ha pedido a la virgen de la Caridad, a la Cruz y a su santo preferido el mejoramiento de su cosecha o el de algún familiar enfermo, y se le ha concedido, por lo cual, en agradecimiento, dedican un altar. Muchos de sus practicantes recuerdan haber oído de sus padres y abuelos que en las guerras de 1868 y 1895 en los campamentos mambises se desarrollaban estas fiestas, para celebrar las victorias del Ejército Libertador, recordar a los caídos y por la curación de los heridos en combate.

La adoración a dioses indígenas, tal como está descrita en las crónicas, ya no se observa. Por encima de su sabiduría ambiental, algunos ancianos, y también jóvenes, manifiestan aprecio espiritual al “Sol, la Luna, la Madre Tierra”, dentro de un espacio natural y cultural fecundo, donde aún se escuchan historias caseras sobre jigües, cagüeiros, ciguapas y otras expresiones del imaginario más tradicional.

Se venera a la Caridad como patrona de Cuba y se liga esta tradición a elementos del espiritismo sistematizado por Allan Kardec, que perduraron en el oriente cubano. Entre los más ancianos, seguidos por los hijos maduros, persiste una práctica espiritual “cruzada”, con rasgos de indigenidad.

Por su parte, la oración del tabaco contiene puntos de identificación en la indigenidad; el principal es la quema o fuma del puro y la emisión de su humo, encargado de llevar el mensaje de la plegaria al mundo espiritual y, al mismo tiempo, alejar todo lo malo del lugar. Aparentemente simple, se trata de una señal clave en la ritualidad en muchos pueblos indígenas del hemisferio.

EL BOHÍO

En las paredes del bohío se emplean maderas de palma real, cedro, majagua o caoba, entre otras. El techo, generalmente a dos aguas, se cubre con yarey, guano, yuraguano o palma cana, palma justa o boba y palma de manaca. Cuando se usan las pencas de cocotero, tienen que ser secas. Si el bohío se construye en una loma, el frente se sitúa al este u oeste y se hace de norte a sur; en terreno llano se levanta mirando al camino real, carretera o terraplén. En su estructura tiene dos o tres cuartos a la izquierda, una sala y el comedor, con otras variantes. Al fondo, la cocina independiente y el excusado, servicio o letrina, a unos 10 m del bohío.

La edificación de bohíos, caneyes y ranchos se hace de manera colectiva, bajo la dirección del llamado carpintero de trabajo rústico, un personaje muy popular y solicitado. Estas variantes constructivas indudablemente son herencia de nuestros primeros antecesores y expresión de la ingeniosidad de un pueblo que ha buscado soluciones con los materiales de su medio natural.



© H. GARRIDO



© J. LARRAMENDI



© H. GARRIDO

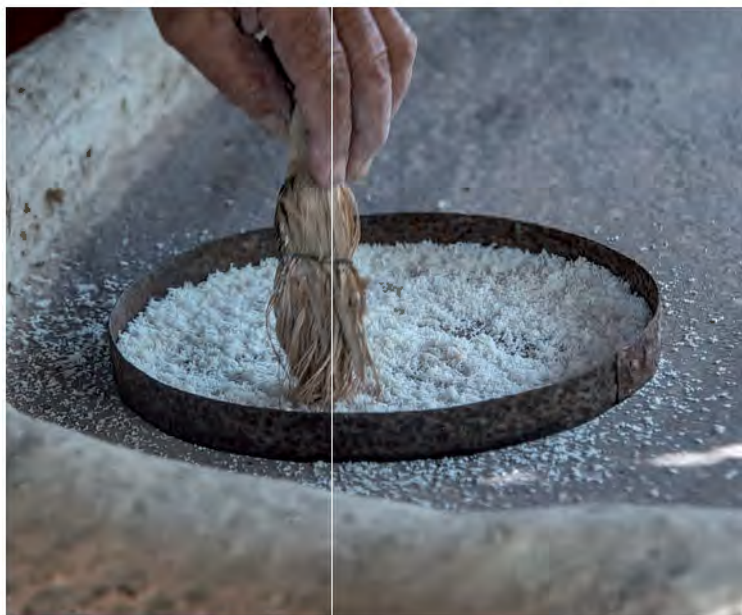




EL CASABE

El casabe es comida indígena, y parte de la herencia de la cultura taína, asentada en las Antillas Menores y Mayores antes de la llegada de los europeos. Fue originalmente producido por los nativos americanos arahuacos, taínos y caribes en toda la cuenca caribeña. Nuestros antecesores presentaron esta torta al almirante Cristóbal Colón en 1492, y los españoles, al conocer sus propiedades alimenticias y su prolongada conservación, la llevaron en sus naves.

Forma parte de las costumbres de pobladores de distintas comunidades y el oficio de casabero sigue pasando de una generación a otra. Se degusta en muchos lugares del oriente cubano, como acompañante del ajiaco, con carnes o preparado con salsa y cualquier tipo de picadillo. Es delicioso con miel de abejas. En algunas localidades se moja en el café, el café con leche o el chocolate.



© J. LARRAMENDI



© J. LARRAMENDI



LA COA

La historia de la coa se remonta a los pueblos originarios de América continental y del Caribe, y hoy es parte de la vida rural de México y de varios países de Centroamérica. Se fabrica con palos de madera dura —existe una variante actual de hierro—, como el ácana, el guayacán o la cuaba, entre otras, a los que se les saca punta por un extremo con un machete. Se usa para horadar la tierra en la siembra, trasplante y extracción de diversos cultivos, como maíz, yuca, boniato, ñame y frijoles. También en algunas zonas se emplea un modelo más corto para pelar cocos.



EL TABAÇO CIMARRÓN

El 28 de octubre de 1492 llegaba Cristóbal Colón a Bariay, al norte de la actual provincia de Holguín. Pocos días después enviaría a tierra a Luis de Torres y a Rodrigo de Jerez; fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias* (citado en *Capitulaciones de Santa Fe. Relación del primer viaje de Cristóbal Colón*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, p. 73) describe que vieron "...los hombres con un tizón en las manos y ciertas yerbas para tomar sus sahumeros, que son unas yerbas secas [cojiba] metidas en una cierta hoja seca también [...]; y encendido por una parte de él por la otra chupan o sorben [...] aquel humo [...]. Estos mosquetes [...] llaman ellos 'tabaco'". En viajes posteriores los europeos descubrirían que el uso de la planta estaba extendido por todo el Nuevo Mundo, donde se empleaba para ceremonias mágico-religiosas y como medicina.

En La Ranchería se conservan plantas de aquel tabaco originario o cimarrón con las que elaboran el "macuyo" para la fuma y la ceremonia del tabaco; con las semillas fritas en aceite de comer preparan pociones contra el catarro, la neumonía, la bronquitis, y para los "nacidos" (granos en la piel) se utiliza un pedacito de hoja marchita con sebo.



© J. LARRAMENDI



EL ALGODÓN

A su llegada, los europeos encontraron el algodón, que los aborígenes hilaban para tejer hamacas, brazaletes y los pequeños delantales que vestían las mujeres casadas. Hoy, en algunas pocas comunidades como Fray Benito y Los Gallegos de Jauco, dos artesanas han mantenido la tradición y con movimientos rítmicos y circulares estiran las fibras naturales hasta obtener un hilado del calibre que se desee.



CAYUCAS Y BALSAS

Los expertos carpinteros populares que construyen las cayucas conocen que el cedro, el najesí o la majagua son las maderas idóneas, si se cortan en luna menguante. Actualmente todas son de fondo plano, sin quilla, y van acompañadas por la “palanca” —vara larga de ocuje o guarano— y el remo en la proa. Los cayuqueros, verdaderos maestros en su uso, conducen esta peculiar embarcación a través de ríos crecidos o fuertes “rápidos”. Siempre ha tenido una marcada utilización comunitaria: transporta mercancías, embarazadas, niños y adultos enfermos, y a quienes acuden a la ciudad. Es práctica que se traslade en cayucas a los fallecidos en sus féretros para el cementerio de La Planta y en ocasiones para el de la primada villa de Baracoa.

La balsa del Toa es parte intrínseca de la vida cotidiana, y todos la consideran la hermana más pequeña de la cayuca. Existen tres prototipos. La llamada plancha de nueve bambúes se usa para cargar viandas recogidas en fincas o cooperativas al otro lado del río, y se le puede añadir otra pieza cuando hay crecida, para que no se tambalee y no se vire. Al segundo tipo le ponen barandas de dos o tres tablas planas para que se sienten las personas, y la tercera, construida con yagrumo, más grueso que el bambú, se utiliza para cargar productos agrícolas en largos tramos, y su mejor manejo es con el río crecido.



© J. LARRAMENDI



© H. GARRIDO





TRADICIONES ARTESANALES

El tejido con fibras vegetales, arraigado en las familias de Los Gallegos de Jauco, Fray Benito, Cajobabo... ha sido sustentado por varias generaciones, y conservar su protagonismo está en manos de las abuelas. A base de fibras de yuraguana y yarey, recolectadas en el tercer o cuarto día de la menguante, para que las pencas sean más duraderas y los insectos no las dañen, se fabrican cestos, morrales para recoger café, canastilleros, pajilla para fondos y espaldares de asientos, sombreros, adornos y las muy famosas cutaras o alpargatas. En Fray Benito producen sogas con instrumentos elaborados por los propios artesanos.



© J. LARRAMENDI



© J. LARRAMENDI

© H. GARRIDO

© J. LARRAMENDI



© J. LARRAMENDI







CURAS DEL RASTRO, DEL SAPO Y EL SOBADO

En todas las comunidades con descendencia Rojas-Ramírez y del pueblo indio del Caney se recopilaron testimonios de la curandería por rastro y sus poderes. Este método curativo, siempre silencioso y poco comentado, solo puede ser enseñado por el rastrero a otras dos personas. No se puede cobrar por dicho trabajo espiritual, que depende de poderes y conexiones con elementos de la naturaleza, muy a menudo con árboles o “matas” predilectas del rastrero.

Junto a la diseminada práctica de sobar torso y extremidades con fines de sanación, ejecutada por los rastreiros, es además común en estas zonas el uso de sapos para curar afecciones dérmicas, bajo la creencia de que la piel de tales batracios, al frotarla contra la zona afectada, recibe la enfermedad, y se cura el paciente.



© H. CARRIDO

© J. LARRAMENDI



© H. GARRIDO



© J. LARRAMENDI





EL ALTAR DE CRUZ

El altar se monta en una esquina de la sala. Generalmente es de cinco, siete o nueve escalones, de acuerdo con las posibilidades de quien lo ofrece. Están representadas las potencias mayores de la naturaleza; por encima de los escalones se coloca una sábana blanca que imita al cielo, y se sitúan la bandera cubana, una paloma, un barquito, un sol, estrellas y la luna. En el primer escalón, presidiendo, se ubica la cruz y después la virgen de la Caridad, patrona de los cubanos; las efigies seleccionadas de los santos católicos se disponen en orden descendente. El altar se adorna con flores de papel y cadenas de colores, creadas por las vecinas que, a la vez, hacen el montaje, y han heredado de abuelas y madres esta habilidad artesanal; a ambos extremos de cada escalón se colocan velas. El proceso empieza desde las primeras horas de la mañana hasta que está listo el altar para la ceremonia, en la que participa la comunidad circundante e invitados y familiares de otros lugares.







CREER EN EL SOL Y LA TIERRA

Panchito realiza una ceremonia única, bajo el nombre de ceremonia del tabaco, con intención específica de expresar aprecio y dar ofrenda a través del humo. Como cacique o viejo principal, la ofrece a los siete poderes, que son de suprema importancia para la vida de los humanos, y menciona a sus abuelos y tíos entre estos elementos de respeto. Coincide en parte con una entrevista de 1969 al cacique Ladislao Ramírez: "Asegura [el cacique] que él llegó a conocer leyendas transmitidas por sus antepasados, que adoraban ídolos contruidos de piedras. 'Mis abuelos creían en el Sol y la Tierra', afirma".





© J. LARRAMENDI







LOS PUNTOS CARDINALES

Dentro de esta espiritualidad, dirigirse hacia los puntos cardinales es requisito para que el “Mundo Vivo” escuche la plegaria, reciba la ofrenda y dé aviso del ser humano, y este respeto a las cuatro direcciones es difundido en la oralidad y ritualidad de casi todas las culturas americanas. Los puntos cardinales se consideran esenciales para situar la oración en la identidad del lugar, y todavía en las montañas se recogen múltiples testimonios de que, por ejemplo, al presentar una casa o nuevo bohío a la autoridad más respetada del barrio, le corresponde a esta bendecir sus cuatro esquinas con agua de manantial.





© J. LARRAMENDI





Cuando la noche lluviosa del 12 de noviembre de 1995 llegamos al cacique Panchito Ramírez Rojas, en el caserío La Ranchería del pueblo Caridad de los Indios, Guantánamo adentro, nos advirtió: “Les sorprenderían las cosas antiguas que sabemos y lo que tenemos aquí. Somos indios. Muchos creen que nosotros desapareci-

mos, pero no es así; aquí estamos. No somos muchos, pero tampoco somos muy pocos”. Antes de irnos, este hombre orgulloso de sus ancestros, conciencia y voz testimonial de la Gran Familia de los Rojas-Ramírez, nos expresó: “Mi gente de aquí está muy dispersa. Quisiera volver a verme con todas nuestras familias,



tejernos unas a otras de nuevo". Lograr que el legado de nuestros primeros ancestros se asuma con plena conciencia dentro de la "gran familia" cubana, ha sido guía y propósito de nuestros estudios e indagaciones. Cada vez más especialistas aceptan que si las sociedades indígenas y sus estructuras cívicas virtualmente

desaparecieron, no ocurrió igual con las poblaciones indígenas, ni con sus extensiones con identificación guajira, ni con su contribución a la gran base de valores y saberes que informan lo cubano.



HERENCIA ABORIGEN EN EL SIGLO XXI CUBANO

Enrique J. Gómez

La supuesta desaparición de los indocubanos vuelve a someterse a un serio análisis, y las novedosas tecnologías para estudiar el origen ancestral de individuos y poblaciones a través del ADN aportarán información relevante al respecto. El proyecto Cuba Indígena se propuso integrar miradas al asunto desde perspectivas diversas; en estas líneas compartimos apreciaciones y juicios, desde una mirada sociológica, acerca de la presencia aborígen en el panorama nacional contemporáneo.

Algunos antecedentes

En 2011 se realizó en Cuba un estudio de los orígenes ancestrales de la población a través de la información del ADN de una muestra de poco más de 1 000 personas.¹ Si bien dicha investigación fue reconocida por sus contribuciones en el ámbito médico, también se

¹ B. Marcheco Teruel, E. J. Parra, E. Fuentes-Smith, A. Salas, H. N. Buttenschön, D. Demontis *et al.*: "Cuba: Exploring the History of Admixture and the Genetic Basis of Pigmentation Using Autosomal and Uniparental Markers". *PLoS Genet*, 10 (7), 2014: e1004488. Disponible en <https://doi.org/10.1371/journal.pgen.1004488>

constituyó en referencia reiterada en los debates acerca del complejo proceso histórico-social de formación del pueblo cubano. Los resultados mostraron las proporciones en que participaron las poblaciones que se encontraron, chocaron y entrecruzaron en esta isla para dar lugar al mestizaje actual, y destaca la ausencia de individuos no mezclados: la ciencia confirma el apotegma de los dos abuelos de la poesía de Nicolás Guillén.² La información genética de origen europeo hallada en la muestra fue como promedio del 69 %; 19 % la de origen africano y 12 % la nativa americana.³ La presencia en el ADN de los cubanos actuales de genes amerindios llamó especialmente la atención, por la creencia generalizada de su temprana extinción luego de la llegada de los colonizadores. Más sorprendente resultó el hallazgo de un 34,5 % de ancestría aborígen como promedio en el ADN mitocondrial, o sea, en la herencia genética recibida exclusivamente por línea materna. A pesar de estas evidencias, poco se ha hablado de esa otra abuela: la india.

¿Se extinguieron los indios en Cuba?

El escepticismo en relación con la sobrevivencia de aborígenes en la Isla, para Manuel Rivero de la Calle, ha estado influido por la opinión de Fernando Ortiz, pues, según este autor, el sabio cubano “...fue siempre contrario a aceptar la supervivencia indígena ...”.⁴ Ciertamente, al revisar la obra de Ortiz se constata una posición categórica al respecto; en conferencia leída en la Universidad de La Habana en noviembre de 1939, al referirse al encuentro entre los colonizadores y los pueblos precolombinos cubanos, sentenció: “El impacto de las dos culturas fue terrible. Una de ellas pereció, como fulminada. Los indios se extinguieron”.⁵ En sus enjundiosos estudios acerca de la génesis del pueblo que hoy somos —a partir del modelo explicativo de la transculturación—, el gran erudito no consideró la participa-

ción de la cultura taína como componente de ese ajiaco cocido al calor de los trópicos en el Caribe.⁶

Sin embargo, una relectura meticulosa de los escritos del destacado intelectual, deja entrever alguna duda sobre la hipótesis de la extinción absoluta. En 1940, en *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, escribió: “El contacto de las dos culturas fue terrible. Una de ellas pereció, casi totalmente, como fulminada”.⁷ Reproduce textualmente lo dicho antes, pero añade una nota aclaratoria que cambia la visión anterior de la no sobrevivencia de la cultura taína, y elimina del texto la conclusión categórica de la extinción.

Existe otro momento en el pensamiento de Ortiz en que se contradice la visión de la extinción absoluta que ha llegado hasta nuestros días. En su libro *La virgen de la Caridad del Cobre. Historia y etnografía*, inédito hasta 2008, aseguró: “...todas las hebras de la urdimbre de la Virgen cubana pueden ser clasificadas en hispánicas, indias, africanas y criollas...”.⁸ ¿Acaso esta convicción del científico no es un reconocimiento de la huella de la cultura indocubana en ese símbolo mayor de la espiritualidad de la nación? Al sintetizar el origen de la virgen como complejo proceso de cristalización de pensamientos religiosos, pueblos y culturas, nos reitera de modo claro que esos influjos diversos “...han llegado a Cuba por solo tres corrientes: la india o cubana, así en su época autóctona [...] como en las criollas; la española, que en materia religiosa ha sido históricamente la más impositiva; y la africana, que nos ha traído fuertes reflujos de pagana y una nueva resiembra de creencias folclóricas”.⁹ En este caso va más allá del simple reconocimiento de la impronta indocubana en la virgen: al nombrar a la corriente “india o cubana” como una sola —y más aún cuando se refiere a esa presencia india en las épocas criollas— le otorga a la cultura aborígen un reconocimiento de matriz básica del pueblo cubano.

La idea de la extinción de los indocubanos ha sido inculcada de manera eficaz como verdad histórica. Así quedó registrada en las Crónicas de Indias y muchos libros de historia lo repiten u omiten la participación

² Nicolás Guillén, Poeta Nacional de Cuba, Cuba, referente de la poesía negra o mulata, recreó la imagen del abuelo “blanco” y del abuelo “negro” en la génesis del pueblo cubano.

³ B. Marcheco Teruel, E. J. Parra, E. Fuentes-Smith, A. Salas, H. N. Buttenschön, D. Demontis *et al.*: Ob. cit.

⁴ Manuel Rivero de la Calle: “Los indios cubanos de Yateras”, revista *Santiago*, Santiago de Cuba, No. 10, marzo de 1973, pp. 151-173.

⁵ Conferencia leída en el teatro Varona de la Universidad de La Habana, en respuesta a la invitación de una asociación de estudiantes, el 28 de noviembre de 1939. Véase Fernando Ortiz: “Los factores humanos de la cubanidad”, *Revista Bimestre Cubana*, La Habana, XIV (2), marzo-abril de 1940, pp. 161-186.

⁶ Ortiz definió al pueblo de Cuba como un ajiaco, en alusión a un plato taíno que mezclaba diversos tipos de viandas y carnes puestas a hervir al fuego.

⁷ Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 88.

⁸ Fernando Ortiz: *La virgen de la Caridad del Cobre. Historia y etnografía*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2012, p. 76.

⁹ *Ibidem*, p. 78.

de los pueblos originarios en el crisol en que se forjó la nacionalidad. El pedagogo Sergio Aguirre, quien dirigió la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana en los años 60 del pasado siglo, dejó consignada la extinción en un texto básico para la enseñanza de la historia: “Fueron suficientes unos 40 años para convertir a los indocubanos en un puñado de sobrevivientes que tendrían que acabar por extinguirse”.¹⁰ José Luciano Franco, prestigioso historiador, se adscribió a la aceptación del “...aniquilamiento total de la población indígena de Cuba...”.¹¹ Más recientemente, ya en el presente siglo, un libro básico en la formación general del estudiantado universitario sentenció: “A los 32 años de establecido el dominio colonial [...] solo quedaban 893 aborígenes. Esto significa que el 99,21 % había desaparecido [...]. Una cultura que llevaba 10 siglos de evolución en Cuba [...] desapareció pocos años después de la llegada a América, a fines del siglo xv [de los colonizadores]”.¹²

En el texto docente *La colonia. Tomo I. Primera parte: Evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, luego de referirse a la drástica reducción de los aborígenes cubanos, se concluye: “Otros factores sociales, psicológicos, culturales y de otros géneros contribuyeron a la eliminación, como grupo social, de ese conglomerado humano...”.¹³ Aunque más adelante, en el propio texto, los autores reconocen que “Numerosos grupos [de indocubanos] se refugiaron en los montes y desarrollaron palenques fuera del alcance de los colonizadores...”.¹⁴

Otros historiadores cubanos han puesto en duda la tesis de la extinción. En una obra dedicada al estudio del legado aborígen a la cubanía, el pedagogo Felipe de Jesús Pérez Cruz coincide con la versión del refugio de los indios “... en lo más intrincado de la geografía isleña y

de sus cayos adyacentes”,¹⁵ y al respecto concluye: “No toda la población aborígen sucumbió al etnocidio de la guerra y la asimilación. Núcleos significativos perduraron hasta el siglo xix, para constituirse en el grueso del primer campesinado cubano”.¹⁶

También Richard Gott, en su libro *Cuba: A New History*, cuestiona la hipótesis de la desaparición. En la primera mitad del siglo xvi, explica, los conquistadores apenas estaban establecidos “...en media docena de pequeños pueblos, y la mayor parte de la isla quedaba fuera de su control”. Según el autor: “En grandes áreas de pantanos y montañas, y en las pequeñas islas junto a la costa, miles de indios debieron de sobrevivir varias décadas y acaso siglos”.¹⁷

Por otra parte, están los estudios de Felipe Pichardo Moya, quien somete a juicio crítico las estadísticas demográficas de la población aborígen reportadas por los colonizadores. No solo halló evidencias de la dispersión de esta población por la agreste geografía cubana, sino que también pudo afirmar que mientras duraron las encomiendas “...nuestros indios defendieron su libertad muy dignamente, hasta el extremo de que en ningún momento, [...] dejó de haber en la Isla indios alzados”.¹⁸ Los estudios de Jorge Ibarra muestran de igual modo suficientes evidencias del poblamiento de toda la Isla por aborígenes, y de su capacidad de lucha, a tal punto que sus hechos beligerantes —referidos en la escasa documentación disponible de la época— hacen pensar, según este autor, “...en la existencia de un estado generalizado de guerra [en la Isla]...”.¹⁹

La postura de defensa de la no total extinción de los indios no intenta minimizar la magnitud del holocausto ocurrido. La vida de aquellos pueblos pacíficos fue trastocada por la ambición de oro de los conquistadores. Las narraciones del padre Las Casas son fiel testimonio del genocidio que sufrieron los pueblos originarios de la Isla, víctimas de asesinatos en masa, obligados a trabajar hasta el desfallecimiento, contagiados con enfermedades de sus verdugos europeos y

¹⁰ Sergio Aguirre: *Historia de Cuba*, Editorial Pedagógica, La Habana, 1966, t. 1, p. 79.

¹¹ José Luciano Franco: “Esquemas de los movimientos populares de liberación nacional (1511-1868)”, en *Ensayos históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 13.

¹² Eduardo Torres-Cuevas y Oscar Loyola: *Historia de Cuba 1492-1898. Formación y liberación de la nación*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2011, p. 25.

¹³ Estrella Rey Betancourt y César García del Pino: “Conquista y colonización de la isla de Cuba (1492-1553)”, en: Instituto de Historia de Cuba: *La colonia. Tomo I. Primera parte: Evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes hasta 1867*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2003, p. 91.

¹⁴ *Ibidem*, p. 92.

¹⁵ Felipe de Jesús Pérez Cruz (Comp.): *Los indoamericanos en Cuba. Estudios abiertos al presente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2014, p. 24.

¹⁶ *Ibidem*, p. 26.

¹⁷ Richard Gott: *Cuba: A New History*, Yale University Press, New Haven, 2004, p. 22.

¹⁸ Felipe Pichardo Moya: *Los indios de Cuba en sus tiempos históricos*, Academia de Historia de Cuba, La Habana, 1945, p. 7.

¹⁹ Jorge Ibarra: *Aproximaciones a Clío*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1979, p. 38.

llevados al suicidio colectivo como alternativa para librarse de vejámenes y maltratos insoportables para su cultura.

Indagación acerca de la presencia indígena en el siglo XXI cubano

Los pueblos indígenas son en esta parte del mundo otredad excluida, subordinada, inferiorizada, expropiada de sus culturas y de sus tierras por la colonización europea.²⁰ El racismo constituyó núcleo estructurante esencial de este proceso histórico y forma parte del ADN ideológico de la colonialidad en la era moderna.²¹ El giro emancipatorio decolonial en la región reconoce en la herencia aborígen un “...potencial epistémico [...] que no ha sido totalmente colonizado por la modernidad europea”.²²

El estudio que nos ocupa se propuso indagar acerca de la presencia de valores de la cultura ancestral de los habitantes precolombinos en familias que se autodefinen como descendientes de los aborígenes cubanos. Desde una perspectiva decolonial, es de especial interés aproximarnos a las particularidades de estos grupos dentro de la generalidad nacional, caracterizar el contexto social donde se desenvuelven, develar rasgos identitarios, saberes, cosmovisiones y prácticas sociales.

Con estos propósitos se diseñó una indagación cualitativa de carácter exploratorio en interés de obtener un acercamiento a la realidad social y al mundo espiritual de familias y grupos ancestralmente conectados con pueblos originarios de Cuba. El acceso a las familias incluidas en el estudio partió de la identificación de comunidades referidas como antiguos asentamientos aborígenes, según informes de expediciones científicas²³ o sugerencia de historiadores locales contemporáneos. También se consideraron otros sitios, de acuerdo con los resultados del estudio de mestizaje de la población.²⁴ Para la selección de las familias de la muestra en estas

comunidades sirvieron de orientación la historia de los apellidos y la reconstrucción del árbol genealógico.

En cada caso se realizó una caracterización de las condiciones socioeconómicas de los sujetos participantes, supuestamente descendientes de poblaciones aborígenes relegadas durante siglos. A través de la observación y una entrevista estructurada se reunieron las evidencias. Otras entrevistas en profundidad condujeron la reflexión de familias e individuos acerca de su linaje para explorar la huella indocubana en la subjetividad colectiva. Las técnicas del árbol genealógico y de la memoria familiar ayudaron a encaminar el razonamiento acerca de la identidad y el legado ancestral que pervive en el imaginario colectivo en forma de tradiciones, normas, creencias, valores y prácticas sociales.

Presentamos en estas páginas a cuatro de las numerosas comunidades familiares visitadas, cuya selección responde a los porcentajes de ancestría amerindia encontrados y a la fuerza con que se expresa la herencia cultural aborígen.

Cerca de Bariay

En el entorno geográfico del encuentro entre aquellos europeos pioneros de la travesía trasatlántica y la pacífica población autóctona de la Isla, está el barrio de Los Zaldívar, donde tienen su casa los octogenarios Adolfin Rojas Zaldívar y Regino Rojas.

La memoria familiar refleja la vida sencilla del campo, pues son campesinos y dominan el oficio de la labranza de la tierra. El viejo Regino recuerda el uso de la honda como arma de caza y el cultivo del algodón para “sacarle el hilo”. Cuenta que torcían con sus propias manos el tabaco que fumaban y, a la vez, recuerda unas décimas guajiras cargadas de buen humor criollo.

Las imágenes del pasado aborígen retenidas en la memoria evocan a unos ascendientes de piel trigueña, pelo negrísimo y una mancha característica en la piel que denominan “jagua o cucaracha”. También la herencia de habilidades en el tejido del yarey, la fabricación de vasijas de güira, la elaboración del casabe, el conocimiento acerca de las propiedades de las plantas para curar males de todo tipo y saber hacer sonar al caracol para los avisos. Sobrevive además en el imaginario familiar el papel de la madre como figura que nuclea a la familia, y la organización social en comunidades familiares: los hijos se quedan cerca, contribuyen a la economía de subsistencia del grupo y siempre tienen un plato en la cocina materna.

Pero en ese sitio las tradiciones son más que recuerdos. Aunque se levantó una casa nueva con paredes de ladrillo y techo de zinc, allí quedó el bohío de guano y

²⁰ Ramón Grosfoguel: “¿Qué es la teoría decolonial?”. Entrevista para Itacat Ràdio realizada el 30 de mayo de 2019 en la Fundación Antoni Tàpies, Barcelona, Cataluña. Disponible en <https://youtu.be/1d6Mn8pIgx8>

²¹ Aníbal Quijano: *Colonialidad del Poder, eurocentrismo y América Latina*, 2014. Disponible en <http://bibliotecaclacso.edu.ar/clacso/se/20140507042402/eje3-8.pdf>

²² Enrique Dussel: “El giro descolonizador”, entrevista, 2019. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=eNn_B8GuGNg

²³ Manuel Rivero de la Calle: Ob. cit.

²⁴ B. Marcheco Teruel, E. J. Parra, E. Fuentes-Smith, A. Salas, H. N. Buttenschøn, D. Demontis *et al.*: Ob. cit.



yagua, que para Regino resulta “...más fresco en verano y abriga más en invierno” y es donde prefiere descansar. El burén rústico en el patio da cuenta de la industria del casabe, y las manos de Adolfinia se muestran hábiles tejiendo el yarey. La cocina es de carbón, y las vasijas, de güira. El café se muele en un pilón y se cuele en el tradicional colador de tela. Algunos artefactos modernos traídos por parientes han quedado relegados: un moderno horno de microondas se usa apenas para guardar cosas.

En una frase sintetizan parte de su filosofía de vida: “Si hay casabe, hay comida: el casabe no se echa a perder”, que se corresponde con una economía de subsistencia familiar. Producen lo que necesitan y son felices con lo que tienen.

Entienden la vida en naturaleza, no fuera de ella. A la casa llegan animales abandonados o enfermos y en poco tiempo son parte de la familia. Cuando hay que desembrar una planta que tributa remedios para la salud, antes se prepara otro lugar para resembrarla. Una flor puede ser el mejor adorno en el pelo de Adolfinia.

La respuesta sobre su identidad es espontánea y clara: son campesinos cubanos, y la huella aborígen la ubican dentro de lo campesino. Tal vez en este lugar —entre artefactos y saberes que antecedieron a la presencia europea en la Isla— el legado indocubano se siente más fuerte.

La casa de Adolfinia y Regino está cerca del pueblo de Fray Benito y tienen vías de acceso a servicios básicos: educativos, sanitarios, culturales. No obstante, hay cierto aislamiento social condicionado por la historia de comunidad cerrada de Los Zaldívar, con prácticas endogámicas. Este hecho, ajeno a la dinámica de la modernidad, puede haber favorecido un bajo nivel de contaminación de las tradiciones heredadas. Es justificado y meritorio el afán por reivindicar la participación de la herencia indígena en la cultura rural cubana.

Los ancianos de la familia no alcanzaron a escolarizarse. Sus primeros descendientes, con niveles educativos básicos, se dedican en lo fundamental a las labores agrícolas. Entre los más jóvenes se pueden encontrar profesionales con una elevada calificación y vínculos con actividades económicas, culturales y sociales fundamentales del territorio, que trascienden la comunidad Los Zaldívar.

Viven sin excedentes y no sin carencias. Consideran la pobreza parte de su cultura. El apoyo familiar resulta el paliativo necesario ante escaseces materiales. La armonía con la naturaleza y el compartir familiar crean un ambiente que alcanza a ser alegre.

Para Adolfinia y Regino las tradiciones son parte de su cotidianidad: prácticas naturalizadas. Su modo de vivir, sus costumbres, definen quiénes son sin necesidad de clasificaciones teóricas, pero entre sus descendientes más jóvenes ha crecido una admiración por lo peculiar de la cultura de la familia y un interés especial por reivindicar la herencia taína. En mentes y corazones nuevos renace una pasión, fundamento para luchar contra el olvido del legado ancestral de los aborígenes cubanos.

Indios en la ciudad de Guantánamo

Hortensia Rojas Rojas, con sus 88 años, es la mayor de la familia. Es de estatura baja, piel cobriza y pelo lacio ya encanecido pero de base negra. El recorrido por el árbol familiar en busca de los orígenes lleva hasta Caridad de los Indios y San Andrés de Yateras. La familia se trasladó de un lugar a otro y varios hermanos, hijos y sobrinos viven hoy en barrios aledaños a la ciudad de Guantánamo.

En la memoria familiar pervive la imagen de Caridad de los Indios poblada de descendientes aborígenes, mayormente apellidados Rojas Ramírez. De ese tiempo remoto —aún en la reminiscencia de los mayores— recuerdan que la población era campesina y cultivaban tierras realengas a riesgo de ser desalojados de sus parcelas. La Caridad, cuentan, “...fue territorio liberado por los mambises;²⁵ muchos de sus hombres se fueron a pelear junto a Maceo”,²⁶ mientras “...mujeres mambises organizaron campamentos, hospitales de campaña, cuidaron las propiedades y los cultivos”. Con orgullo hablan del abuelo Serafín Rojas Rojas, capitán del Ejército Libertador y combatiente de las tres guerras por la independencia.

La modernidad y la tecnología no han logrado desplazar el colador de café de la cocina, ni los remedios naturales. La tradición de la medicina verde llega hasta el presente. Las abuelas de la familia han sido depositarias de una sabiduría ancestral sobre plantas medicinales y métodos de curaciones, y el barrio guantanamero donde se instaló la familia las ha honrado con los títulos de “behica”²⁷ o “médica de la familia”. Cultivan una relación especial con la naturaleza; al utilizar hojas o raíces

²⁵ Nombre con el que han pasado a la historia los soldados del Ejército Libertador cubano en las luchas contra la dominación colonial española.

²⁶ Se alude aquí a Antonio Maceo Grajales, uno de los principales jefes revolucionarios de las guerras de independencia de los cubanos contra la dominación colonial española.

²⁷ El curandero de las comunidades taínas era denominado behique.



para preparar un remedio, primero le piden permiso a la planta; en sus plegarias cotidianas invocan a la naturaleza divina, poderosa y benévola, a la cual tributan respeto y agradecimiento.

Aún preservan cultos aprendidos en las comunidades originarias de la familia. Brotan de la memoria experiencias de altares de cruz ornamentados con manualidades y símbolos religiosos diversos, elementos de la naturaleza, fotos familiares, íconos históricos, banderas, tabacos, ron, velas; de cantos improvisados que elevan las promesas a la virgen de la Caridad del Cobre, amenizan la velada y compiten entre sí. En la casa reservan un espacio a Santa Bárbara y otro a San Lázaro. Sus altares se engalanan con creaciones artesanales: manteles, flores y bastones de papeles de colores. No falta en diciembre un toque a Santa Bárbara donde se reúnen vecinos allegados, suenan los tambores y piden a la virgen.

Se definen como “indios de Cuba”, idea que reafirman cuando se identifican como “cubanos propios de Cuba”. Esa conexión ancestral con los pobladores de la Isla antes de la conquista, la consideran esencia de su identidad. Añaden inmediatamente: “primero que nada cubanos, campesinos cubanos”. Cuando hablan con orgullo de sus ascendientes mambises y reconocen en Martí una guía espiritual, se conectan con las más profundas raíces de la nacionalidad.

En la casita de Hortensia se vive con humildad: tienen un nivel básico de medios de vida; aún en construcción, el inmueble ha mejorado con apoyos familiares y un subsidio estatal. La cultura campesina de autoabastecimiento le ha valido para enfrentar carencias de alimentos. En el patiecito de la casa unas gallinas anidan: los huevos harán parte de la dieta. Cuando los años se lo permitían, Hortensia aseguraba carne y grasa con un corral de puercos²⁸ que aún tiene en el patio, aunque ahora improductivo. Para su alimentación cuentan con la cuota de la canasta normada²⁹ y con la pequeña producción familiar. Satisfacer la demanda del hogar exige gastos elevados que en buena medida superan sus posibilidades.

Los descendientes de Hortensia pudieron formarse como técnicos y profesionales. Una bisnieta estudia en la escuela de arte de la provincia. Acercarse a la ciudad favoreció las posibilidades de superación y también de empleo: técnico de laboratorio, periodista y profesional

de la salud son algunas de las ocupaciones que se reúnen ahora en casa.

Esta familia cubana de hoy, entroncada con grupos aborígenes originarios, no apela a su identidad india para distanciarse de la nación, sino para hacer ver que la sangre taína también es sustancia del ajiaco cubano.

Un cacique en la montaña

En un remoto lugar de la serranía del municipio guantanamero de Manuel Tames, a cuatro horas de camino desde Caridad de los Indios en camión de montañas, luego de cruzar ríos, ascender pendientes y bordear despeñaderos, se abre un pequeño valle entre las lomas, de belleza desconcertante. Allí se encuentra el caserío La Ranchería, donde vive la familia de Reina y Panchito. La apariencia física de los pobladores evoca a los nativos precolombinos, de los que ellos se saben descendientes. Panchito es reconocido como cacique; heredero de un cacicazgo sui géneris en el siglo XXI cubano.

En la memoria familiar habitan abuelos y abuelas descendientes de los aborígenes, nombres de lugares y plantas, una posible canción de trabajo, juegos infantiles con hondas y zancos; changüí y caringa, fiestas y alegría. Entre los recuerdos recurrentes sobre su historia y cultura emergen celebraciones que duraban varios días, desde pascuas hasta el día de reyes, “cada día en casa de un compadre”. La música, la improvisación campesina, el baile y el puerco asado sobreviven en el imaginario colectivo como símbolos de estos jolgorios.

Las remembranzas sobre los aborígenes en el pasado remoto son escasas en la memoria familiar. Se perdió la lengua original y con ella murieron leyendas milenarias. Los más viejos refieren cómo hacían música con una yagua que cubría un hueco hecho en la tierra. Emergen anécdotas aisladas alrededor de la rivalidad con los colonizadores, como la historia de una cueva donde los indios escondían la plata; o la del poblado de Caridad, donde todos eran indios, pero muchos tuvieron que huir a las montañas, lo que explica el origen de los nombres de estos lugares: La Escondida —escondite de indios—, La Ranchería —sitio de ranchos de indios—, a donde fueron a refugiarse sus antepasados.

Estos lugareños se definen a sí mismos, en primera instancia, como cubanos, y aluden a sus orígenes al proclamarse “indios cubanos”. La historia familiar se conecta con la de la nación: compartieron en las montañas con negros cimarrones apalencados, estuvieron en los cafetales junto a los haitianos, se honran de sus ancestros mambises, comparten una cultura campesina que evidencia raíces nutricias taínas, canarias, africanas,

²⁸ Palabra con que comúnmente denominan a los cerdos.

²⁹ Se refiere a un grupo de productos que se distribuyen de manera igualitaria a toda la población con elevadas tasas de subsidio, pero no cubren las necesidades básicas de alimentación.



patentes en el bohío, el changüí, la caringa y el ajiaco que asumen como suyos.

De sus ancestros también refieren el aprendizaje de normas de conducta social. Ser buenos anfitriones es una de las primeras lecciones aprendidas, y consideran la solidaridad como su mejor alternativa para enfrentar las frecuentes dificultades: en caso de enfermedad, problemas económicos o para organizar una fiesta, “todo el mundo ayuda con algo”. El valor mejor ponderado es la honradez. El respeto a la naturaleza es ley.

Los abuelos les legaron un tipo de relación especial con la naturaleza, por la que sienten profundo respeto, reconocen como “fuente de vida”, “madre”, y le agradecen porque “nos lo da todo”. Es la naturaleza centro en sus credos y fuerza divina de la creación. Conocen sobre remedios naturales para malestares del cuerpo y atesoran fórmulas que consideran infalibles: “...el que no se cura con eso, no se cura con *na*”. Saben cuándo se debe plantar una semilla y cuándo se recogen sus frutos, predicen el mal tiempo y pronostican las cosechas.

La fe es parte intrínseca de su cultura. En un altar familiar se veneran imágenes de deidades de la tradición cristiana junto a elementos de la naturaleza como piedras, caracoles y ramas de árboles; también fotos de sus muertos, símbolos patrios y regalos preciados.

En La Ranchería preservan una ceremonia realizada con el tabaco, un ritual que comprende rasgos de tradiciones aborígenes. Todos se reúnen tomados de las manos, formando un círculo, mientras agradecen a dios, piden su bendición y protección espiritual, cantan, aspiran el humo de un tabaco, lo expulsan al aire libre y pasan el tabaco al siguiente en el círculo. Al final se abrazan unos a otros prodigando amor.

El cacique Panchito se ubica en el centro del círculo ceremonial. Es quien hace la oración y fuma primero del tabaco. El cacique se preserva como un símbolo, no constituye una autoridad formal en la que se delega poder. En él se reconoce sabiduría ancestral, conocimiento sobre la naturaleza y arraigo al terruño. El encargo comunitario, implícito, es representar la herencia aborigen y defender sus valores identitarios.

La Ranchería es un lugar emblemático de las familias de origen indocubano en el oriente guantanamero, donde viven actualmente Panchito, Reina y algunos de sus hijos e hijas. Hace unas décadas, con un apoyo material recibido, los bohíos fueron sustituidos por casitas construidas a ambos lados del camino que atraviesa el poblado. Más confortables, sobre bases de bloques, piso de cemento, paredes de madera y techo de zinc, cuentan con electricidad a partir de paneles solares reciente-

mente instalados. Sin embargo, en la vecina comunidad rural de La Escondida, donde reside otra parte de la familia, aparecen bohíos depauperados con piso de tierra, mobiliario escaso, ausencia de ciertos recursos primordiales para el hogar y significativo deterioro general de las condiciones de vida.

Tanto en La Ranchería como en La Escondida, la localización geográfica, el estado de los caminos y la carencia de medios adecuados de transporte limitan el acceso a servicios básicos. No tienen condiciones para el traslado de un enfermo que requiera de estudios médicos; los jóvenes encuentran dificultades para superarse y compartir con sus coetáneos en espacios recreativos, y están al margen de las oportunidades que facilita el desarrollo de las tecnologías de la información y las comunicaciones.

La alimentación depende principalmente de sus propias producciones: comen frutas y vegetales de temporada, algunos cultivados y otros silvestres; disponen de leche si tienen una vaca parida; de la crianza de animales obtienen carnes y grasa. La disponibilidad de estos alimentos varía según el comportamiento del clima y el resultado de las cosechas. Sus ingresos también están vinculados a la producción agrícola —la sequía del último año los afectó en su alimentación y en su economía.

En esta región apartada, las personas de más de 50 años con frecuencia son iletradas y entre los pobladores en general, muy pocos sobrepasan el noveno grado de la enseñanza general. La distribución del empleo sigue el patrón común del sector rural arcaico: los hombres, campesinos; las mujeres, dedicadas a los quehaceres del hogar, aunque entre las labores domésticas, como norma, se incluyen actividades productivas no remuneradas.

La emigración de los descendientes más jóvenes es un hecho. Sus proyectos de vida no contemplan el retorno. Los hijos de Reina y Panchito expresan orgullo por su origen, se saben indios cubanos, pero los nietos viven más distantes de ellos, en las ciudades. Los visitan a ratos. La Ranchería será en su memoria la casa de los abuelos indios.

La india de Bella Pluma

Pareciera que en Ocuja del Turquino la cordillera de la Maestra al sur cayera en el mar. Su ladera se empina a pocos metros de la costa. Desde los primeros descansos breves de los escalones de la terraza marina que el mar talló en la montaña, se encuentra la gente de Bella Pluma.

En la memoria familiar aparece una figura emblemática: Evarista Zamora, la india de Bella Pluma. Hasta ella llegan los recuerdos de los ancestros. Cuentan que una foto suya estuvo en el Capitolio Nacional por los



años 70 del pasado siglo para representar la imagen de una india cubana.

Los habitantes de Bella Pluma rememoran que Evarista se estableció en este lugar con Juan Díaz a finales del siglo XIX, procedente de una “comunidad aborigen” un poco más al oeste, al parecer en la zona de Niquero-Pilón. Aquí formaron una extensa familia, pues prácticamente todos los que viven hoy en Bella Pluma están emparentados con ella.

Evarista era una mujer pequeña, de piel cobriza y largas trenzas; de poco hablar, permanecía siempre dentro de la casa, “pilando o colando café”, según la recuerdan. Hablaba de su madre india, pero no queda en la memoria familiar ningún relato de la cultura aborigen. En vida de Evarista —a finales de la década de 1960— un periodista le preguntó por sus ancestros y ella recordó que su mamá, “india nativa”, le contó la historia de unos

indios a los que obligaban a trabajar en una mina de oro en un lugar sugerentemente llamado El Infierno.³⁰

Al indagar por otras tradiciones aborígenes en Bella Pluma, aluden a la cocina propia: pescado asado, bollos de maíz y un plato que preparaba Evarista y denominaba tamborote —sopa de fideos con frijoles. Dicen conocer el casabe y saberlo hacer, pero no forma parte de su dieta, y recuerdan el uso de plantas medicinales. En la entrevista referida, Evarista reveló remedios para los golpes: “... usted coge la miel de castilla con la miel de güira, y después la pone a hervir, y cuando aflora la burbuja, [la] saca...”; para el padrejón³¹ recomendaba

³⁰ Fabián Escobar: “Sierra Maestra: Plan para cambiar un paisaje”, revista *Cuba*, La Habana, abril de 1968.

³¹ Se refiere a dolencias estomacales, según el *Catauro de cubanismos* de Fernando Ortiz.



“... una yerba que le dicen yerba de aura [...] con una cabeza de ajo y la asa, y se la toma con leche”.

La identidad de Bella Pluma gira alrededor de la historia de esta abuela india que ya trasciende el tiempo y se hace leyenda. Los hijos y nietos de Evarista se saben descendientes de ese linaje originario de Cuba y lo muestran con orgullo, como exhiben su piel cobriza y su pelo negrísimo. Su herencia cultural también tiene el sello de la hospitalidad, la espontaneidad y una jovialidad cubanísima.

La carretera sur, que bordea toda la costa, facilita la comunicación de la comunidad con Chivirico hacia el este y con la provincia Granma hacia el oeste, aunque es un lugar apartado y ello restringe el acceso a muchos servicios. La minihidroeléctrica Dian garantiza el suministro de electricidad en las viviendas. Las casitas, distribuidas de manera irregular, de acuerdo con las posibilidades de la geografía montañosa, son de piso de cemento y te-

cho de zinc, aunque las hay de piso de tierra y techo de guano. Ningún bien en los hogares representa un lujo: más que sobrar, puede faltar algún recurso básico.

No tienen disponibilidad segura de alimentos variados. Se abastecen a partir de la canasta normada, que no garantiza el suministro estable de todos los productos. Consumen frutas de temporada, fundamentalmente mango, y en ocasiones obtienen algo de la pesca. Son pocos los animales de crianza y escasas las áreas dedicadas a la producción para el autoconsumo.

El vínculo laboral más frecuente de los adultos mayores jubilados fue una cooperativa agropecuaria. Por sus escasos ingresos, algunos asumen otros empleos, sobre todo de servicios. Como regla las mujeres realizan en el hogar trabajos no remunerados y muy pocas personas se ocupan de faenas agrícolas. Algunos habitantes, principalmente entre los más jóvenes, laboran fuera de la

comunidad, en la economía de servicios. Otros realizan trabajos informales que les reportan mejores ingresos, sin las garantías laborales de un empleo formal.

En el orden educativo se observa que el promedio de años de estudio mejora con la edad. Los adultos mayores de 60 años son analfabetos o apenas tienen nivel primario. Entre los menores de 50 años, el nivel medio superior es el que más se repite. Los niños y adolescentes están incorporados a centros escolares.

El ambiente social de Bella Pluma es de armonía familiar. La evidente escasez de recursos materiales se compensa con una solidaridad innata de la comunidad. Se autodefinen pobres, casi como una virtud y también como parte de su legado histórico indígena, campero y montaños.

Para trascender la hegemonía epistemológica de la modernidad

La riqueza saqueada en América fue la palanca de la dominación eurocéntrica capitalista que trascendió la era colonial. El patrón ideológico hegemónico global actual responde a la concepción particular europea de civilización, impuesta desde la colonialidad del poder. Nuestro pensamiento, en buena medida, ha sido construido sobre esa base epistemológica. Es fácil comprender entonces por qué los análisis de nuestras realidades están permeados con frecuencia por el eurocentrismo hegemónico. Es este el caso de la historia de los indígenas cubanos.

Factores de naturaleza diversa ponen en tela de juicio la versión colonial de la extinción indígena en menos de medio siglo. Entre los elementos de juicio que cuestionan la pretensión dominadora de borrar de la historia nuestra herencia ancestral indocubana, cuentan: la significativa superioridad cuantitativa de los nativos en las primeras décadas de la conquista, la necesidad biológica del conquistador masculino de mezclarse con la mujer aborígen, las oportunidades de la geografía de la Isla como refugio para los autóctonos, la capacidad de resistencia y de lucha de aquellos indios, y los hallazgos de ancestría aborígen en el ADN de los cubanos modernos.

Las poblaciones precolombinas de Cuba sobrevivieron a la barbarie colonizadora, pero fueron invisibilizadas desde la colonialidad eurocéntrica.³² Cuando los

nativos dejaron de ser fuerza de trabajo explotable en el lavado de oro en los ríos o en los hatos bajo las encomiendas, fueron borrados como sujetos de la historia y del proceso de construcción de identidades. Desconocer su legado fue otra perversa acción de la dominación colonial. Dar por extinguidos a los indios despejó el camino para apropiarse de tierras, invisibilizó la rebelión sostenida durante décadas contra las encomiendas, funcionó como pretexto para incrementar la trata de africanos esclavizados, y sirvió al propósito de "...pensar en una Cuba blanca, desde los intereses racistas de la oligarquía de impronta burguesa..."³³

Los valores, saberes y cosmovisión heredados por estos grupos familiares campesinos constituyen visiones alternativas al pensamiento hegemónico global occidental. La economía de subsistencia, el concepto de felicidad humana desvinculado de patrones consumistas, el reconocimiento de la naturaleza como sujeto y no como objeto colonizado, la visión humanista biocéntrica, son aportes sustantivos de las culturas amerindias preteridas. Esas tradiciones originarias, latentes en la subjetividad y prácticas sociales de grupos descendientes de pobladores de la Isla premoderna, y de poblaciones campesinas cubanas, hacen parte de la sazón del ajiaco que somos.

Aún la herencia de pueblos relegados marca la vida de estas familias y sus entornos campesinos. Se perciben carencias acentuadas. La conquista de la igualdad de derechos en la etapa de la Revolución Cubana resultó insuficiente ante el peso de una historia de discriminaciones y exclusiones, y deben ser dejadas atrás lógicas exógenas de desarrollo, normatividades descontextualizadas y patrones paternalistas reproductores de relaciones de dependencia. La realidad de estos grupos demanda acciones de nuevo tipo, con metas de equidad social y promotoras de un desarrollo endógeno desde valores, aspiraciones y capacidades propias de sus comunidades.

De ese legado ancestral aborígen, menospreciado desde la ilustración occidental, emergen hoy alternativas para trascender la hegemonía epistemológica de la modernidad. Reivindicar la presencia taína en el etnos cubano es absolutamente imprescindible y constituye la única postura ética consecuente con la lucha decolonial del proyecto revolucionario cubano.

³² El término colonialidad fue acuñado por Aníbal Quijano para señalar la esencia de la modernidad. Tiene su origen en la colonización europea, pero ese patrón de dominación global eurocéntrico —denominado por Quijano como colonialidad del poder y del saber— trascendió las administraciones coloniales y ejerce hoy un hegemonismo epistemológico.

³³ Felipe de Jesús Pérez Cruz (Comp.): Ob. cit., p. 25.







CUBA INDÍGENA: HUELLAS EN EL ADN

Beatriz Marcheco¹

Como huracán humano llegó el conquistador español a Cuba en un octubre de ciclones. Dos mundos diferentes en cultura y biología se encontraron y entrecruzaron. Los unos, al amparo de la cruz y con febril anhelo de peculios, trajeron consigo unos 4 500 años de invenciones (la pólvora, la vela, la brújula, la rueda, la imprenta, la moneda...);² los otros, de primitiva y apacible vida en armonía con la naturaleza, los contemplaron atónitos mientras se les juntaban milenios y edades, y asistían al comienzo del fin de su, hasta entonces, mansa existencia.

¹ Autores de la investigación: Beatriz Marcheco Teruel, Enrique J. Gómez Cabezas, Jonas B. Grauholm, Kathrin Nägele, Cesar Fortes-Lima. Estudio colaborativo realizado entre el Centro Nacional de Genética Médica y el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas en Cuba, el Instituto del Suero de Copenhague en Dinamarca, el Instituto Max Planck para las Ciencias de la Historia Humana de Jena en Alemania y el Departamento de Biología de Organismos de la Universidad de Upsala en Suecia. Diseño de imágenes: Lic. Alejandro Samada Piloto.

² Fernando Ortiz: *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana.



FIG. 1. Distribución en porcentajes de la contribución parental de origen amerindio presente en los cromosomas autosómicos* de individuos cubanos, por provincias del país

* Cromosomas autosómicos son los cromosomas no sexuales que conforman los pares del 1 al 22. El ser humano posee 23 pares de cromosomas, 22 pares son autosomas y un par de cromosomas sexuales, que en la hembra son XX y en el varón XY.

Según los escritos del padre fray Bartolomé de las Casas (“Memorial de remedio para las Indias”),³ a la llegada de los españoles Cuba estaba habitada por tres grupos humanos de diferentes culturas: taínos, los de mayor número —representaban el 90 % del total— y grado de desarrollo, que se ubicaban fundamentalmente en el oriente de la Isla y eran agricultores-ceramistas; siboneyes, que habitaban la costa sur de la región central y se dedicaban a la pesca, y guanahatabeyes, descritos como indios de vida salvaje y menos desarrollados, que vivían en cuevas de la región más occidental.

Es Colón quien recoge en su diario las primeras impresiones sobre los habitantes de Cuba, a los que describe como “...de la misma calidad y costumbre de los otros hallados [...] y andan como los otros, desnudos”, a lo que agrega que son “...de muy hermosos y lindos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos *cuasi* como de cerdas de colas de caballo [...] y buenos gestos, bien hechos...”, y luego añade: “...gente muy hermosa, los cabellos no crespos, salvo correntíos y gruesos, y todos de la frente y cabella muy ancha, y los ojos muy hermosos y no pequeños”.⁴ Se trataba, en resumen, de un grupo hu-

mano con caracteres físicos diferentes a los conocidos por los conquistadores hasta entonces: piel más o menos cobriza, de pilosidad reducida, volumen craneal ligeramente menor, ojos negros, nariz robusta, región malar prominente y miembros inferiores gráciles y más cortos. Las características físicas de los indios taínos en particular fueron descritas por un marino de origen italiano que acompañó a Colón en su segundo viaje, y de ellos refirió que eran de estatura más baja, piel gruesa, cabeza aplastada y cara “atartarada”, poca barba y bellísimas piernas. Guanahatabeyes y siboneyes parecen haber compartido similares características físicas: baja estatura, cráneo corto, pequeño y más bien redondeado, órbitas cuadrangulares y nariz estrecha.⁵

A partir de investigaciones arqueológicas y fuentes históricas se ha estimado en 112 000 el número total de aborígenes cubanos hacia 1510. Poco más de la mitad residía en la región oriental del país (54,4 %); en la región central un 36,5 % y en el occidente un 9,1 % (en número aproximado de 10 000 individuos en esta última). Se ha reportado que su esperanza de vida debió de ser de entre 20 y 25 años, con una mortalidad anual de 28 % a 35 %, una natalidad de hasta un 40 % y un discreto crecimiento natural de la población de 6 % cada año.⁶

³ Bartolomé de las Casas: *Obras escogidas*, Ediciones Atlas, Madrid, 1958, t. 3 y 4.

⁴ Manuel Rivero de la Calle: *Las culturas aborígenes de Cuba*, Edición Universitaria, La Habana, 1966.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Juan Pérez de la Riva: *La conquista del espacio cubano*, Fundación Fernando Ortiz, La Habana, 2004.

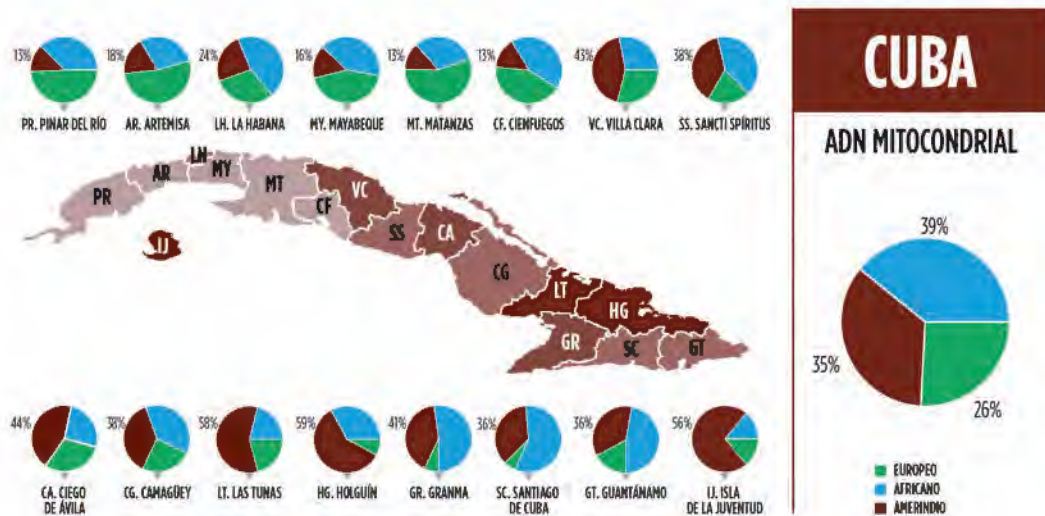


FIG. 2. Contribución genética de origen amerindio a través de los linajes maternos por provincias cubanas. En el mapa de Cuba, sombreadas en color más oscuro, las provincias donde la contribución amerindia por vía materna, es mayor

La invasión española creó condiciones inmediatas para la ruptura de su frágil equilibrio ecológico y la ocurrencia de un genocidio indígena: la exposición a enfermedades infecto-contagiosas traídas por los europeos como la epidemia de viruela que aconteció alrededor de 1529, las matanzas indiscriminadas en los primeros años, los masivos suicidios tras un trauma psicológico de magnitud inimaginable, la pésima alimentación y condiciones para la subsistencia, la demanda de realización de un trabajo físico en condiciones en las que no era posible sobrevivir y las muertes ocurridas durante los alzamientos y rebeliones, fueron las principales causas de la debacle demográfica.

Se estima que hacia 1570 quedaban cerca de 3 000 indios, poco menos del 3 % del número estimado para 1510. A partir de entonces, el crecimiento de la población solo pudo haber ocurrido a expensas del emparejamiento reproductivo entre dos o más grupos étnicos. Las mujeres aborígenes debieron de ser acaparadas por los inmigrantes españoles, hombres en absoluta mayoría.⁷

El legado aborígen presente en el ADN de las actuales generaciones de cubanos

Un estudio de ADN realizado por nuestro equipo de trabajo a un grupo de 1 000 individuos cubanos de todas las provincias del país para caracterizar las proporciones de la mezcla étnica a nivel del genoma, reveló una contribución parental de origen amerindio de un 8 %

como promedio, con una distribución que varía en magnitud por regiones del país. La región oriental mostró, como promedio, mayores proporciones de información genética procedente de ancestros aborígenes que el resto de la Isla (Fig. 1).⁸

El análisis del ADN mitocondrial, realizado en el contexto del propio estudio, mostró por su parte que la información genética de origen amerindio conservada hoy por los cubanos ha sido trasladada esencialmente por vía materna. Como promedio, el 35 % de los participantes en el estudio —mujeres y hombres— desciende, entre 15 y 18 generaciones atrás por vía materna, de mujeres aborígenes (Fig. 2). Holguín, Las Tunas, Ciego de Ávila, Villa Clara y Granma fueron las provincias en las que mayor porcentaje de ancestría amerindia, trasladada por vía materna, se identificó en el país.⁹

Los primeros descendientes, tras el emparejamiento entre hombres españoles y mujeres aborígenes, co-

⁸ C. Fortes-Lima, J. Bybjerg-Grauholm, L. C. Marin-Padrón *et al.*: "Exploring Cuba's Population Structure and Demographic History Using Genome-Wide Data". *Sci Rep* 8, 11422, 2018 doi:10.1038/s41598-018-29851-3

⁹ B. Marcheco Teruel, E. J. Parra, E. Fuentes-Smith, A. Salas, H. N. Buttenschön, D. Demontis *et al.*: "Cuba: Exploring the History of Admixture and the Genetic Basis of Pigmentation Using Autosomal and Uniparental Markers", *PLoS Genet*, 10 (7), 2014:e1004488. Disponible en <https://doi.org/10.1371/journal.pgen.1004488>

⁷ Manuel Rivero de la Calle: Ob. cit.

menzaron a trasladar la información genética de la población autóctona y este flujo génico ha persistido hasta las generaciones actuales.

Si bien la mayoría de los habitantes originales de la Isla perecieron en agónico exterminio, estudios realizados por arqueólogos, historiadores y antropólogos dan cuenta de que un reducido número logró sobrevivir. Alrededor del año 1760 aparece reportada por Morell de Santa Cruz la existencia de “trazas” de los últimos indios cubanos en la “...vecindad de Bayamo, El Caney y Jiguaní, posiblemente en Pinar del Río —cerca de Alquizar— y con toda certeza en Oriente” (es muy probable que se refiera a la región montañosa de Guantánamo).¹⁰ En esta última zona geográfica, donde podían vivir libres en la cima de los montes, seguramente se apalancaron y procrearon familias.

Descendientes de aborígenes cubanos en el extremo oriental de la Isla

En marzo de 1847, el naturalista español Miguel Rodríguez Ferrer se refirió a la presencia de “...ciertos restos de la raza indígena á que perteneció este país y que por su gran incomunicación ha sido de lo más puro que he podido descubrir...”, al encontrar un par de familias que residían en el área montañosa de San Andrés, ubicada en el trayecto de Baracoa a Santiago de Cuba, y cuyos apellidos eran Barrientos en un caso y Rojas en el otro.¹¹ A ello añadió que este constituía el cuarto punto en el que había podido hallarlas, junto a El Caney, los campos de Jiguaní y las márgenes del Yumurí.

En la primavera de 1901 viajó a Cuba el profesor Stewart Culin, de la Universidad de Pensilvania, con el propósito de estudiar acerca de una tribu de indios salvajes que —según geólogos de una compañía norteamericana de aceros— habitaban en las montañas del Este de Cuba. Culin había sido informado de la existencia de unas 100 familias indias con los apellidos Rojas y Ramírez, en la región de Dos Brazos, entre Yateras y Baracoa.¹² Recorrió entonces la zona de referencia y pudo describir la presencia de individuos que poseían rasgos fenotípicos característicos de ancestros indígenas.

Cincuenta años más tarde, en 1952, el genetista canadiense y profesor de la Universidad de Harvard Reginald Ruggles Gates ratificó la existencia de esas familias, a las cuales visitó en Caridad de los Indios, región de Yateras, en la provincia de Guantánamo. Refiere Ruggles en su artículo, publicado en 1954, que dedicó dos meses al estudio de los indios que habitaban específicamente la región de Yara (cercana a Baracoa) y de Yateras. Realizó una caracterización detallada de los rasgos fenotípicos en trece familias, a lo que añadió mediciones antropométricas y observaciones somatoscópicas.¹³

A mediados de la década del 60 del siglo pasado, el Dr. Manuel Rivero de la Calle dio continuidad a esta serie de investigaciones. Entonces estudió 169 miembros de 29 familias, a quienes describió como un grupo de individuos con una identidad étnica común. En su libro *Las culturas aborígenes de Cuba* Rivero de la Calle precisa que “...este tipo físico se caracteriza por su color canela, con trazas de un color amarillento, pelo lacio, pero suave, de color negro o casi negro, de ojos muy oscuros. Poca barba y bigote, y de caras anchas y cortas, con los huesos malares o pómulos muy prominentes. La frente vertical o algo inclinada, y algunas veces con arcos superciliares prominentes. El perfil de la cara, entre ortognato y mesognato. El perfil horizontal aproximadamente al de una cara aplanada. La nariz de mediano tamaño, generalmente recta y no muy profunda en su raíz; raras veces convexa. Labios finos o medianos”.¹⁴

En el lapso de poco más de un siglo, entre 1847 y 1973, casi cuatro generaciones de investigadores documentaron la presencia de familias con características físicas amerindias en la región más oriental de Cuba. Sus publicaciones aportan elementos descriptivos de la naturaleza del lugar, los apellidos, los caracteres físicos y con mayor detalle, mediciones antropométricas realizadas por los doctores Gates (1952) y Rivero de la Calle (1968-1973).

Ciento setenta y dos años después de la primera referencia encontrada, esta investigación se propone dar continuidad al trabajo iniciado por quienes nos precedieron en el estudio de esas familias cubanas. En esta ocasión, las nuevas tecnologías genéticas permitirán ir más allá en los estudios sobre el origen, la evolución y la mezcla étnica de la población cubana.

¹⁰ Felipe Pichardo Moya: *Caverna, costa y meseta*, La Habana, 1945, p. 175.

¹¹ Miguel Rodríguez Ferrer: *Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba. Parte primera: Naturaleza*, Imprenta de J. Noguera, Madrid, 1876, pp. 455-458.

¹² Stewart Culin: “The Indians of Cuba”, en *Bulletin of the Free Museum of Science and Art of the University of Pennsylvania*, Philadelphia, III (4), 1902, pp. 185-226.

¹³ Reginald Ruggles Gates: “Studies in Race Crossing VI. The Indian Remnants in Eastern Cuba”, *Genetica*, Vol. XXVII, 1954, pp. 65-96.

¹⁴ Manuel Rivero de la Calle: Ob. cit., pp. 55-57.

Cuba Indígena según lo “narrado” por el ADN¹⁵

Conducidos por indagaciones previas del investigador e historiador de Baracoa Alejandro Hartmann Matos, fueron estudiadas 27 familias que residen en áreas ubicadas en 9 municipios de la región más oriental del país (Rafael Freyre, Jiguaní, Guamá, Guantánamo, Yateras, Manuel Tames, Imías, Maisí y Baracoa), que pertenecen a las provincias de Holguín, Granma, Santiago de Cuba y Guantánamo (Fig. 3). Los principales criterios

¹⁵ Los genes están compuestos por ADN (ácido desoxirribonucleico) y están ubicados en el núcleo de todas las células del organismo, independientemente del tejido del que se trate: pelo, piel, sangre, hueso, etc. El ADN está “empaquetado” a nivel de los cromosomas. Cada ser humano posee dos copias de cada cromosoma, una procedente de la madre y la otra, del padre. En 23 pares de cromosomas se agrupa toda la información genética que se encuentra en el núcleo de las células. Hoy se conoce que además del ADN presente en el núcleo de las células, existe también información genética (ADN) en las mitocondrias (pequeño organelo situado en el citoplasma celular), pero a diferencia de los genes nucleares, los mitocondriales se heredan casi exclusivamente a partir del óvulo. Por consiguiente, es una información que se recibe solo a través de la madre. El estudio de los linajes paternos se realiza a partir del cromosoma Y, información genética que se traslada únicamente a través de los padres a sus descendientes varones.

asumidos para incluir a estas familias fueron la presencia en ellas de los apellidos Rojas y Ramírez en la mayoría de los casos (también se estudiaron familias con los apellidos Rivero, Romero y Díaz), y en otras, la observación de marcados rasgos fenotípicos característicos de grupos aborígenes.

Los participantes fueron visitados en sus casas, y tras obtener su consentimiento para participar en el estudio, fueron entrevistados sobre su historia individual y familiar, su estado de salud y condiciones de vida. Se realizaron mediciones antropométricas, fotografías para recoger evidencia de sus características fenotípicas y se les solicitó una muestra de saliva para el estudio de ADN. Se seleccionaron un total de 95 individuos. Una vez procesadas las muestras de ADN en el laboratorio, se obtuvieron resultados para 74 casos. A partir del estudio del ADN nuclear se pudieron estimar las proporciones de la mezcla étnica (porcentaje de europeo, amerindio, africano y del Asia oriental) y se secuenció el ADN mitocondrial y el cromosoma Y —en el caso de los hombres— para identificar sus linajes maternos y paternos, o sea, cuál es el origen étnico del que proceden sus ancestros por vía materna y por vía paterna, entre 15 y 18 generaciones atrás (equivalente a 450-500 años).

Resultados del estudio de ADN

La edad promedio de los 74 participantes fue de 63,3 años (edad mínima, 19 años; máxima, 89). Hubo 42 mujeres

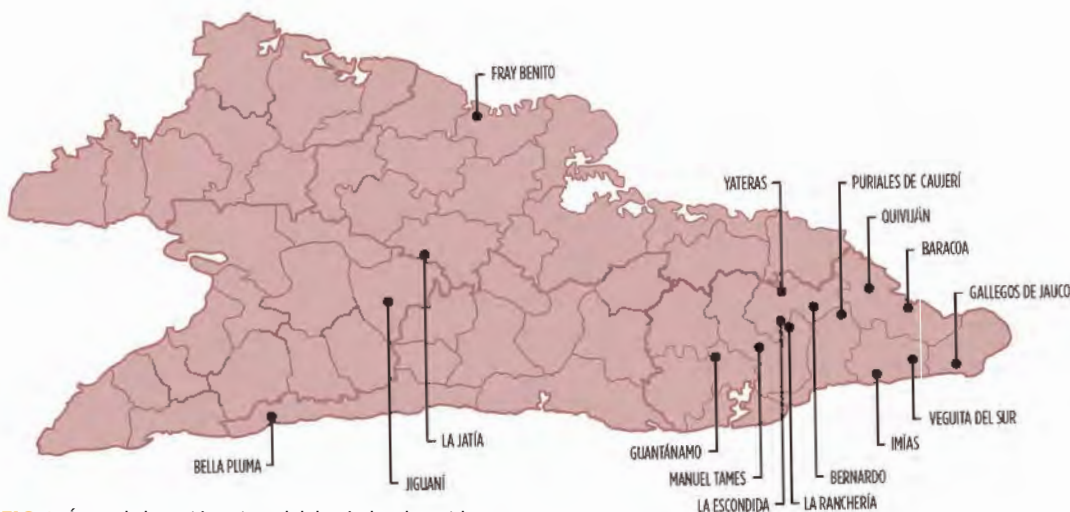


FIG. 3. Áreas de la región oriental del país donde residen las 27 familias participantes en la presente investigación

y 32 hombres; la edad media de las mujeres fue de 59,1 años y la de los hombres de 62,6.

Como promedio, los individuos estudiados poseen un 45,7 % de su información genética procedente de ancestros europeos, 25,4 % de ancestros africanos, 20,2 % de origen amerindio y 8,6 % de origen asiático. Comparado con los resultados obtenidos en el estudio de todo el país, este grupo muestra más del doble del porcentaje de genes de origen amerindio (20 % vs. 8 %), y, a su vez, menor porcentaje de genes europeos, ligeramente mayor porcentaje de genes de origen africano y significativamente mayor porcentaje de genes de origen asiático¹⁶ (para observar los detalles a fines de comparar, véanse los porcentajes del estudio nacional presentados en la figura 1). Al analizar por separado las proporciones de la mezcla en mujeres y hombres, se encontró que las mujeres poseían un porcentaje ligeramente superior de genes de origen amerindio que los hombres (21,2 % vs. 19 %).

Según lugar de nacimiento de los participantes en el estudio, los individuos nacidos en áreas de los municipios Manuel Tames y Yateras (la zona conocida como Caridad de los Indios) presentaron como promedio mayor porcentaje de genes de origen amerindio que el resto de los participantes. Fueron seguidos por los originarios del área conocida como Bella Pluma, en Ocuja del Turquino, perteneciente al municipio Guamá de Santiago de Cuba. Los porcentajes promedio de genes de origen amerindio encontrados en los participantes, según zonas de donde proceden o residen, aparecen representados en la figura 3 A.

¹⁶ En el caso de la información genética de origen asiático, el análisis muestra un promedio que es 6 veces superior al encontrado en el estudio nacional. Sin embargo, no existen evidencias consistentes sobre la presencia de inmigrantes de origen chino en las localidades de procedencia de los individuos del estudio. Esta contradicción puede obedecer al hecho de que las bases de datos genéticas internacionales de referencia, utilizadas para este tipo de estudios, poseen limitada información acerca de las características genéticas de la población originaria de la región de Mesoamérica, América del Sur y el propio Caribe. El tronco común milenar de estas poblaciones con grupos procedentes de Asia puede explicar entonces que, por el grado de probable similitud, algunas características genéticas encontradas hayan sido más cercanas a los asiáticos que a otros grupos humanos de referencia (como europeos o africanos) y asignados a estas poblaciones. Es probable que estudios más precisos por realizar en el futuro den cuenta de un mayor porcentaje de ancestría amerindia.





FIG. 3 A. Los porcentajes colocados entre paréntesis representan la proporción promedio de genes de origen amerindio calculados para los individuos de cada localidad señalada en el mapa

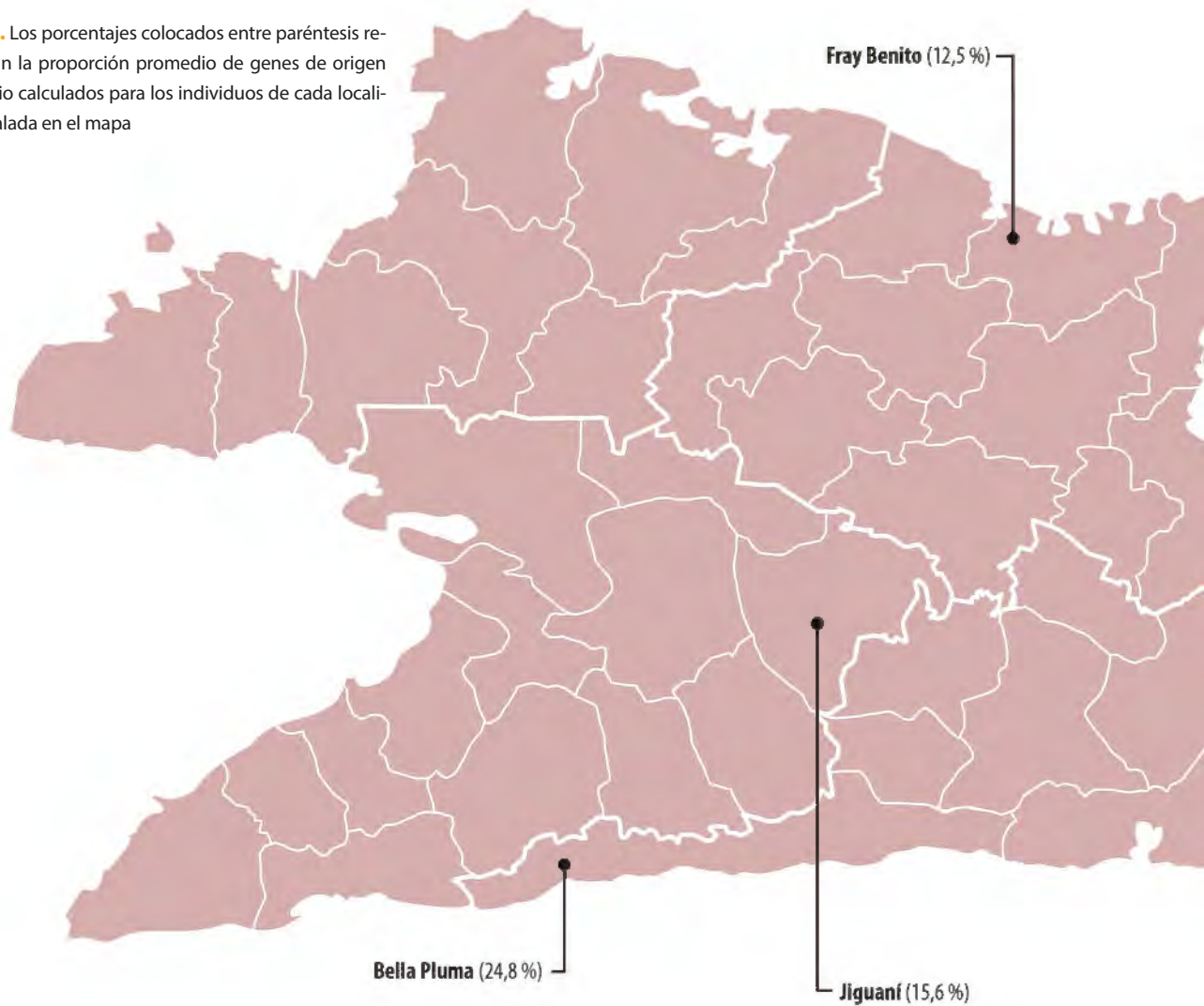
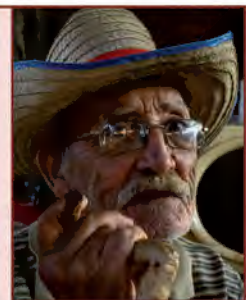


FIG. 3 B. Las fotografías corresponden a los participantes que mayor porcentaje de genes de origen amerindio poseen en su genoma, de entre los que fueron estudiados en cada grupo de familias por área de procedencia. Nótese que en el área de Guantánamo aparece señalado

un porcentaje promedio de genes amerindios de un 30,9 %, debido a que los individuos allí estudiados residen actualmente en esa ciudad, pero según lugar de nacimiento, proceden del área de Caridad de los Indios, Bernardo y San Andrés de Yateras



FRAY BENITO
Regino Rojas



YATERAS
Maria Esther Rojas



PURIALES DE CAUJERÍ
Catalina Pileta



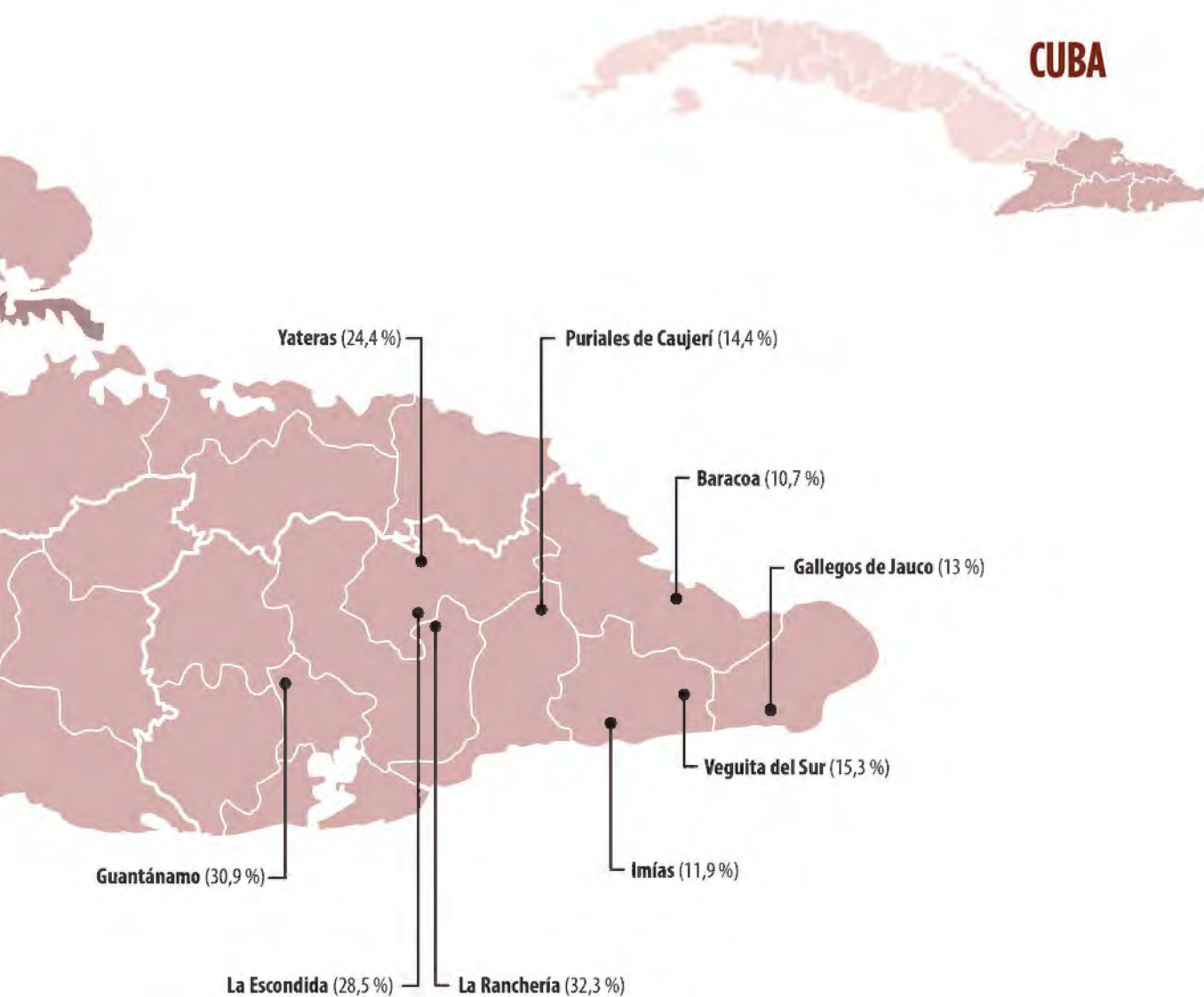
BARACOA
Elannis Ramírez



GALLEGOS DE JAUCO
Gustavo Romero



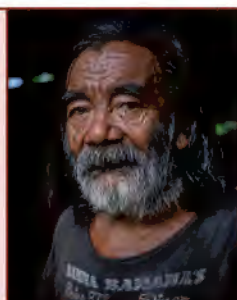
VEGUITA DEL SUR
Maribel Leyva



IMÍAS
Luisa Ramírez



LA RANCHERÍA
Francisco Ramírez



LA ESCONDIDA
Severo Ramírez



GUANTÁNAMO
Isidra Ramírez



JIGUANÍ
Juan Manuel Rivero



BELLA PLUMA
Diosdado Díaz



© J. LARRAMENDI

La familia con mayor porcentaje de genes amerindios

Existe una evidente relación de parentesco, tanto en las genealogías como al analizar el ADN, entre los individuos estudiados en La Ranchería, La Escondida y Yateras, así como con los nacidos en Caridad de los Indios, que en la actualidad residen en el municipio Guantánamo. Todos ellos están emparentados entre sí hasta el tercer grado de consanguinidad, según se puede apreciar en el análisis de su ADN.

El estudio genético realizado permite confirmar que estos individuos —entre los que prevalecen los apellidos Rojas y Ramírez— definitivamente tienen troncos familiares comunes.

Los miembros de la familia Rojas Ramírez, en particular los que proceden del área de Caridad de los Indios (región de Yateras), han sido los más abordados en las investigaciones relacionadas con los descendientes de la población aborigen de la Isla. El reporte del Dr. Ruggles Gates de 1954, el primero que —con exhaustivo rigor científico— contiene datos detallados de las características de individuos de esta zona, además de revisar

y resumir la literatura previa relacionada con el tema, describe los resultados de mediciones antropométricas y observaciones somatoscópicas que el autor realizó de manera minuciosa. Describió características del pelo, los ojos, el color de la piel, la forma del lóbulo de la oreja, entre otros; dibujó árboles genealógicos y tomó evidencias fotográficas de miembros de la familia Rojas Ramírez y de otras.¹⁷

En el presente estudio participaron dos de los individuos estudiados por el Dr. Ruggles Gates en 1952: dos hermanos de la familia Rojas Ramírez —Reina Ramírez Ramírez y Severo Ramírez Ramírez— que proceden del área de La Escondida y que cuando fueron abordados por este investigador tenían 17 y 6 años de edad respectivamente (Fig. 5). El estudio de ADN permitió conocer que ambos conservan un elevado porcentaje de genes de origen amerindio en su genoma: 30,4 % en el caso de Reina y 36 % en el de Severo, cuatro veces superior al porcentaje promedio encontrado en el estudio realizado a nivel de país. El estudio de su ADN mitocondrial, para

¹⁷ Reginald Ruggles Gates: Ob. cit.



STUDIES IN RACE CROSSING

VI. THE INDIAN REMNANTS IN EASTERN CUBA ¹⁾

by

R. RUGGLES GATES

*(Department of Anthropology, Harvard University)**Received for publication July 27, 1953)*

80

R. RUGGLES GATES

TABLE I — INDIANS AT CARIPI INDIOS.

Name	Age	Hair color	Hair form	Skin color	Eye Color	Ears (mm)
Silvino Domec	21	Black	Wavy, nr. str.	F7. 5A5 (tant)	¹⁾ nr. blue	63.7 × 32.7
Marcelina Ramirez	20 ²⁾	Black	Long and str.	4		59 × 30.2
America Ramirez	18 ²⁾	Black	Long and str.	4	³⁾	62.3 × 30
Segundo Ramirez	52 ³⁾	Black (greying)	Straight	F7-7.5A5		69.1 × 40
Jesus Ramirez	30 ⁴⁾	Black	Straight	F6A3 (tan)		62.4 × 35
Christina Ramirez Rojas	54 ⁵⁾	Black	Sl. kinky	F6A5		65.3 × 35.3
Julio Rojas ⁷⁾	51 ⁶⁾	V. dark brown	Straight	F6A3	⁵⁾	66 × 33.3
Pedro Ramirez	—	Black	nr. str. ± kinky	F6A3		62.2 × 30.6
Julia Ramirez	36 ⁸⁾	Black	Straight	F6A5		57.4 × 31.3
Leonidas Ramirez	71	Dark brown	Wavy to curly	F6A3		54.1 × 31.3
Isabel Ramirez	7	V. dark brown	V. straight	F6A4		52.8 × 32.6
Fidelina Ramirez	6	Dark brown	Wavy	F4A3 (less red)		49.9 × 26.4
Maximo Ramirez	4 ⁹⁾	Dark brown	Straight	F6A3 (less red)		—
Emetero Ramirez Rojas	44	Jet black	Nr. straight	6		63 × 31
Adriana Ramirez Rojas	39	Jet black	Straight	6	⁹⁾	60 × 34
Jovina Ramirez Rojas	20	V. dark brown	Nr. straight ± wavy	F7A4	⁵⁾	60 × 28
Rosita Ramirez Rojas	19	Medium brown	Straight	F7.5A6		53.1 × 34.9
Reina Ramirez Rojas	17	V. nr. black	Straight	F6A3 (less red)	¹⁾	52.7 × 27.7
Donatela Ramirez Rojas	13	Med. to d. brown	Nr. straight	F7.5A5	²⁾	52 × 28
Marciano Ramirez Rojas	12	Black	Straight	F6A5	³⁾	52.9 × 33.4
Martire Ramirez Rojas	10	Black	Straight	F6A3 (tan)	¹⁾	52 × 34.0
Sebero Ramirez Rojas	6	Med. to d. brown	Straight	F6A3		54 × 29.3

FIG. 5. Fragmento del artículo original publicado por el Dr. Ruggles Gates en 1954. La tabla muestra mensuraciones realizadas a miembros de la familia Rojas Ramírez en Caridad de los Indios y descripción de sus rasgos fenotípicos. Las flechas añadidas señalan en particular a los hermanos Reina y Severo Ramírez Ramírez, estudiados en esa oportunidad a la edad de 17 y 6 años respectivamente. A la derecha se colocan las fotografías tomadas durante la presente investigación

STUDIES IN RACE CROSSING

81

Lobe	Remarks
$\frac{3}{4}$ attached, small	Indian features
attached, large	Indian features
attached, large	Indian features
$\frac{1}{2}$ attached, large	Indian features
$\frac{1}{2}$ attached	Indian features
$\frac{1}{2}$ attached, large	—
attached, large	Slight beard
free, small	Looks Indian
free, small	Looks Indian
free	Looks Indian
prac. none	Nose depressed (Negro)
prac. none	—
—	—
Big, $\frac{1}{2}$ free	—
Lobe, free	—
Large, v. thick, free	Pregnant
No free lobe	Nose $\frac{1}{2}$ depressed
Small, attached	Eyes almond
Small	Nose base depressed
Small, free	Nose $\frac{1}{2}$ depressed
Small, free	—
Free	—



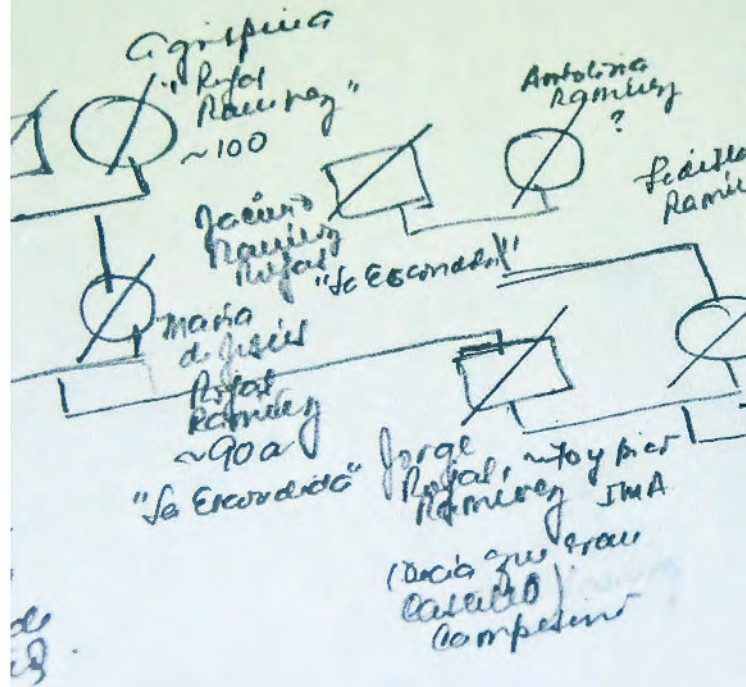
estudiar su linaje materno, reveló que ambos descendían de una mujer amerindia.

En 1964, doce años después del estudio realizado por Ruggles Gates, un equipo de investigadores cubanos, rusos y checoslovacos regresaron a la misma zona para investigar con mayor detalle a la denominada “población aborigen de Yateras”. El profesor Manuel Rivero de la Calle resume en dos artículos —“Los indios cubanos de Yateras” y “Descendientes de los aborígenes cubanos”— las principales características fenotípicas y mediciones antropométricas obtenidas en sucesivas expediciones realizadas entre 1964-1968.

De acuerdo con las descripciones de los investigadores en dichos estudios, este grupo de individuos se caracterizaba por su baja estatura, con un promedio de 1,51 cm los hombres y 1,40 cm las mujeres; el color de la piel era de un tinte rosado carmelita o sepia con visos amarillentos; los ojos muy oscuros, en posición horizontal en el 55,7 % de los casos e inclinados ligeramente en el 42,3 %, y con predominio de la forma de huso (90 %) respecto a la almendrada (10 %); el cabello recto y fino en su mayoría, suave y de color negro; la barba en los varones muy poco desarrollada. La cara no muy alta, con anchura mediana, los malares considerablemente prominentes, la frente recta con la glabella (región encima del entrecejo) pobremente desarrollada; la nariz de dimensiones medias en cuanto a su tamaño y el puente nasal mediano o algo estrecho; los labios, por su grosor, entre medianos y finos.¹⁸

En la actualidad se constata el predominio de estas características en individuos con más de 65 años de edad. Los miembros de las generaciones más jóvenes incluidos en el presente estudio muestran características fenotípicas mucho más mestizadas: se incrementa la estatura, el diámetro craneal es mayor, la piel es de color más claro y los arcos superciliares menos prominentes. Las restantes características fenotípicas varían en la magnitud de su expresión. En algunos casos son más notables las resultantes de la mezcla con individuos procedentes de poblaciones de origen europeo y en otros, de origen africano. Todos los participantes en el presente estudio mostraron en sus caracteres físicos y en su información genética una mezcla étnica considerable, con presencia a la vez de genes de origen europeo, amerindio y africano en cada uno.

¹⁸ Manuel Rivero de la Calle: “Los indios cubanos de Yateras”, revista *Santiago*, Santiago de Cuba, No. 10, marzo de 1973, pp. 151-173, y *Antropología de la población adulta cubana*, Editorial Científico-Técnica, La Habana, 1984, pp. 15-27.

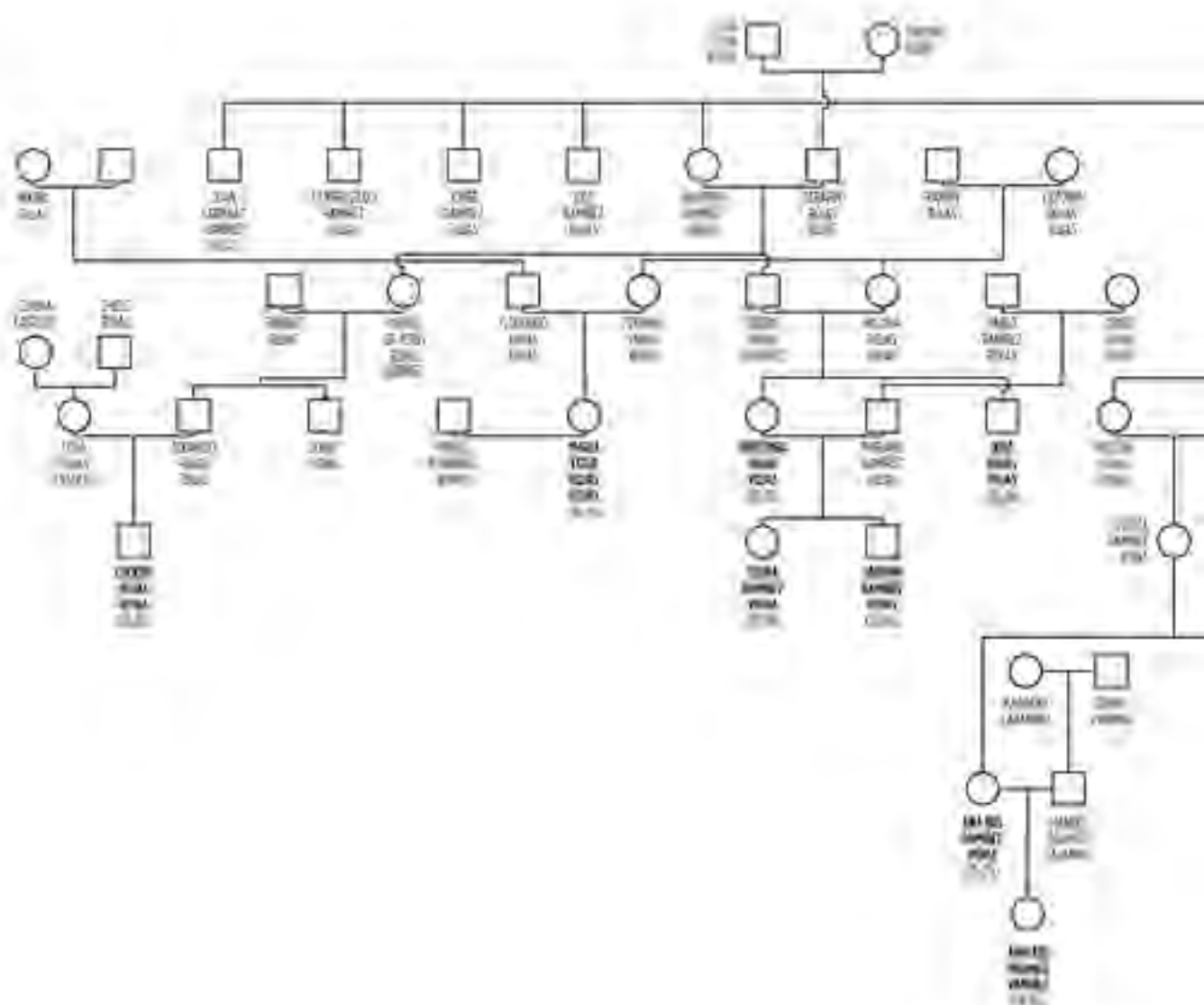


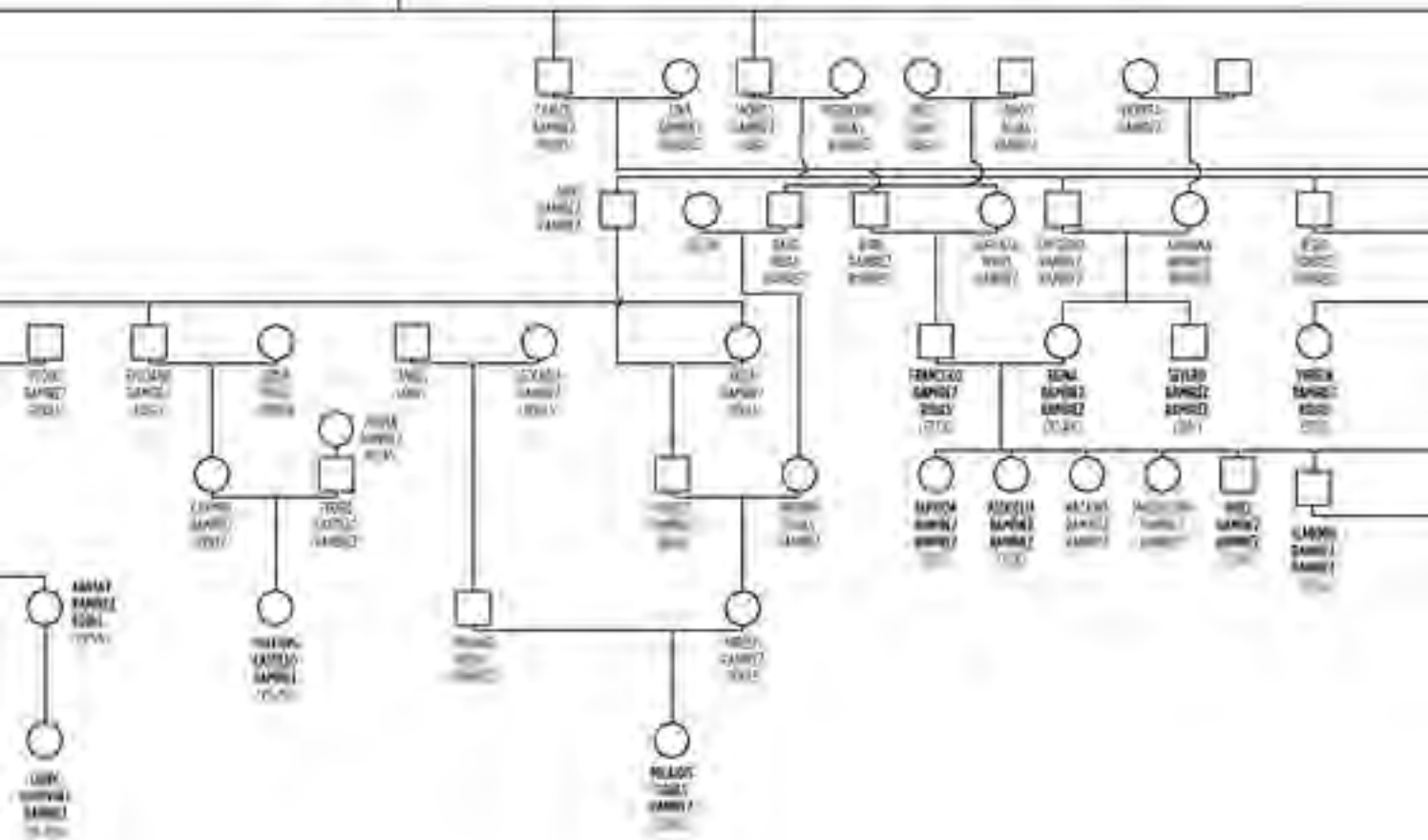


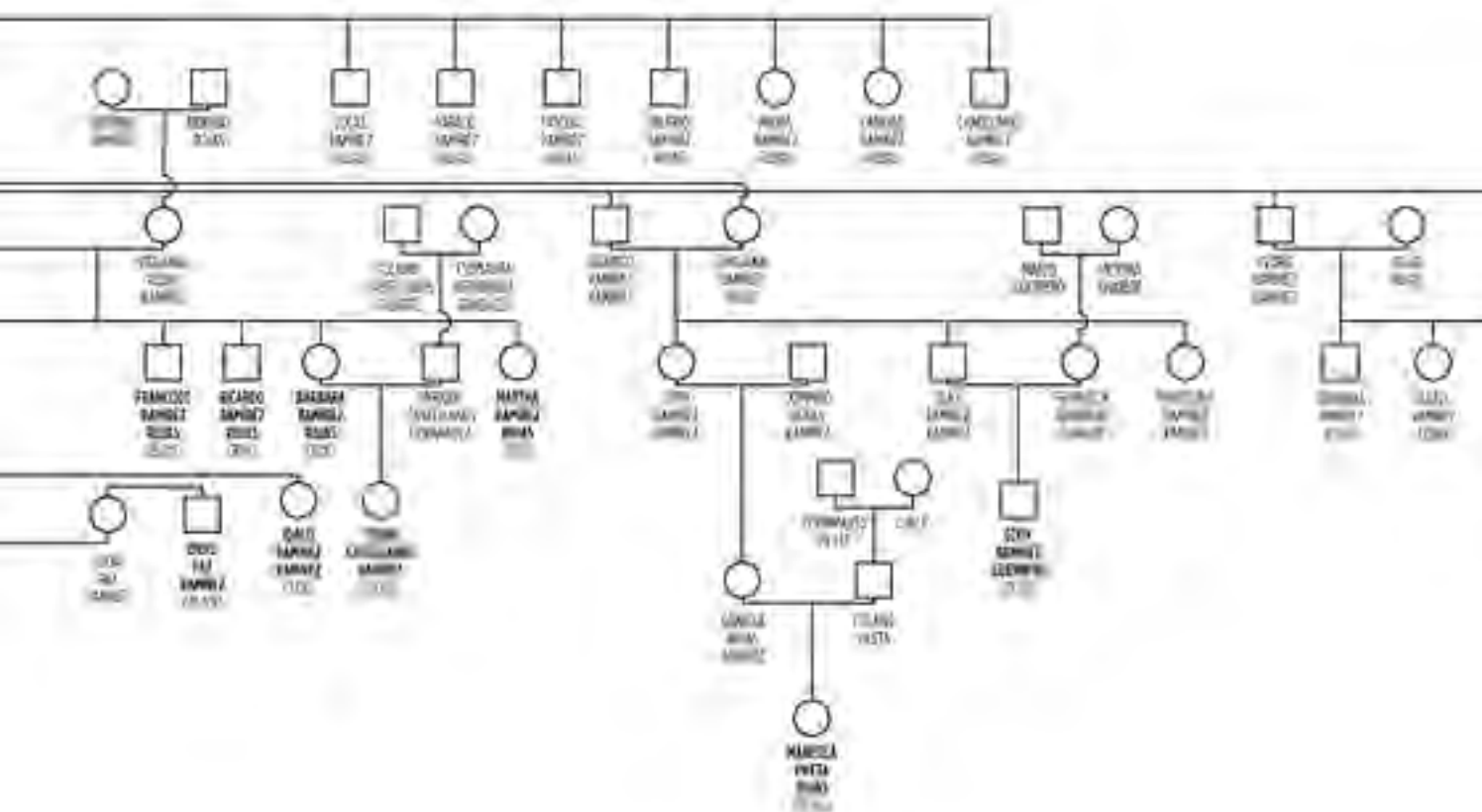
Localidades visitadas en la región oriental de Cuba

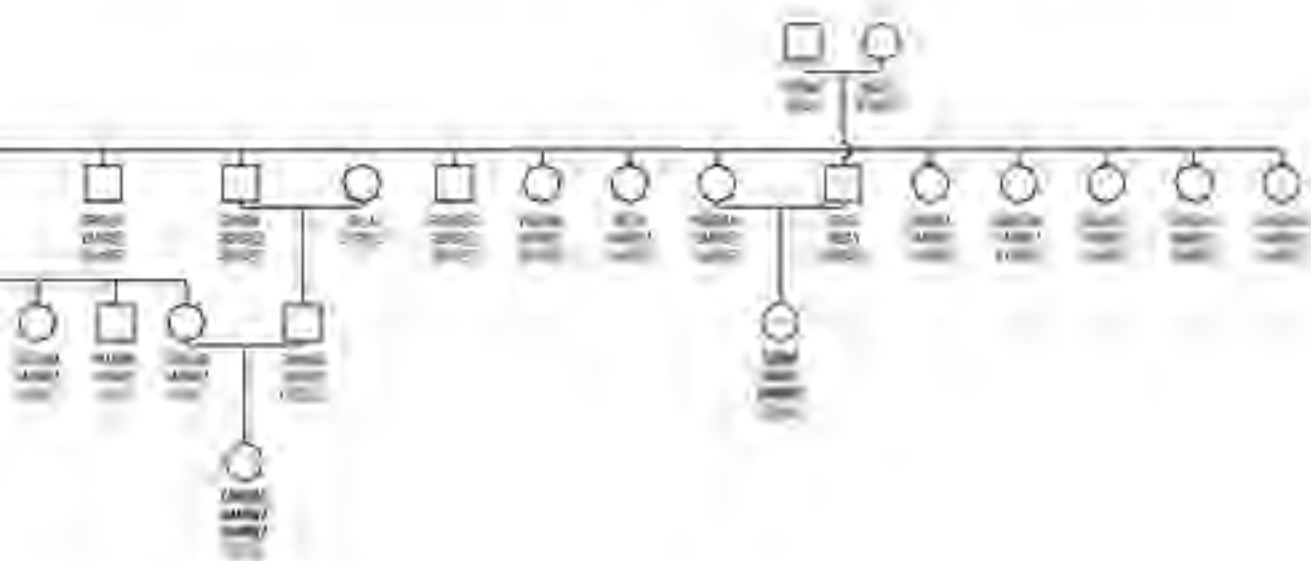


Figura 1. Árbol genealógico que contiene a 31 miembros de la familia Rojas Ramírez participantes en el presente estudio. La proporción individual de genes de origen amerindio encontrada en los individuos estudiados aparece entre paréntesis.









Los datos que se muestran en este árbol son los recogidos por el equipo de investigación del proyecto CUBA Indígena durante los años 2018-2022 mediante encuestas directas con descendientes y familiares, y comprobaciones con documentos identificativos. Sabemos que en no pocas ocasiones aparecen apellidos

no coincidentes con los de los ascendientes registrados, pero hemos preferido respetar la información tal y como fue recogida. En muchos casos se debe a que durante las inscripciones en los registros civiles podía hacerse constar en algunas circunstancias solo los apellidos de la madre.







© J. LARRAMENDI

Al analizar el índice de parentesco a partir de la información del ADN, fue posible comprobar el alto grado de consanguinidad entre miembros de parejas cuyas edades superan los 65 años y la homogeneidad en regiones de la información genética en los descendientes que pertenecen a las generaciones más jóvenes. En las personas de avanzada edad, la mayoría de las uniones han tenido lugar entre primos hermanos y primos segundos como práctica cultural, probablemente favorecida por el relativo aislamiento y las limitaciones de acceso propias de esa área geográfica. Se trata a su vez de familias con un número considerable de descendientes (Fig. 6).

Origen geográfico de los linajes maternos y paternos

El poblamiento de América continúa siendo objeto de estudio y debate a partir de evidencias mostradas por investigaciones arqueológicas, antropológicas y genéticas, estas últimas en épocas más recientes. Los arqueólogos y antropólogos fueron los primeros en plantear la hipótesis de que este proceso comenzó hace entre 14 500 y 15 000 años, cuando se produjo una entrada inicial de individuos que procedían de Asia Oriental y transitaron a través de una especie de paso terrestre que se estableció a lo largo del estrecho de Bering, debido a

un sustantivo descenso del nivel del mar hacia el final de la última glaciación.¹⁹ Fueron ellos los primeros descubridores de América y ancestros de los posteriores nativoamericanos.

En el caso del Caribe, los estudios arqueológicos sugieren que el poblamiento puede haber tenido lugar hace alrededor de 8 000 años. Las evidencias arqueológicas de mayor consistencia datan de 5 000 años antes del presente y han sido localizadas en Barbados, Curazao, Cuba y San Martín, seguidas por sitios ubicados en La Española y Puerto Rico. La información disponible parece indicar que el asentamiento de seres humanos en las islas se realizó tras una exploración inicial y ocurrió de manera simultánea. Tal hipótesis explicaría la falta de evidencias respecto a la trazabilidad hacia un posible punto inicial de origen de esa migración. Una segunda oleada migratoria, procedente probablemente de América del Sur, comenzó a establecerse en la región hace aproximadamente 2 800 años. Su arribo marcó el comienzo de la etapa ceramista en el Caribe, con utensilios más

¹⁹ M. de Saint Pierre, F. Gandini, U. A. Perego, M. Bodner, A. Gómez-Carballea *et al.*: "Arrival of Paleo-Indians to the Southern Cone of South America: New Clues from Mitogenomes". *PLoS ONE*, 7 (12), 2012: e51311. doi:10.1371/journal.pone.0051311

desarrollados, prácticas agrícolas y mayor permanencia en los lugares.²⁰

El estudio del ADN mitocondrial de restos óseos encontrados en cuevas, en sitios cercanos al lecho de los ríos y otras localizaciones, así como estudios similares en poblaciones modernas, ha contribuido a distinguir las ramas más antiguas y las más recientes en los linajes maternos de los habitantes de nuestra región, así como a construir el árbol filogenético —un esquema arborescente que muestra las relaciones evolutivas entre los miembros de nuestra especie. Las diferencias en regiones específicas del ADN mitocondrial encontradas en individuos de diferentes áreas geográficas, ha permitido establecer subgrupos en relación con sus linajes maternos mediante la delineación de haplogrupos.²¹

En la región de las Américas los linajes maternos corresponden a los haplogrupos A, B, C, D y X. Los cuatro primeros se encuentran distribuidos por el continente con distintas frecuencias y tienen en su mayoría un origen asiático (en correspondencia con la teoría más aceptada sobre el poblamiento del continente americano), mientras que el haplogrupo X solo se ha reportado en América del Norte, limitado a áreas de Estados Unidos y Canadá.²²

De manera similar a como se estudia la herencia por vía materna, es posible indagar acerca de la herencia por vía paterna. En este caso a partir de la información “almacenada” en el cromosoma Y, que se hereda de padre a hijo de generación en generación. Al igual que ocurre con el ADN mitocondrial heredado por vía materna, el ADN del cromosoma Y posee una impronta específica que permite diferenciar a grupos de individuos según su origen geográfico.

²⁰ K. Nägele, C. Posth, M. Iraeta Obergozo, Y. Chiniqeu de Armas, S. T. Hernández Godoy, U. González Herrera *et al.*: “Genomic Insights into the Early Peopling of the Caribbean”, *Science*, No. 369, 2020, pp.456-460.

²¹ Los haplogrupos se corresponden con secuencias específicas del ADN mitocondrial propias de una región geográfica determinada y distinguen a los individuos de esas zonas respecto a los de otras. Esas secuencias son heredadas por vía materna. Se utiliza un procedimiento estándar para su nomenclatura, que alterna letras y números y comienza siempre con mayúsculas.

²² C. Bravi: “La evidencia molecular del poblamiento humano de América”, *Revista del Museo de La Plata*, Sección Zoología, 20 (177), 2013, pp. 40-57, y U. A. Perego, N. Angerhofer, M. Pala, A. Olivieri, H. Lancioni *et al.*: “The Initial Peopling of the Americas: A Growing Number of Founding Mitochondrial Genomes from Beringia”, *Genome Res*, No. 20, 2010, pp. 1174-1179.



© H. GARRIDO

En esta investigación fueron secuenciados tanto el ADN mitocondrial como el cromosoma Y de sus participantes, para conocer con una precisión de unas 15-18 generaciones el origen étnico ancestral, tanto por línea materna como paterna, de los sujetos incorporados al estudio.

Por línea materna, el 86 % de las personas estudiadas desciende de mujeres amerindias y el 14 % de africanas, y ninguno de estos individuos —hombres y mujeres— desciende de progenitoras europeas. El resultado se diferencia en modo sustantivo de lo observado en el estudio poblacional cubano representado en la figura 2. En aquel, el 35 % de los sujetos estudiados desciende de mujeres amerindias, un 39 % de africanas y un 26 % de europeas.

El análisis de la información genética trasladada a través del cromosoma Y reveló por su parte que el 68,4 % de los hombres aquí estudiados desciende de progenitores europeos y el 31,6 % de africanos. Ello también difiere de lo encontrado en el referido estudio de población cubana, en el que el 81 % de los individuos masculinos descendía de progenitores europeos, cerca del 18 % de africanos y un 1 % de amerindios. Es sorprendente cómo, a pesar de las peculiares características fenotípicas que distinguen a los miembros de estas familias e incluso de las propias narrativas familiares, no se encontró en ninguno de los participantes masculinos evidencias de un ascendiente amerindio por la vía del cromosoma paterno.

El origen continental de las progenitoras amerindias

Los haplogrupos mitocondriales identificados apuntan a un heterogéneo origen continental de las progenitoras amerindias de los individuos estudiados.

Se ha reportado que el haplogrupo A (que presenta varias ramas o subclades tal y como ocurre para los haplogrupos B, C, D y X) apareció por primera vez en Asia Oriental, en un período que data de entre unos 30 000 a 50 000 años atrás y parece haber surgido en el Lejano Oriente. Las variantes de este haplogrupo presentan su más elevada frecuencia en poblaciones nativoamericanas.²³

²³ A. Achilli, U. A. Perego, C. M. Bravi, M. D. Coble, Q. P. Kong *et al.*: "The Phylogeny of the Four Pan-American MtDNA Haplogroups: Implications for Evolutionary and Disease Studies", *PLoS ONE* 3, 2008: e1764.

La rama A2aa, cuya presencia ha sido reportada en estudios de ADN antiguo y moderno, es más frecuente en las áreas geográficas de América Central y del Norte, y está presente también entre habitantes de las islas del Caribe. Durante la presente investigación esta característica fue encontrada en individuos oriundos de la zona de La Escondida, trasladada a través de la línea materna de la que descienden Reina Ramírez Ramírez y sus hermanos. También en individuos de la zona de San Andrés de Yateras y Veguitas del Sur en Imías.²⁴

La subclade A2ad identificada en la línea materna de los participantes de Bella Pluma, en el municipio

²⁴ M. de Saint Pierre, C. M. Bravi, J. M. B. Motti, N. Fuku, M. Tanaka *et al.*: "An Alternative Model for the Early Peopling of Southern South America Revealed by Analyses of Three Mitochondrial DNA Haplogroups", *PLoS ONE*, 7 (9), 2012: e43486. doi:10.1371/journal.pone.0043486





Guamá, ha sido reportado en grupos amerindios de América Central, específicamente de Panamá, y del Caribe, en República Dominicana.²⁵

El haplogrupo B, que se estima surgió hace 50 000 años, también en Asia, es muy frecuente en la actualidad entre los habitantes del área suroriental de Asia y particularmente en China. La rama B2l fue identificada

en el linaje materno de Francisco Ramírez Rojas (*Panchito*), de La Ranchería, en otros de sus familiares oriundos del área de Yateras (algunos de los cuales residen hoy en Quiviján del Toa) y entre los participantes de la zona de La Jatía en el municipio Jiguaní de la provincia Granma. Esta rama o subclade tiene su origen en el sur de América y ha sido reportada en comunidades amerindias de la región de los Andes.²⁶

²⁵ U. A. Perego, H. Lancioni, M. Tribaldos, N. Angerhofer, J. E. Ekins *et al.*: "Decrypting the Mitochondrial Gene Pool of Modern Panamanians", *PLoS ONE*, 7 (6), 2012: e38337. doi:10.1371/journal.pone.0038337

²⁶ Watkins *et al.*: "Genetic Analysis of Ancestry, Admixture and Selection in Bolivian and Totonac Populations of the New World", *BMC Genetics*, No. 13, 2012, p. 39.

El haplogrupo C parece haber surgido hace unos 24 000 años en un área ubicada entre el mar Caspio y el lago Baikal. Se encuentra con mayor frecuencia en poblaciones del noreste de Asia —región de Siberia— y en las Américas. La rama C1b2 es más frecuente en áreas del norte de Suramérica y ha sido reportada también en habitantes del Caribe; en el contexto del presente estudio fue identificada en participantes procedentes de la zona de Pozo Azul, valle del Caujerí en la región de Yateras, así como en personas que residen en El Bagá, perteneciente a la municipalidad de Imías. De esta última localidad es el único individuo en el que se identificó la presencia del haplogrupo D, rama D1, heredado por la vía materna, una subclade reportada en miembros de comunidades indígenas de Venezuela, Colombia y Brasil, como los karitiana y los surui.²⁷

El componente amerindio en el ADN de los cubanos actuales y su origen en el tiempo

Una de las nuevas interrogantes generadas por las investigaciones realizadas en estos años sobre el origen y evolución de la población cubana a través de estudios de ADN, es la de si la información genética de origen amerindio encontrada en las presentes generaciones de cubanos ha sido trasladada desde los primeros habitantes que poblaron nuestra isla o si procede de ancestros nativoamericanos que arribaron en oleadas migratorias recientes, incluso durante la colonización europea. La respuesta a esta pregunta es motivo de estudios aún en curso. Con las evidencias disponibles hasta la publicación de estos resultados, no es posible aún afirmar lo uno o lo otro.

Un equipo de investigadores integrado por arqueólogos, antropólogos, geólogos, historiadores, genetistas moleculares, entre otros, buscan contrastar el ADN antiguo procedente de restos óseos encontrados en sitios arqueológicos cubanos que datan de entre unos 700 a 3 000 años antes del presente, con el de los cubanos actuales. El afán por respondernos, cada vez con mayor precisión, de dónde venimos y cómo hemos llegado hasta aquí, es fuente de permanente motivación.

El significado de la presente investigación

El estudio realizado, a la vez que forma parte de un proyecto de investigación del Centro Nacional de Genética Médica de Cuba que se propone caracterizar el patrimonio genético de la nación, es complemento y continuidad del

trabajo iniciado hace casi dos siglos por investigadores cubanos y extranjeros. Desde 1847 a la fecha, casi seis generaciones de investigadores han buscado dilucidar, específicamente entre moradores de los denominados “pueblos de indios” y con mayor énfasis en los territorios de Yateras y Manuel Tames en Guantánamo, cuánto del amerindio cubano logró sobrevivir y modelar una huella, tanto en la cultura como en nuestra biología.

Cada una de las investigaciones realizadas, a tenor con la tecnología de su tiempo, realizó aportes que han contribuido a visibilizar un legado biológico y cultural que, mixturado con lo africano, europeo y asiático, persiste hasta nuestros días. De la herencia de ese tesoro patrimonial también nos da cuenta un mensajero singular: el ADN.

A los miembros de las familias que accedieron a participar en esta investigación, quienes habitan en su mayoría en lugares de difícil acceso de nuestra geografía, en áreas montañosas del extremo oriental cubano, su ADN les confirma un mensaje apreciable en sus atributos físicos: como promedio, una quinta parte de su acervo genético procede de amerindios llegados desde el norte, el sur y el centro de nuestra América. Ello ratifica a su vez no solo nuestra conexión geográfica y cultural, sino también genética, con la región de la que somos parte.

Los resultados obtenidos enriquecen nuestros conocimientos sobre la historia del pueblo cubano. A lo largo de estos meses y a la par del dedicado empeño puesto por nuestro equipo para reconstruir el origen étnico de las genealogías de estas familias, desde el ADN, aprendimos más de cerca sobre cuánto de violencia física, sexual y psicológica trajo consigo la colonización. Junto a la dramática debacle de la población autóctona y su masivo exterminio, un doble sacrificio se impuso, sobre todo, al limitado número de mujeres que sobrevivieron: el dolor de aceptar la pérdida de sus seres más queridos como parte de una traumática devastación de sus vidas y el de someterse a la vez a la voluntad del colonizador, en todos los sentidos. Fueron ellas y aun en esas condiciones, quienes procrearon descendientes que a lo largo de poco más de 500 años han trasladado de generación en generación y en cada una de sus células, donde habita el ADN, la imborrable huella de esa historia.

Hoy, cuando resulta tecnológicamente posible interrogar al ADN como un singular testigo y contribuir al mejor conocimiento de nuestro pasado, nos asiste la certeza de que mientras más atrás seamos capaces de mirar, más adelante podremos ver.

²⁷ M. de Saint Pierre, C. M. Bravi, J. M. B. Motti, N. Fuku, M. Tanaka *et al.*: Ob. cit.









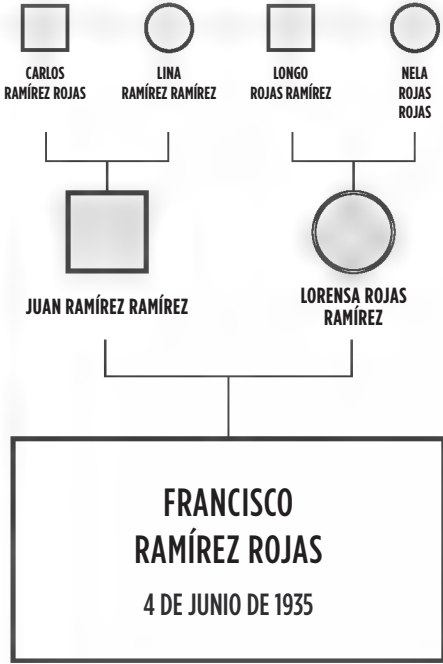
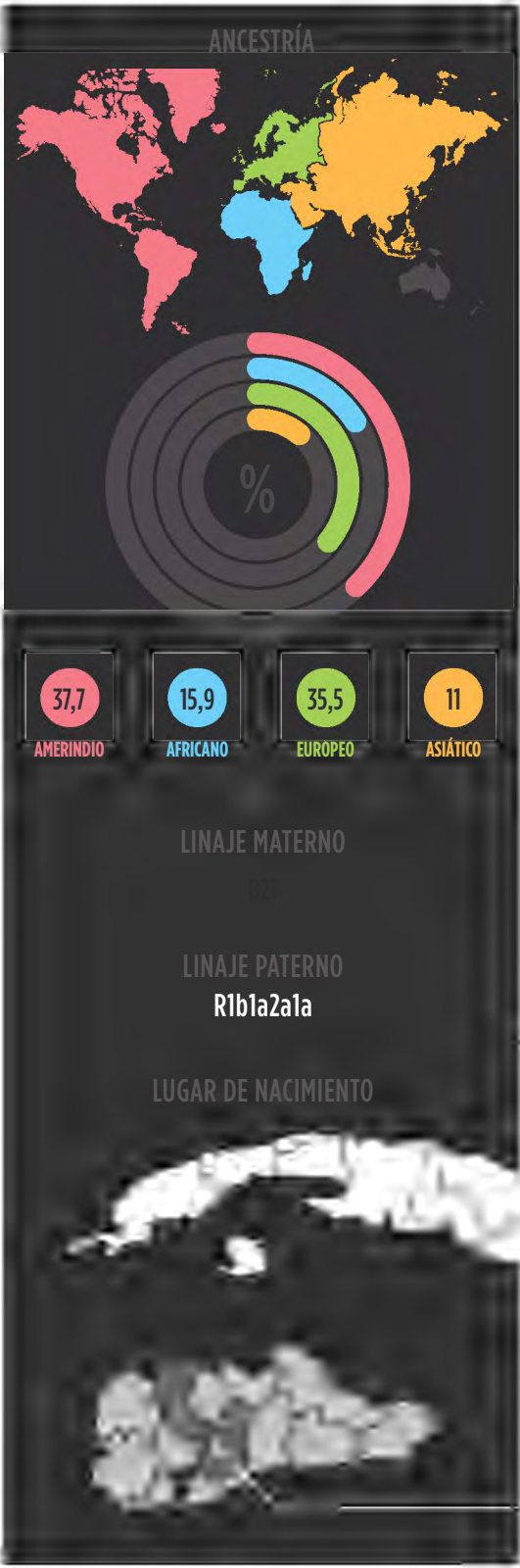
LOS ROSTROS DEL ADN

Beatriz Marcheco y Héctor Garrido

Los rostros y el ADN de los protagonistas de esta historia cuestionan el conocimiento establecido sobre la extinción de los indígenas cubanos. Desde muy temprano tras la colonización se intentó borrar de la posteridad histórica el legado de resistencia de los pueblos originarios.

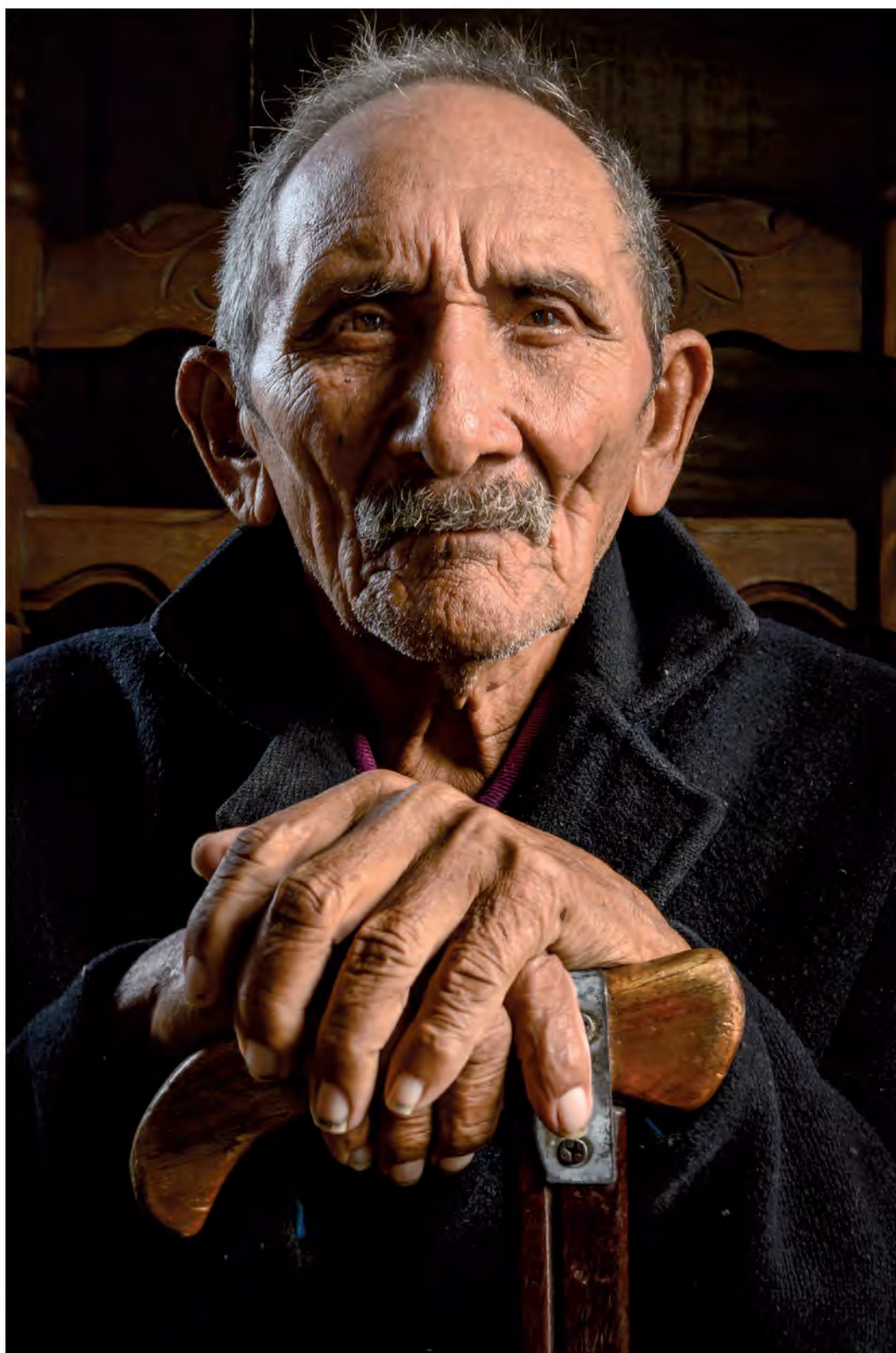
Las personas de las fotografías que se reproducen a continuación son reales, son de Cuba, son del presente. De entre los 75 participantes en el muestreo del proyecto Cuba Indígena, se han seleccionado los 50 que muestran más alto porcentaje de genes amerindios en su genoma. Los rasgos amerindios de sus fisonomías constituyen un legado de los habitantes precolombinos, y así lo confirma el ADN, peculiar testigo de la Historia, que permitió rastrear el origen ancestral de estos individuos unos 500 años atrás.

Fotografías de sus rostros y pruebas de ADN, arte y ciencia, colocan ante la mirada y el entendimiento de un espectador crítico, nuevas luces sobre la historia de Cuba.

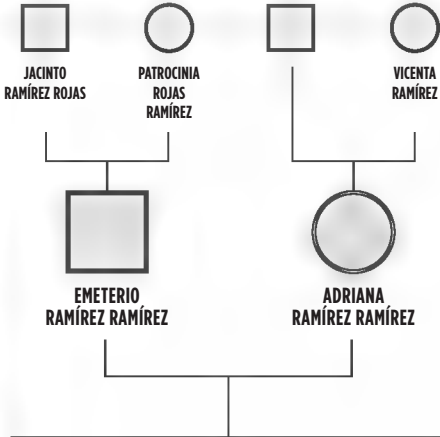


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO



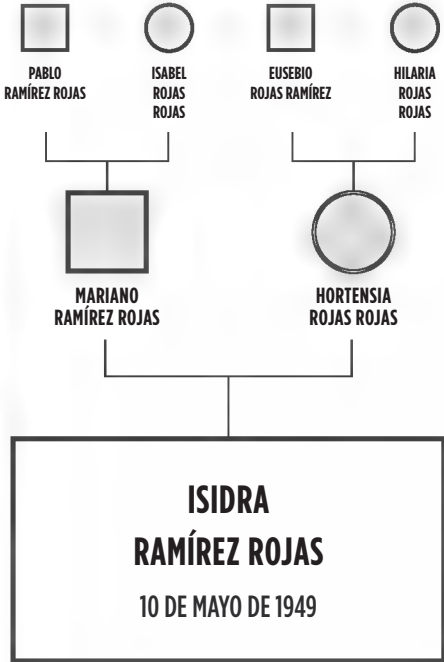
**SEVERO
RAMÍREZ RAMÍREZ**
8 DE AGOSTO DE 1948

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO

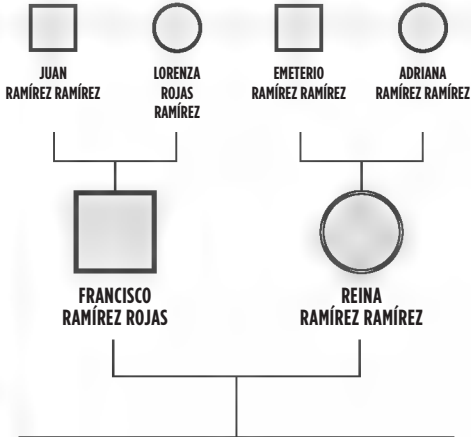


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD BERNARDO DE YATERAS



© H. GARRIDO

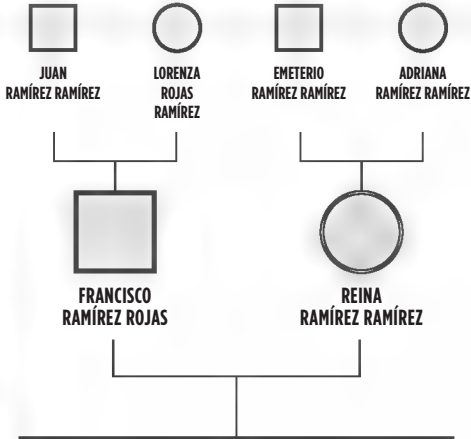


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO



INOEL RAMÍREZ RAMÍREZ

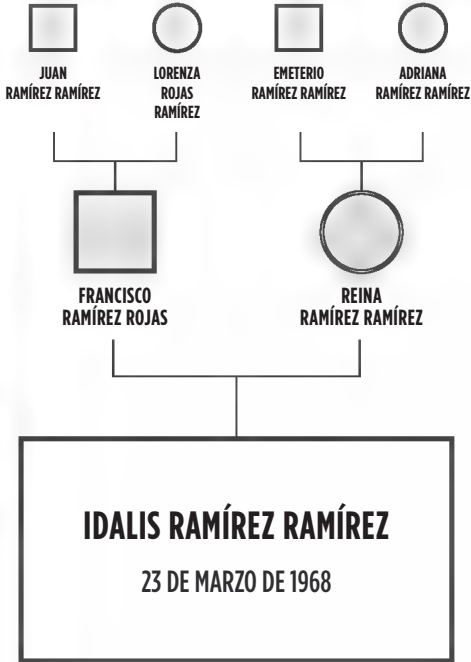
8 DE SEPTIEMBRE DE 1966

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO

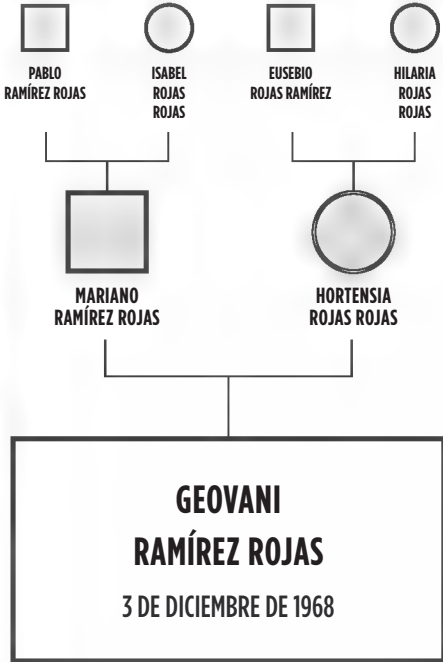


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO

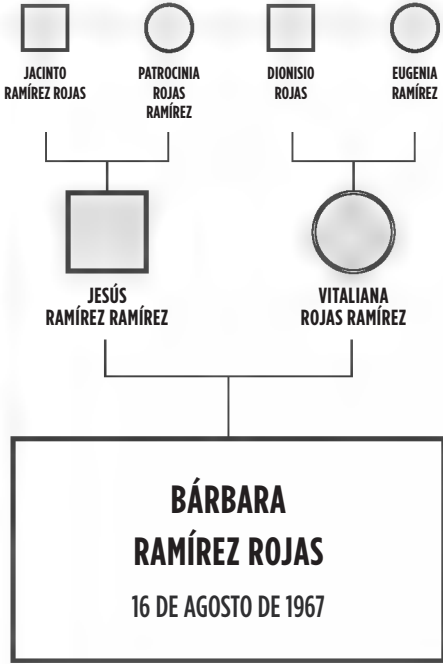


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD BERNARDO DE YATERAS



© H. GARRIDO

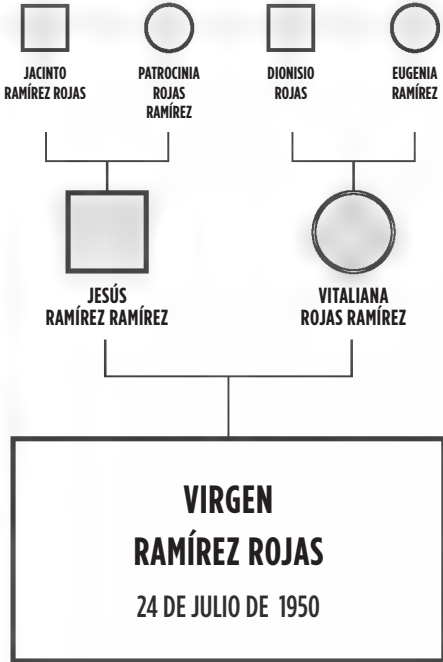


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO

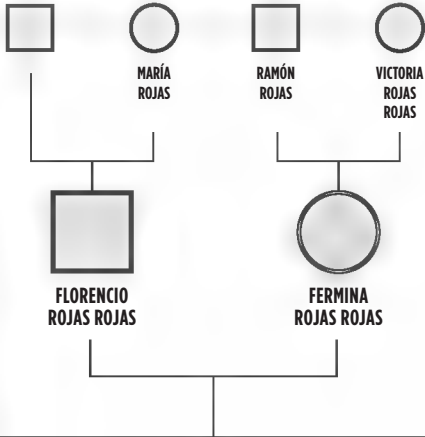


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO



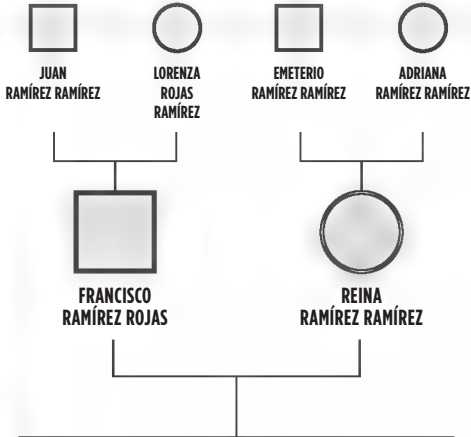
**MARÍA ESTER
ROJAS ROJAS**
15 DE AGOSTO DE 1938

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD LEVISA DE SAN ANDRÉS



© H. GARRIDO

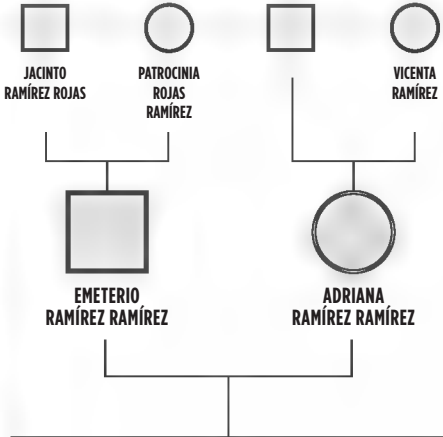


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO



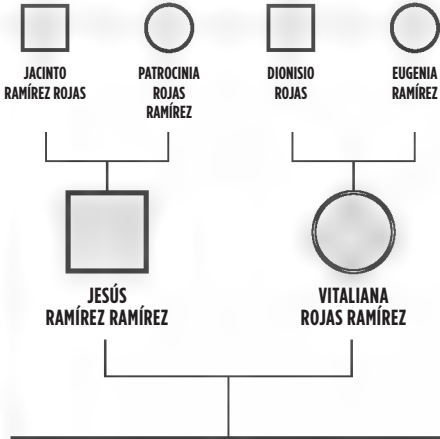
REINA
RAMÍREZ RAMÍREZ
19 DE ENERO DE 1935

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO



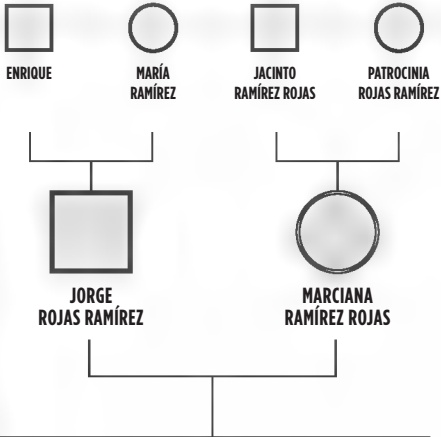
**RICARDO
RAMÍREZ ROJAS**
18 DE AGOSTO DE 1964

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO



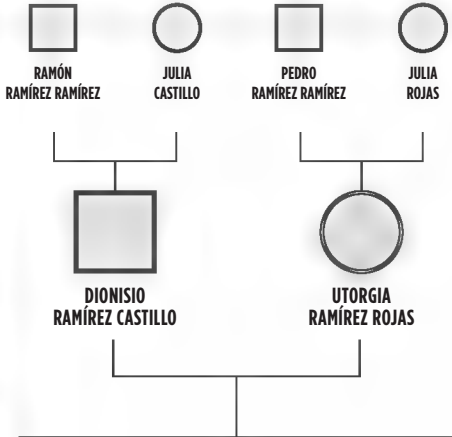
ELOÍNA
ROJAS RAMÍREZ
20 DE MARZO DE 1943

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD CARIDAD DE LOS INDIOS



© H. GARRIDO



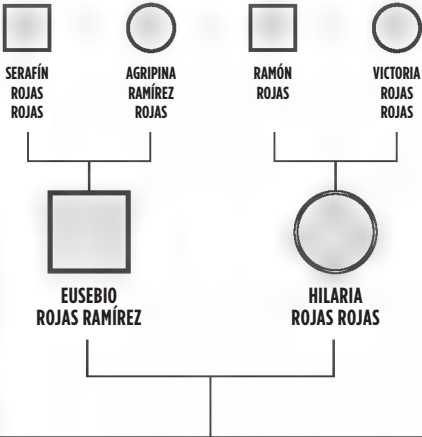
CÁNDIDA
RAMÍREZ RAMÍREZ
3 DE OCTUBRE DE 1960

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA CEIBA



© H. GARRIDO



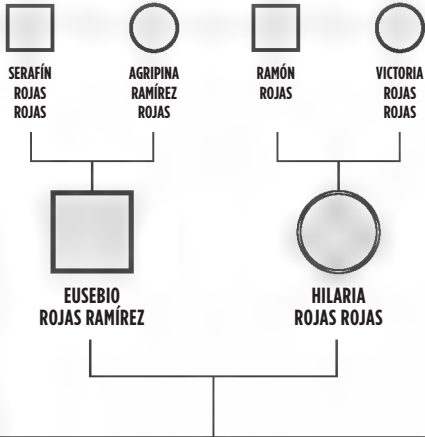
JOSÉ
ROJAS ROJAS
17 DE NOVIEMBRE DE 1946

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD SAN ANDRÉS



© H. GARRIDO



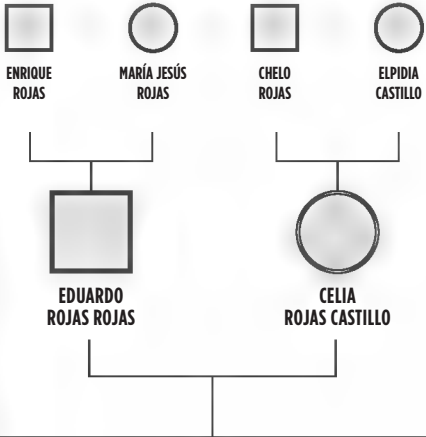
**HORTENSIA
ROJAS ROJAS**
10 DE JUNIO DE 1930

**PROVINCIA
GUANTÁNAMO**

**MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD CARIDAD DE LOS INDIOS**



© H. GARRIDO

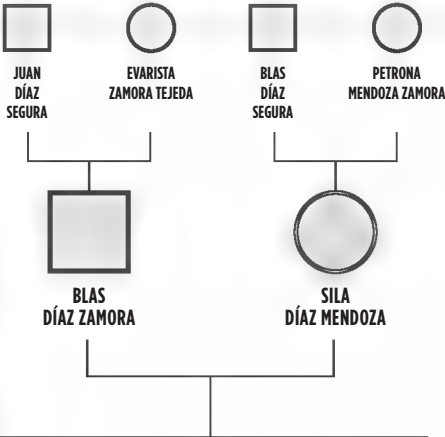


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD VEGA DE LOS TOROS



© H. GARRIDO



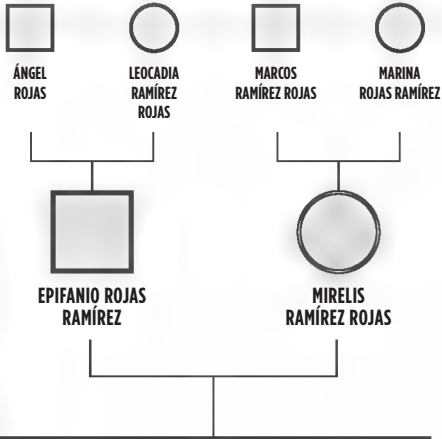
**DIOSDADO
DÍAZ DÍAZ**
4 DE NOVIEMBRE DE 1968

PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO GUAMÁ
COMUNIDAD BELLA PLUMA



© H. GARRIDO



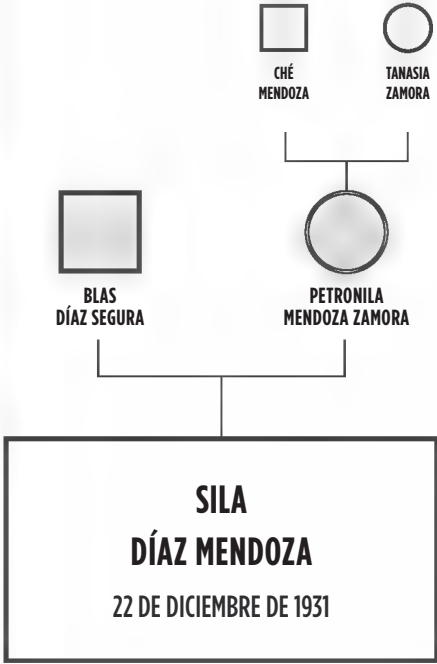
**MILAUDIS
ROJAS RAMÍREZ**
28 DE MARZO DE 1987

**PROVINCIA
GUANTÁNAMO**

**MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA**



© H. GARRIDO

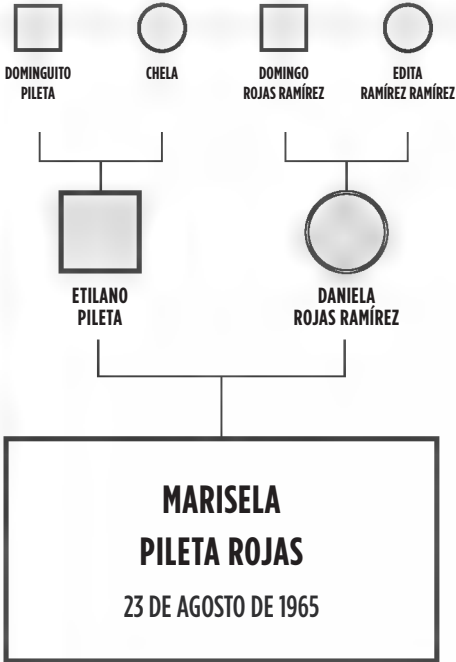


PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO GUAMÁ
COMUNIDAD BELLA PLUMA



© H. GARRIDO

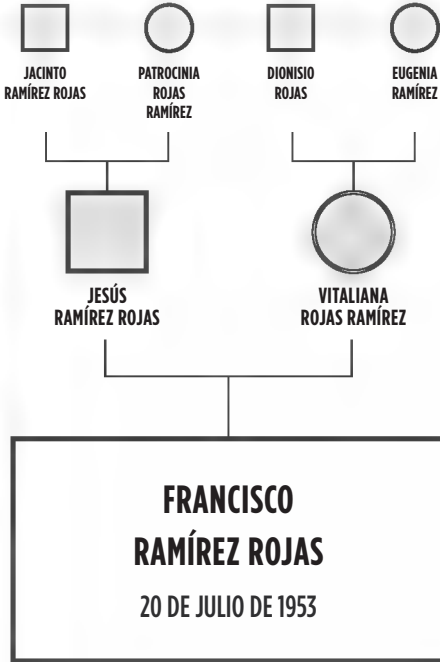


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA CHIVERA



© H. GARRIDO

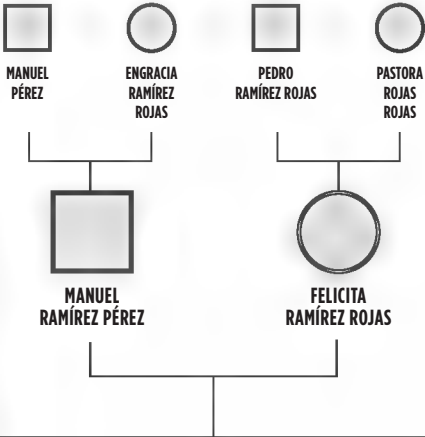


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO



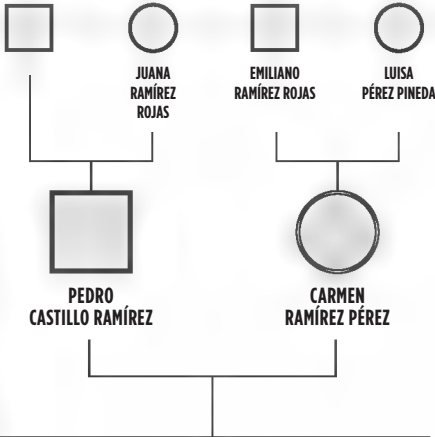
ARASAY
RAMÍREZ ROJAS
24 DE AGOSTO DE 1976

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD ARENAL DE YATERAS



© H. GARRIDO



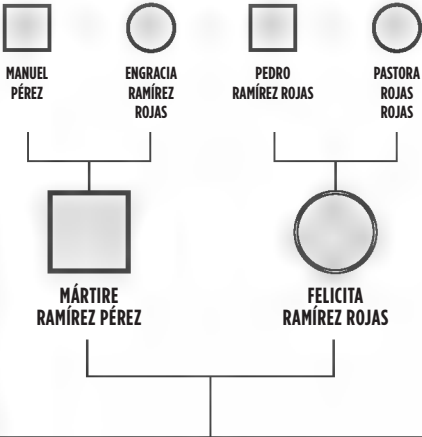
**YULEIDIS
CASTILLO RAMÍREZ**
25 DE AGOSTO DE 1978

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA RANCHERÍA



© H. GARRIDO



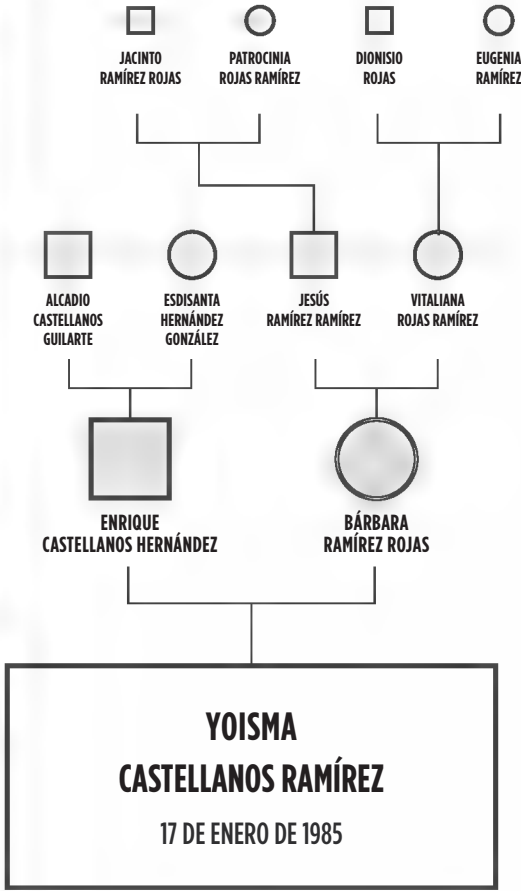
**ANA IBIS
RAMÍREZ PÉREZ**
11 DE DICIEMBRE DE 1966

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS



© H. GARRIDO

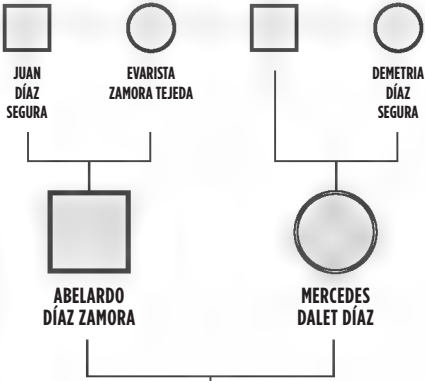


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO



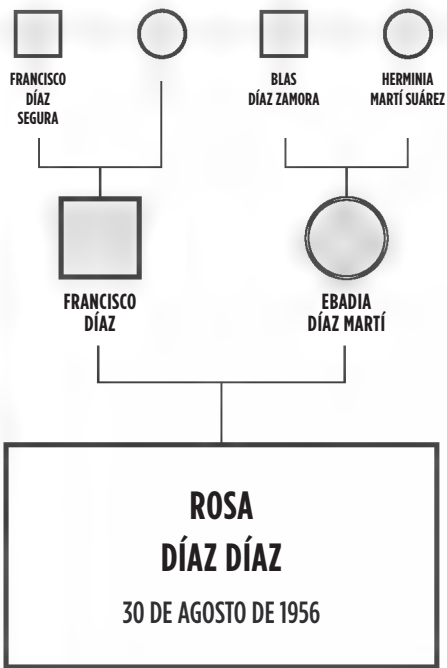
**ALVIS
DÍAZ DALET**
23 DE JULIO DE 1966

PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO GUAMÁ
COMUNIDAD BELLA PLUMA



© H. GARRIDO

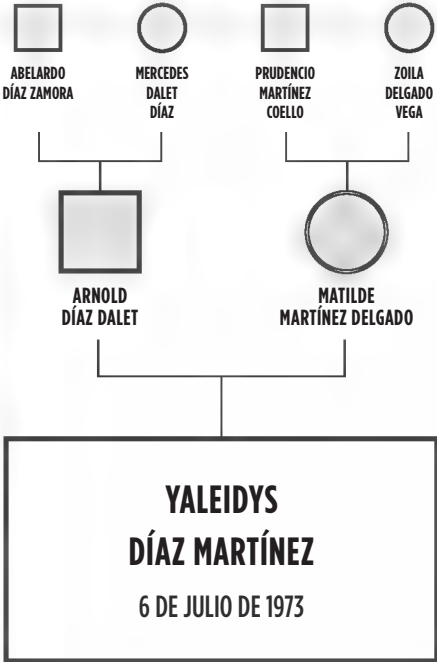


PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO GUAMÁ
COMUNIDAD BELLA PLUMA



© H. GARRIDO



PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO GUAMÁ
COMUNIDAD BELLA PLUMA



© H. GARRIDO



ELADIO
RAMÍREZ



CLAUDINA
ROJAS

**ANASTASIO
RAMÍREZ ROJAS**

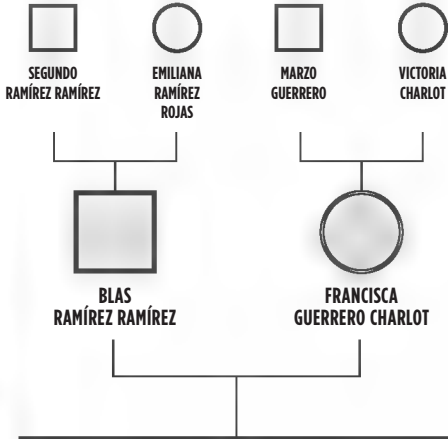
2 DE MAYO DE 1933

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS



© H. GARRIDO



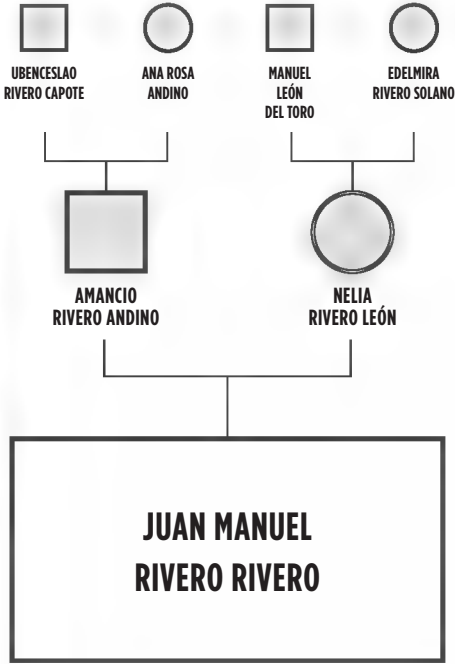
EDDY
RAMÍREZ GUERRERO
7 DE JUNIO DE 1972

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MANUEL TAMES
COMUNIDAD LA ESCONDIDA



© H. GARRIDO

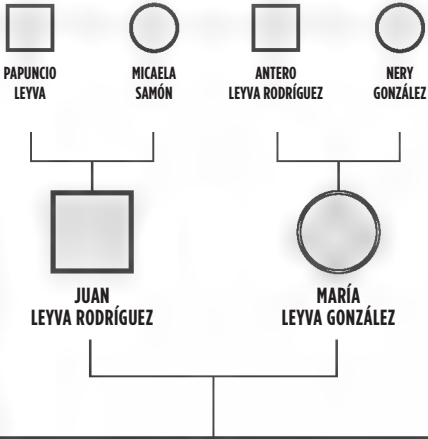


PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO CONTRAMAESTRE
COMUNIDAD GAMBOA



© H. GARRIDO



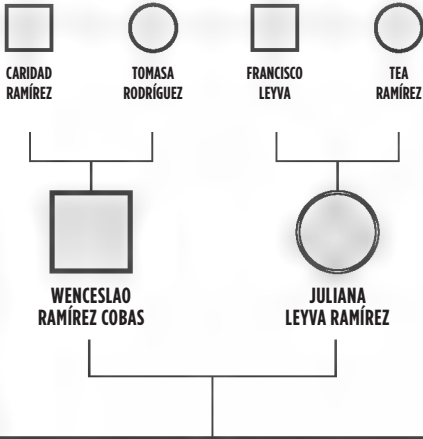
**MARIBEL
LEYVA LEYVA**
29 DE SEPTIEMBRE DE 1974

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD BATEA



© H. GARRIDO



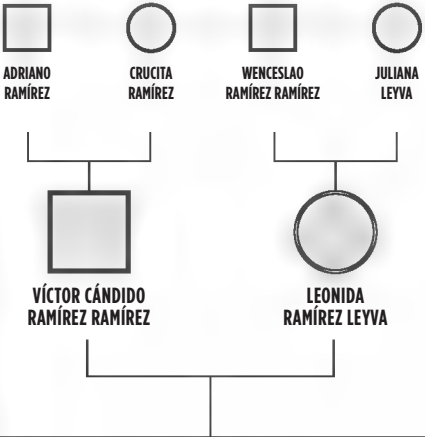
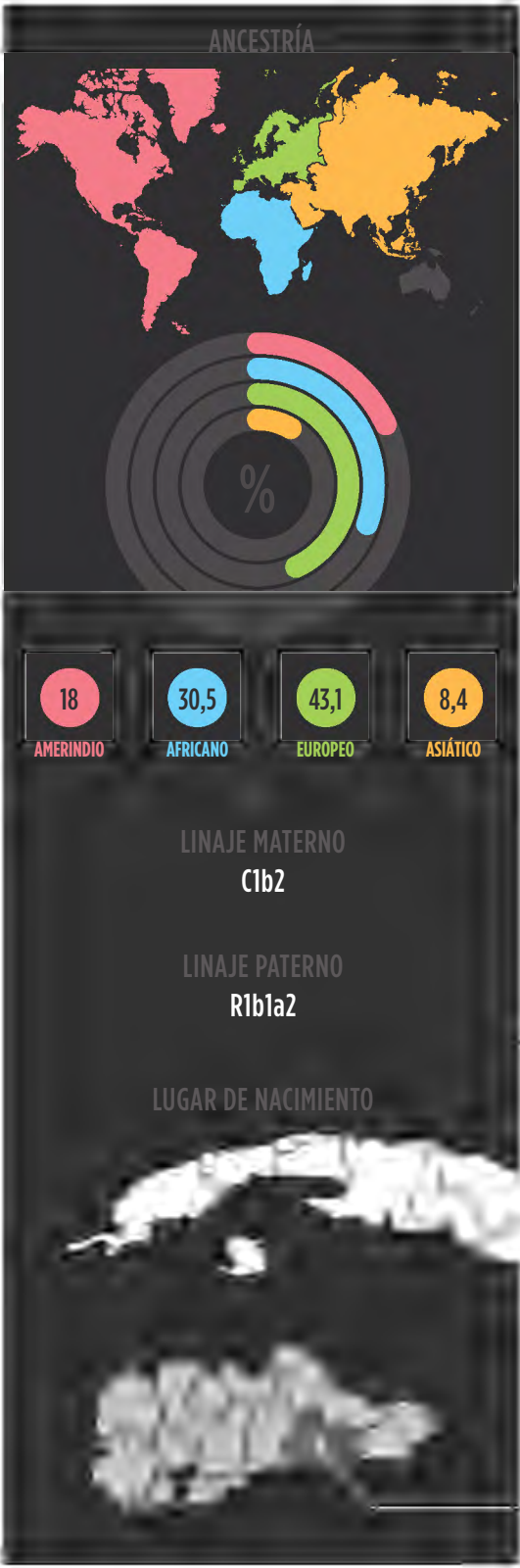
**MERALDO
RAMÍREZ LEYVA**
5 DE JULIO DE 1938

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



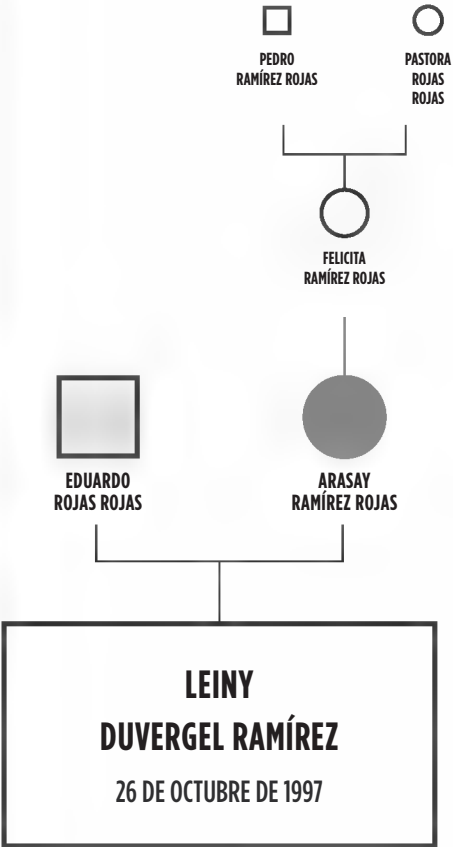
FRANCISCO RAMÍREZ RAMÍREZ
12 DE NOVIEMBRE DE 1958

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS



© H. GARRIDO



CÁSTULO
RAMÍREZ



EUSEBIA
UTRIA

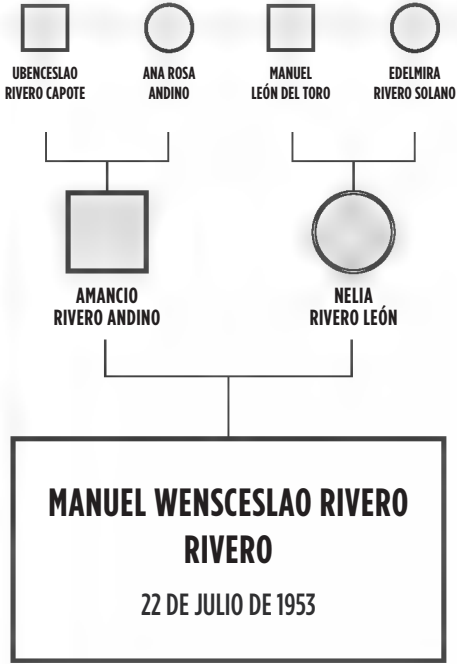
**LUISA
RAMÍREZ UTRIA**
11 DE OCTUBRE DE 1947

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD EL JOBO



© H. GARRIDO

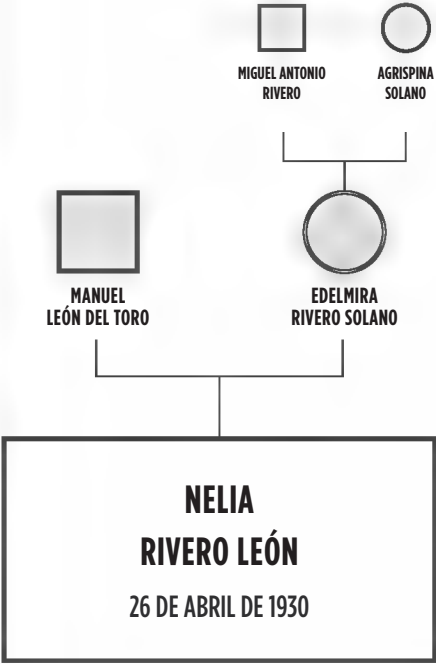


PROVINCIA
GRANMA

MUNICIPIO JIGUANÍ
COMUNIDAD PALMARITO



© H. GARRIDO

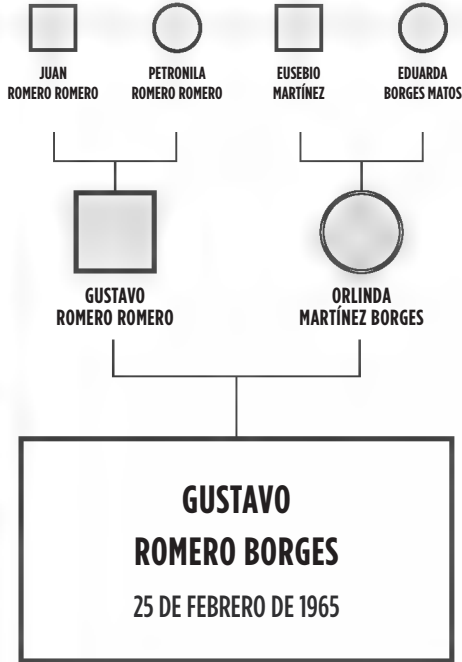


PROVINCIA
SANTIAGO DE CUBA

MUNICIPIO CONTRAMAESTRE
COMUNIDAD PUEBLO NUEVO



© H. GARRIDO

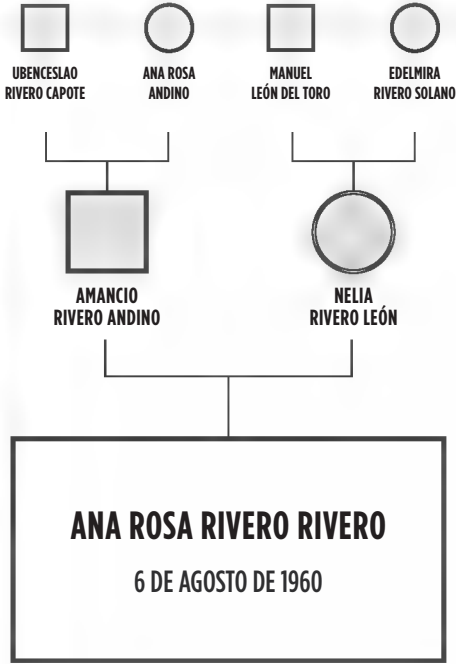


PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO MAISÍ
COMUNIDAD LOS GALLEGOS DE JAUCO



© H. GARRIDO



PROVINCIA
GRANMA

MUNICIPIO JIGUANÍ
COMUNIDAD LA JATÍA



© H. GARRIDO



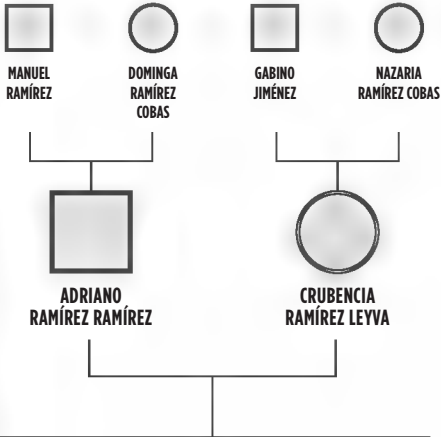
**CATALINA
PILETA DEL TORO**
3 DE MARZO DE 1936

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO YATERAS
COMUNIDAD POZO AZUL DE CAJERÍ



© H. GARRIDO



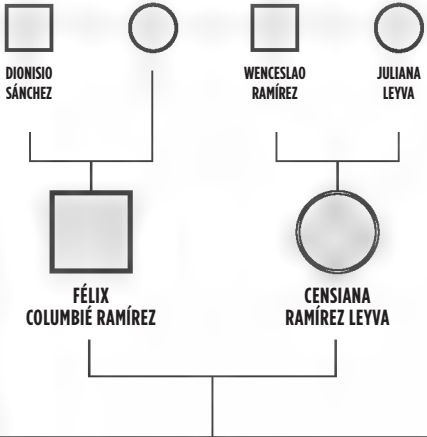
**FRANCISCA
RAMÍREZ RAMÍREZ**
2 DE ABRIL DE 1944

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



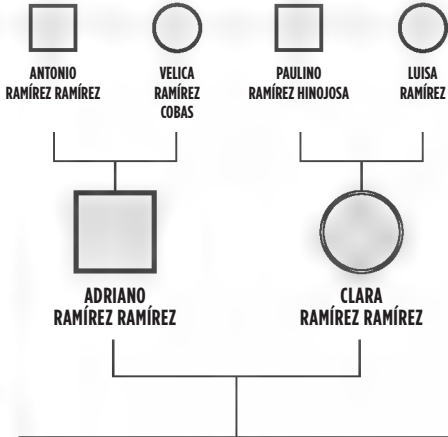
YRAIN
COLUMBIÉ RAMÍREZ
18 DE SEPTIEMBRE DE 1949

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



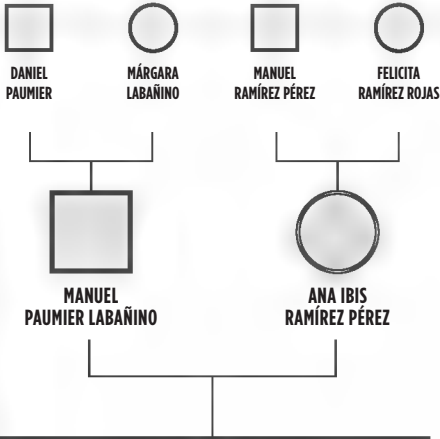
ADRIÁN
RAMÍREZ RAMÍREZ
25 DE FEBRERO DE 1979

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



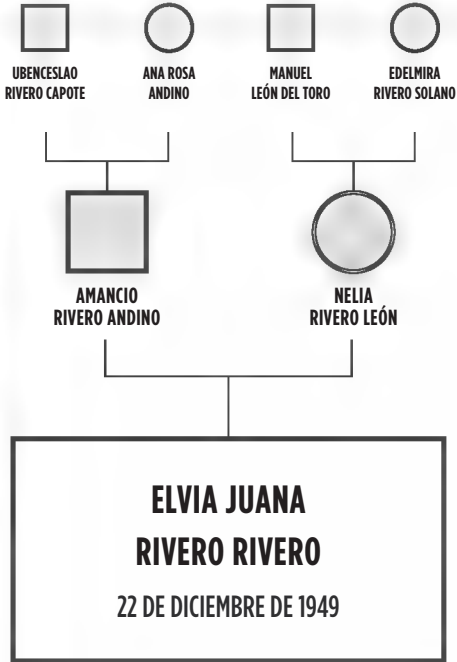
**ANALEIDY
PAUMIER RAMÍREZ**
19 DE ENERO DE 2000

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO BARACOA
COMUNIDAD QUIVIJÁN



© H. GARRIDO

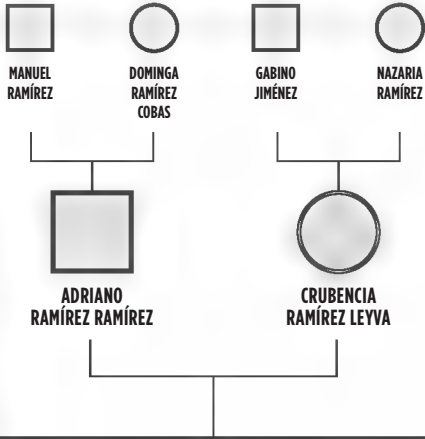


PROVINCIA
GRANMA

MUNICIPIO JIGUANÍ



© H. GARRIDO



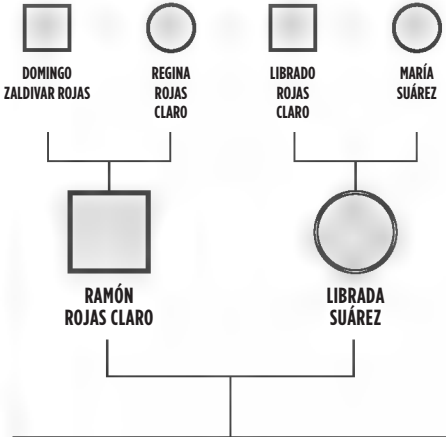
**ALEJANDRO
RAMÍREZ RAMÍREZ**
12 DE DICIEMBRE DE 1947

PROVINCIA
GUANTÁNAMO

MUNICIPIO IMÍAS
COMUNIDAD VEGUITA DEL SUR



© H. GARRIDO



**REGINO
ROJAS SUÁREZ**
9 DE JUNIO DE 1937

PROVINCIA
HOLGUÍN

MUNICIPIO RAFAEL FREYRE
COMUNIDAD SANTA LUCÍA



© H. GARRIDO



ACCIONES DEL PROYECTO CUBA INDIGENA



Cuba Indígena nació como un apoyo a los trabajos desarrollados durante décadas por Alejandro Hartmann junto a José Barreiro, así como por otras muchas personas como Geovani Ramírez, Gabriel Rojas, Alina Fernández, Ramón Rojas, Cosme Casals y Eduardo Pampa. Todas estas labores actuales se basan a su vez en los aportes de investigadores que en diferentes momentos defendieron la presencia en Cuba de comunidades vivas de descendientes de los aborígenes anteriores a la llegada de los europeos. Sus esfuerzos han sido punto de partida muy avanzado y fuente de inspiración, y gracias a ellos, que marcaron esta ruta, hoy podemos afirmar que tras la mirada de los habitantes de las montañas del oriente insular aún palpita el espíritu de unos antepasados amerindios. En las comunidades ya lo sabían, lo supieron siempre. Éramos nosotros quienes lo ignorábamos.



© H. GARRIDO



Principales acciones realizadas por el proyecto Cuba Indígena

1. PREPARATORIA 1

PARTICIPANTES: Alejandro Hartmann, Héctor Garrido, Laura de la Uz, Amaranta Valenzuela

23/03/2018 Guantánamo: Baracoa, Quiviján del Toa, Naranjal del Toa, río Toa ► **24/03/2018** Guantánamo: Sabana, La Máquina, Punta de Maisí, Baracoa ► **25/03/2018** Guantánamo: Morel, Taco, Parque Humboldt

2. PREPARATORIA 2

PARTICIPANTES: Alejandro Hartmann, Paola Larramendi, Reider Ricardo

01/02/2019 Holguín: Fray Benito ► **02/02/2019-03/02/2019** Holguín ► **04/02/2019** Guantánamo ► **05/02/2019** Guantánamo: Yateras ► **06/02/2019** Guantánamo: La Ranchería, Playitas de Cajobabo ► **07/02/2019-09/02/2019** Guantánamo: Playitas de Cajobabo ► **10/02/2019** Guantánamo: Baracoa ► **11/02/2019** Guantánamo: Baracoa. Holguín

3. EXPEDICIÓN 1

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Beatriz Marcheco, Enrique J. Gómez, Julio Larramendi, Salvador Campos, Paola Larramendi, Reider Ricardo

01/02/2019-02/02/2019 Holguín: Fray Benito, Los Zaldívar, Rafael Freyre, Holguín ► **03/02/2019** Holguín: Fray Benito. Guantánamo: Guantánamo ► **04/02/2019** Guantánamo: Guantánamo, comunidad Los Cocos, comunidad Ulloa, Guantánamo ► **05/02/2019** Guantánamo: Felicidad de Yateras, Guantánamo ► **06/02/2019** Guantánamo: Manuel Tames, Caridad de los Indios, La Ranchería ► **07/02/2019** Guantánamo: La Ranchería, Playitas de Cajobabo ► **08/02/2019** Guantánamo: Playitas de Cajobabo ► **09/02/2019** Guantánamo: Playitas de Cajobabo, Los Gallegos de Jauco ► **10/02/2019** Guantánamo: Playitas de Cajobabo, La Farola, Duaba, Baracoa ► **11/02/2019** Guantánamo: Baracoa, Quiviján del Toa, La Perrera, Naranjal del Toa ► **12/02/2019** Guantánamo: Baracoa. Holguín

4. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Beatriz Marcheco, Enrique J. Gómez, Julio Larramendi, Paola Larramendi, Laura de la Uz

17/04/2019 Presentación de Cuba Indígena ante autoridades internacionales en Arthotel Calle 2, La Habana

5. EXPEDICIÓN 2

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Enrique J. Gómez

14/04/2019 Granma: Buey Arriba, Jiguaní ► **15/04/2019** Granma: Jiguaní, Palmarito, La Tasajera, La Jatía, Dos Ríos, Jiguaní ► **16/04/2019** Santiago de Cuba: Contramaestre, América, Patricio Lumumba, Bungo-La Venta, Santiago de Cuba, Guamá, Chivirico, Ocuja del Turquino, Bella Pluma, Santiago de Cuba ► **17/04/2019** Santiago de Cuba: El Caney, Alto del Escandel, Santiago de Cuba ► **18/04/2019** Santiago de Cuba

6. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Enrique J. Gómez, Laura de la Uz. Con presencia virtual de Beatriz Marcheco (desde Harvard, EE.UU.), Julio Larramendi (desde México), Alejandro Hartmann (desde Baracoa, Cuba) **19/04/2019** Presentación del Calendario 2020 de la Consejería Cultural de la embajada de España en Cuba dedicado al proyecto Cuba Indígena, embajada de España, La Habana

7. EXPEDICIÓN 3

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Beatriz Marcheco, Enrique J. Gómez, Julio Larramendi, Laura de la Uz

26/04/2019 Granma: Jiguaní, La Jatía, Santiago de Cuba ► **27/04/2019** Santiago de Cuba: Ocuja del Turquino, Bella Pluma. Guantánamo ► **28/04/2019** Guantánamo: Baracoa, Quiviján del Toa, río Toa ► **29/04/2019** Guantánamo: Baracoa, Quiviján del Toa, río Toa ► **30/04/2019** Guantánamo: Veguita del Sur

8. EMISIÓN DE SELLOS DE CORREO

PARTICIPANTES: Alejandro Hartmann, Beatriz Marcheco, Enrique J. Gómez, Julio Larramendi, Héctor Garrido, Laura de la Uz

18/05/2019 Cancelación de la emisión de sellos de correo dedicada a la ascendencia indígena de Cuba, Paraninfo de la Universidad de La Habana



© H. GARRIDO

9. EXPEDICIÓN 4

PARTICIPANTES: Julio Larramendi, Héctor Garrido

05/06/2019 Guantánamo: Guantánamo, Manuel Tames, Caridad de los Indios, La Ranchería ► **06/06/2019** Guantánamo: La Ranchería, La Escondida, Caridad de los Indios, Manuel Tames, Guantánamo ► **07/06/2019** [Se incorpora Enrique J. Gómez] Guantánamo: Guantánamo, Manuel Tames, Felicidad de Yateras, Palenque de Yateras, Yateras ► **08/06/2019** Guantánamo: Bernardo de Yateras, Puriales de Caujerí, Vía Mulata, Baracoa

10. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Ramón Rojas, Carmen Rosa Rojas

11/07/2019 Presentación de Cuba Indígena, Festival Internacional de Cine de Gibara, Holguín

11. TRASLADO Y ANÁLISIS DE MUESTRAS

PARTICIPANTES: Beatriz Marcheco y Enrique J. Gómez

21/07/2019-01/08/2019 Staten Serum Institut, Copenhagen (Dinamarca) ► **06/08/2019-15/08/2019** Max Planck Institute for the Science of Human History, Jena (Alemania)

12. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTES: Héctor Garrido, Beatriz Marcheco, Enrique J. Gómez, Laura de la Uz, Salvador Campos

24/08/2019 Visita del equipo de Cuba Indígena al monasterio de La Rábida y los lugares colombinos, Huelva, España. Presentación de Cuba Indígena, Centro de Arte Harina de Otro Costal (Trigueros, Huelva, España)

13. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTE: Beatriz Marcheco

04/12/2019 Presentación de Cuba Indígena en la Universidad de Harvard, EE.UU.: "Cuba and its Roots. A DNA-Based Story"

14. PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

PARTICIPANTE: Héctor Garrido

21/01/2020 Presentación de Cuba Indígena en el History College de la Universidad de Los Ángeles (UCLA), EE.UU.: "Indigenous Cuba: a Photographic and Scientific Search for Cuba's Original Inhabitants"

15. EXPOSICIÓN FOTOGRÁFICA

20/03/2020-29/05/2020 Exposición fotográfica *Aborígenes: los descendientes de los habitantes originales de Cuba*, de Julio Larramendi y Héctor Garrido, Galería Rubén Martínez Villena, La Habana

16. EXPEDICIÓN 5 (PRE-DOCUMENTAL)

PARTICIPANTES: Ernesto Daranas, Héctor Garrido, Reider Ricardo



03/02/2020 Guantánamo: Guantánamo, Manuel Tames, Caridad de los Indios, La Ranchería ► **04/02/2020** Guantánamo: La Ranchería, La Escondida, Pinar, Arenal, Felicidad de Yateras ► **05/02/2020** Guantánamo: Felicidad de Yateras, Palenque de Yateras, Vía Mulata, Quiviján del Toa, Baracoa ► **06/02/2020** Guantánamo: Baracoa, Quiviján del Toa, La Perrera, Naranjal del Toa, Baracoa, La Máquina (Patana), Baracoa ► **07/02/2020** Guantánamo: Baracoa. Holguín: Moa, Fray Benito, Rafael Freyre ► **08/02/2020** Holguín: Rafael Freyre. Granma: Bayamo, Bartolomé Masó, ruta de Sierra Maestra, Las Mercedes, Marea del Portillo ► **09/02/2020** Granma: Marea del Portillo. Santiago de Cuba: Bella Pluma, Chivirico ► **10/02/2020** Santiago de Cuba: Chivirico, Santiago de Cuba, El Cobre

17. EXPOSICIÓN FOTOGRÁFICA

19/08/2020-01/10/2020 Exposición fotográfica *Aborígenes: los descendientes de los habitantes originales de Cuba*, de Julio Larramendi y Héctor Garrido, Centro de Arte Harina de Otro Costal (Trigueros, Huelva, España)

18. EXPEDICIÓN 6 (DOCUMENTAL)

PARTICIPANTES: Ernesto Daranas, Héctor Garrido, Randol Menéndez, Sandy León y Reider Ricardo. Del **10/02/2022** al **23/02/2022** se incorporan Beatriz Marcheco y Laura de la Uz

09/01/2022-05/02/2022 Guantánamo: Guantánamo, Manuel Tames, Caridad de los Indios, La Ranchería, La Escondida ► **05/02/2022-13/02/2022:** Guantánamo: Felicidad de Yateras ► **13/02/2022-15/02/2022** Guantánamo: La Ranchería, La Escondida ► **15/02/2022-21/02/2022** Guantánamo: Vía Mulata, Quiviján del Toa, Naranjal del Toa, Boca del Yumurí, Baracoa ► **19/02/2022** (solo Beatriz Marcheco) Guantánamo: Veguita del Sur, Playitas de Cajobabo, Guantánamo ► **20/02/2022** (solo Beatriz Marcheco) Granma: Jiguaní. Santiago de Cuba: Santiago de Cuba ► **21/02/2022** (solo Beatriz Marcheco) Santiago de Cuba: Santiago de Cuba, Bella Pluma ► **21/02/2022-03/03/2022** Santiago de Cuba: Bella Pluma, Ocujal del Turquino, Las Cuevas ► **03/03/2022-04/03/2022** Granma: Parque Nacional Desembarco del Granma (Cueva de Samuel) ► **05/03/2022** Santiago de Cuba: Bella Pluma

© H. GARRIDO



© H. GARRIDO





© J. LARRAMENDI



© J. LARRAMENDI









AGRADECIMIENTOS

Es difícil hacer una lista de agradecimientos sin correr el peligro de incurrir en alguna ausencia involuntaria; nuestras disculpas si esto sucediera. Y nuestra gratitud más sincera a todas las personas que han participado, colaborado o apoyado el proyecto Cuba Indígena a lo largo de estos cuatro años. Principalmente a la Gran Familia de los Rojas, Ramírez, Rivero, Romero y otros apellidos que identifican a muchos de los descendientes de indígenas amerindios en Cuba, de cuyas comunidades hemos recibido tanta ayuda y colaboración desinteresada.

ALEGRÍA DE YATERAS: Mariulkis Soler y familia

BARACOA: Emilia Pérez, Nidia Pérez; familia Ricardo (Cary, Lorena y Laura)

BELLA PLUMA: Diosdado Díaz, su esposa Erenia y sus hijas Yésica, Yolaine y Yuneysis; Rosa Díaz, Francisco Rodríguez, Alvis Díaz, Yaleidis Díaz (*Yoli*) y su esposo Inaudis Domínguez, Esteban Díaz, Elena Guerra, Sila Rojas y Virgen Díaz. Antonio Zapata, director de la escuela de Bella Pluma; Hiraldo y su equipo de El Dián, Caridad Díaz y Olisainy Peña. Patricio Martínez, de Las Cuevas. Edilberto Atleg, Historiador de Guamá

BERNARDO DE YATERAS: Anastasio Ramírez y familia

BUEY ARRIBA: Ledesme Garcés (Historiador), Blasa Cadena y Nidia Labrada

CARIDAD DE LOS INDIOS: Solaine Ramírez y familia

CHIVIRICO: Anastasio Díaz

CONTRAMAESTRE: Edelis Núñez, Javier Fajardo, Yasmani Suárez

DOS RÍOS: Mercedes Ramírez

EL CANEY: Pedro Mengana y familia, Marcelino Rojas, familia Rojas, familia Montoya, Marcial Rueda (Historiador de El Caneý), Pedro Mengana

FELICIDAD DE YATERAS: Gabriel Rojas, Alina Fernández, Lucidio Rojas, Catalina Pileta y sus hijas Day y Niurky; Severino Donatién, Jenaro Nilo Donatién, Ángel Jesús Lescaille, Salvador Castillo, Emilio Fernández, Hirán Borges, Bautista Pérez y sus músicos de El Son de Severino; Francisca Merencio (*Paquita*), Jesús Rojas, Rosa Adelina Ramírez, María Esther Rojas y Miguel Rodríguez

FRAY BENITO: Ramón Rojas, Carmela Rosa Rojas, Cosme Casals, Eduardo Pampa, Luis María Rojas, Regino Rojas, Adolfin Rosa Rojas, Sailén Pérez, Ángel Mayolina, Anabel Rojas, Benedicto Paz, José Carlos Fernández, Yoisander Abreu, Salvadora Rojas, Norgen Rojas, Maylin Rojas, Inés María Rojas y Félix Rojas (*Felito*)

GRANMA: Ernesto Palacio, director del Parque Nacional Desembarco del Granma, y su equipo

GUANTÁNAMO: Geovani Ramírez, Isidra Ramírez, Hortensia Rojas, José Rojas, Laura Ricardo y Norge Ramírez

IMÍAS: Milvian Delgado y Arsenio Rey Estévez

JIGUANÍ: Nildre (Historiador de Jiguaní), Yoandris Acosta, Sra. Mildre y Sr. Griñán, Nelia Rivero, Juan Manuel Rivero (*Tarzán*), Elvia Juana Rivero, Ana Rosa Rivero y familia Rivero

LA ESCONDIDA: Virgen Ramírez, Ricardo Ramírez (*Viejón*), Francisco Ramírez (*Botas*), Marisela Pileta, Yoisma Castellanos (*Yura*), su esposo Ernesto González, Arlén Isbeth (*La Salvaje*) y Yulianner; Milaidi Rojas, Juan Manuel Esteban, Karla Rojas, Henry Pelegrín, Bárbara Ramírez y Marta Ramírez

LA JATÍA: Mercedes Ramírez Céspedes, Manuel Wenceslao Rivero

LA RANCHERÍA: Francisco Ramírez (*el cacique Panchito*), Reina Ramírez, Vladimir Ramírez, Almeida Ramírez, Inoel Ramírez, Idalis Ramírez, Nazaria Ramírez, Arelbis Lafita, Pepino, Danielly Ramírez, Alcidelia Ramírez, Yasmani, Yulennis Merencio, Dioel Paz, Aleides Maceo, Daisy Ramírez, Solanny Castillo, Yuleidis Castillo, Eddy Ramírez y Cándida Ramírez

LOS GALLEGOS DE JAUCO: Gustavo Romero e Idelfride Rivera, Vladimir Romero, Gustavo Romero, Barnelvis Romero, Tomás Romero, Yalisander Romero, Midalvis Romero y Mariana Romero

MANUEL TAMES: Yonaglis Pérez y Maray

MAISÍ-CALETA: Alfredo Mosqueda, María Gladys Mosqueda, Enilde Mosqueda, Gladys Mosqueda y Alexis Morales

NARANJAL DEL TOA: Ariel y Esllinda (*La Tía*)

PALENQUE DE YATERAS: Eloína Rojas y familia

PALMARITO: Elvis Rivero y Alberto Leyva

PLAYITAS DE CAJOBABO: Yamilé Rivera y Milbia; Francisco Ramírez, Eliserio Ramírez, Pascual Rojas, Julia Romero, José Ramírez, Secundino Ramírez, Mercedes Rojas, Neury Ramírez, Milagros Rivera, Iraín Columbié y Edorica Ramírez

PURIALES DE CAJERÍ: Yandi Rojas, Carmelina Rojas

y Georgina Rojas

QUIVIJÁN DEL TOA: Arasay Ramírez, Anaibis Ramírez, Leiny Duvergel, Analeidy Paumier, Luisa Ramírez, Arcia Pizarrosa y Jesús Rodríguez

SONGO LA MAYA: Familias de descendientes amerindios de Songo/ La Maya

TASAJERA / PALMARITO: Familia Rivero Ferrales (Elvis y Melba) y trabajadores de la sala de video y escuela de Palmarito

VEGUITA DEL SUR: Freddy, Maribel Leyva, Meraldo Ramírez, Francisca Ramírez, Yraín Columbié, Adrián Ramírez, Alejandro Ramírez, Marisol Ramírez, Santa Mercedes Ramírez, Elannis Ramírez, Dignalia Ramírez, Yanelis Ramírez, Iginio Columbié, Orlando Ramírez, Evilio Ramírez y Martha Ramírez

TAMBIÉN A: Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana: Eusebio Leal y Magda Resik // Oficina del Historiador de Baracoa: Clara Mugercia // Embajada de España, su Consejería Cultural y Aecid: Laura López, Jorge Peralta, Guillermo Corral, Pablo Platas, Nadia Karandashov, Lourdes Azcuy, Jacqueline Hidalgo, Irina Bernal, Andrea Martínez y Gustavo Corrales // Centro Nacional de Genética Médica, Cuba: Giselle Monzón y Yaíma Zúñiga // Centro de Genómica e Investigación Oncológica de la Universidad de Granada (Genyo), España: José Antonio Lorente y su equipo // Reider Ricardo y Alexei Fernández, Coqui // Ernesto Daranas, Esther Masero, Ariagna Abreu, Sandy León, Randol Menéndez, Pedro Suárez, Alejandro Medina, Juan Pablo Daranas, José María Morales, Onelio Raidel Grizzle, Roberto Espinosa y José Roberto Espinosa // Ramón Samada y Alpidio Alonso Grau // Jenny Abbe, Ramón Agirre, Cathy Barbash, Vivian Gutiérrez-Baxevanos, Salvador Campos Jara, Scarlett Freund, René Goiffon, Elsa María Lafuente, José Manuel Mena, Arturo Menor, Adán Perugorria, Jorge Perugorria, Teófilo Ruiz, Lourdes Santos, Juan Manuel Seisdedos, Rubén Seisdedos Sarasola, Isabelle Toledo, Francisco Valdera Calvo, Astrid Vargas, Livia Yarza Casamayor, Trinidad Zarza Alabanda // Laura de la Uz, Amaranta Valenzuela, Noé Garrido, Iván Garrido y Leonardo Garrido // José María Morales, Paola Larramendi, Gladys Collazo, Luis Alarcón, Raúl Cañibano, Lissete Murguía, Lourdes Santos, Juan Manuel Seisdedos y Centro de Arte Harina de Otro Costal



PROYECTO CUBA INDÍGENA

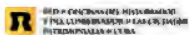
Equipo de trabajo

COORDINACIÓN GENERAL: Héctor Garrido
DIRECCIÓN CIENTÍFICA: Beatriz Marcheco
COORDINACIÓN EDITORIAL: Julio A. Larramendi
ÁREA HISTÓRICO-DOCUMENTAL: Alejandro Hartman
ÁREA DE SOCIOLOGÍA: Enrique J. Gómez
FOTOGRAFÍA: Héctor Garrido y Julio A. Larramendi
PRODUCCIÓN: Laura de la Uz y Paola Larramendi
ASISTENTES: Salvador Campos, Amaranta Valenzuela y Reider Ricardo

Participan



Colaboran



Apoyan



Personas que han apoyado económicamente el proyecto

Jenny Abbe, José Ramón Agirre, Cathy Barbash,
Vivian Gutiérrez-Baxevanos, Salvador Campos Jara, Scarlett Freund,
René Goiffon, Elsa María Lafuente, José Manuel Mena,
Arturo Menor, Adán Perugorria, Jorge Perugorria, Teófilo Ruiz,
Lourdes Santos, Juan Manuel Seisdedos, Rubén Seisdedos, Isabelle Toledo,
Francisco Valdera, Astrid Vargas, Livia Yarza, Trinidad Zarza.

© J. LARRAMENDI



© H. GARRIDO



LOS AUTORES

BEATRIZ MARCHECO TERUEL (MAYARÍ, HOLGUÍN, 1971)

Graduada de Medicina, especialista en Genética Clínica en 1998 y doctora en Ciencias Médicas. Es investigadora titular y profesora titular del Centro Nacional de Genética Médica y de la Universidad de Ciencias Médicas de La Habana. Ha cursado becas en la Universidad de Harvard en 2015, 2016 y 2019. Entre los temas de investigación en los que trabaja se encuentran: estructura genética y mestizaje a nivel genómico de la población cubana, genes y trastornos mentales, epidemiología genética, genética y salud pública y genética comunitaria. Ha realizado 103 publicaciones en revistas nacionales e internacionales arbitradas y ha obtenido seis premios anuales de la Academia de Ciencias de Cuba. Dirige el Centro Nacional de Genética Médica de Cuba desde 2005 y preside la Sociedad Cubana de Genética Humana desde 2012. Es miembro titular de la Academia de Ciencias de Cuba para el período 2018-2024. En 2019 resultó electa vicepresidenta de la red de investigadores para las hemoglobinopatías de los países del Caribe. Le fue otorgado el premio internacional Sofía Kovalevskaja para mujeres investigadoras de países en desarrollo.

ALEJANDRO SEBASTIÁN HARTMANN MATOS (BARACOA, GUANTÁNAMO, 1946)

Historiador, antropólogo y promotor cultural. Director de la Oficina del Conservador de Baracoa e Historiador de la Ciudad, dirige el Museo Matachín desde su fundación y es vicepresidente de la Red de Oficinas del Conservador e Historiador de las Ciudades Patrimoniales de Cuba. Miembro de numerosas instituciones científicas y culturales, ha dedicado más de 40 años a investigar, promover y divulgar la historia y la cultura de su ciudad natal. Es autor de más de 10 libros y folletos, y de numerosos artículos y ensayos sobre las regiones estudiadas por él, aparecidos en libros y publicaciones seriadas cubanas y extranjeras; ha impartido conferencias en foros nacionales e internacionales. Entre los reconocimientos concedidos a su trayectoria se cuentan: Distinción por la Cultura Nacional, Medalla Alejo Carpentier, Distinciones Nacionales Emilio Bacardi, Luis Montané Darde y Emilio Roig de Leuchsenring, Premio de la Academia de Ciencias de Cuba, Premio Memoria Viva, Premio Excelencias Turísticas y Premio Nacional de Cultura Comunitaria, todos en Cuba; Encomienda de la Orden al Mérito Civil (España) y Orden de la Corona, categoría de Oficial (Bélgica).

© H. GARRIDO



ENRIQUE JAVIER GÓMEZ CABEZAS
(GUANABACOA, LA HABANA, 1970)

Ingeniero en Software, máster en Desarrollo Comunitario y doctor en Ciencias Sociológicas. Profesor titular e investigador del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Su trayectoria profesional está vinculada a la gestión de políticas de inclusión y equidad social en Cuba, y al desarrollo del trabajo social y comunitario. Ha liderado investigaciones sobre política social, problemas del desarrollo, estructura social y desigualdades. Acumula una veintena de publicaciones nacionales e internacionales. Es colaborador del Centro Nacional de Genética Médica en la línea de estudios de composición ancestral de la población cubana y enfoque social de las problemáticas de salud. Imparte docencia de posgrado en universidades de Cuba y de la región. Actualmente es subdirector científico del CIPS, jefe del Grupo de Investigación Estructura Social y Desigualdades, y coordina la Cátedra/Red: Ciencias Sociales y Transformación Social.

© H. GARRIDO



JULIO ÁNGEL LARRAMENDI JOA
(SANTIAGO DE CUBA, 1954)

Doctorado en Ciencias, se inició en la fotografía en 1969. Imparte habitualmente conferencias, cursos y talleres sobre temas fotográficos en Cuba y en el extranjero, y participa como organizador y jurado en eventos y concursos internacionales. Es director editorial de Ediciones Polymita. Sus fotografías han sido publicadas en numerosas revistas e ilustran más de 80 libros dedicados a la arquitectura, la biodiversidad, el arte y las tradiciones cubanas, entre otros temas. Su obra ha sido expuesta en más de 100 muestras personales y 60 colectivas en varias ciudades de Cuba y en una veintena de otros países. Es investigador asociado del Museo Nacional de Historia Natural de Cuba, miembro de la Federación Internacional del Arte Fotográfico, de la Sociedad Cubana de Zoología, de Icomos Cuba, de Latin American Studies Association y Miembro Distinguido de la Cátedra de Arquitectura Vernácula Gonzalo de Cárdenas. Entre los reconocimientos a su labor cuentan siete premios Felipe Poey, seis premios nacionales Academia, el Premio Espacio 2016 por la obra de toda la vida y el Premio Excelencias por el trabajo de Ediciones Polymita.

© J. LARRAMENDI



HÉCTOR GARRIDO
(HUELVA, ESPAÑA, 1969)

Ha desarrollado una amplia trayectoria en la que destacan sus trabajos fotográficos sobre la geometría de la superficie terrestre y sus series de retratos de personalidades del arte. Ha acometido proyectos de fotografía etnográfica y de naturaleza en América, África y Europa. Durante 27 años trabajó en la Reserva Biológica de Doñana para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, y ha realizado el acompañamiento fotográfico de expediciones científicas, cuyos resultados se muestran en publicaciones y exposiciones comprometidas con la conservación de la naturaleza y la salud del planeta, ejes fundamentales de su trayectoria. Después de haber sido uno de los pocos habitantes de la Reserva Biológica de Doñana, trasladó su residencia a La Habana, donde tiene su estudio-galería en Arthotel Calle 2. Ha publicado 24 libros sobre fotografía y divulgación científica, y sus fotos aparecen con regularidad en revistas, diarios y libros de todo el mundo. También colabora con el cine y la televisión. Ha recibido numerosos premios y reconocimientos internacionales y ostenta la Medalla 2019 de su ciudad natal, por su trayectoria profesional. Es miembro fundador del colectivo Jibarophotos.



El mito de la extinción absoluta de los pobladores de Cuba anteriores a la llegada de Colón ha imperado durante más de 500 años. Sin embargo, algunas comunidades de las montañas del oriente de la Isla se han autodefinido tradicionalmente como descendientes legítimos de aquellos indígenas de entonces, y diversos historiadores, antropólogos y etnógrafos han defendido como veraz esta ascendencia, aun sin que se hubiera podido demostrar definitivamente. El proyecto Cuba Indígena aporta una nueva visión sobre esta polémica aproximándose desde el estudio combinado de los rasgos físicos individuales de estas personas y de su análisis genético. El grupo de especialistas que lo integra concierne ciencia y arte para proponer otra lectura de la historia nacional.